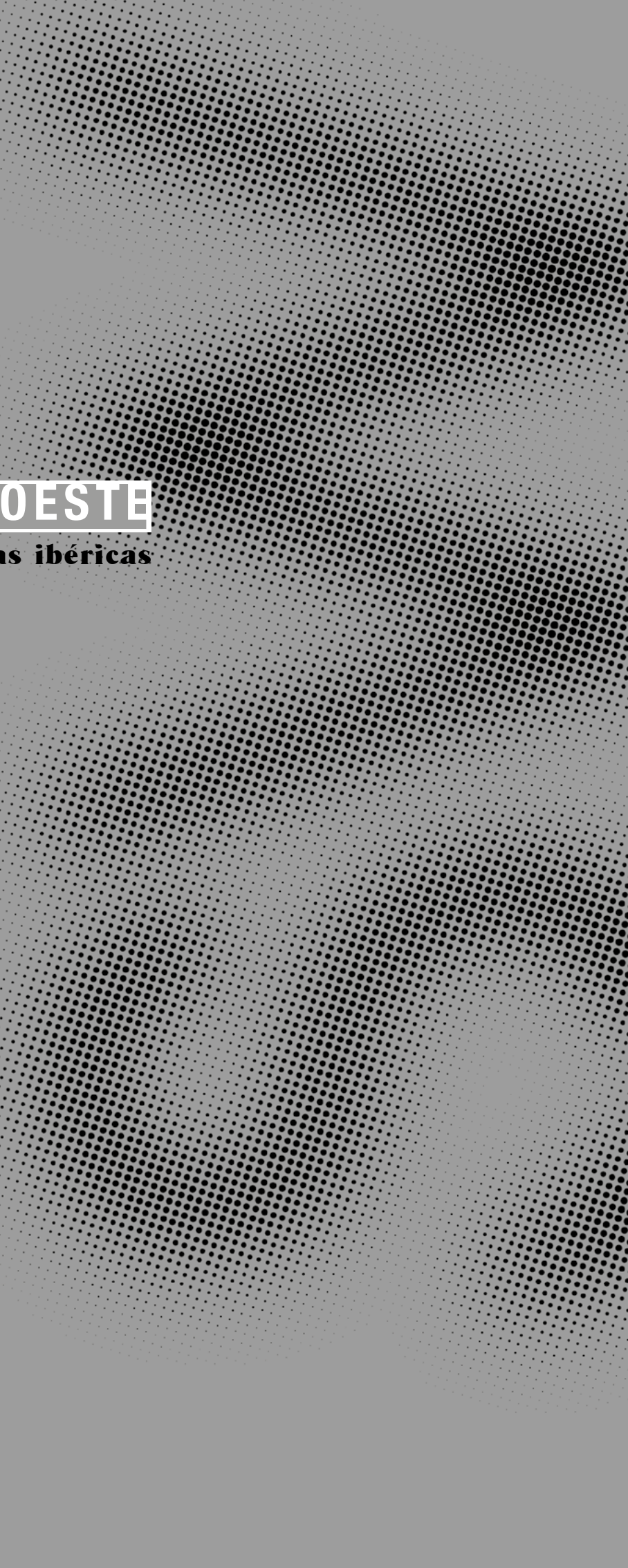




SUROESTE

revista de literaturas ibéricas

NÚMERO 6

Badajoz 2016

SUROESTE revista de literaturas ibéricas
N.º 6. BADAJOZ, 2016
suroesterevista@gmail.com
C/ Virgen de Guadalupe, 7
06005 BADAJOZ

Director
ANTONIO SÁEZ DELGADO

Consejo de Redacción
ANTONIO FRANCO DOMÍNGUEZ
LUIS MANUEL GASPAR
GABRIEL MAGALHÃES
JAVIER RODRÍGUEZ MARCOS

Consejo Asesor
ELOÍSA ALVAREZ
FERNANDO PINTO DO AMARAL
JUAN MANUEL BONET
JORDI CERDÀ
PERFECTO CUADRADO FERNÁNDEZ
MARÍA JESÚS FERNÁNDEZ GARCÍA
ANTÓNIO CÂNDIDO FRANCO
MIGUEL ÁNGEL LAMA
MARTÍN LÓPEZ-VEGA
VÍCTOR MARTÍNEZ-GIL
JOÃO DE MELO
EDUARDO PITTA
ÁLVARO VALVERDE

Ilustraciones
DOROTHEA VON ELBE
ALMERINDA PEREIRA
FEDRA SANTOS
DANIEL MUÑOZ
MARTA DE GONZALO
PUBLIO PÉREZ PRIETO

Diseño
LUIS COSTILLO

Editan
JUNTA DE EXTREMADURA
SECRETARÍA GENERAL DE CULTURA
EDITORIA REGIONAL DE EXTREMADURA

FUNDACIÓN GODOFREDO ORTEGA MUÑOZ

Depósito Legal:
I.S.B.N. 978-84-9852-475-1

Imprime
TECNIGRAF

SUROESTE CONSIDERARÁ LOS ORIGINALES RECIBIDOS, PERO NO MANTENDRÁ
CORRESPONDENCIA SOBRE ELLOS NI SE COMPROMETE A SU PUBLICACIÓN.



JUNTA DE EXTREMADURA

Índice

POESÍA 5

ALBERTO ACERETE 7

XUAN BELLO 13

JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA
Cuaderno de campo 19

JOSÉ BENTO 23

DIONISIO CAÑAS 25

BEN CLARK 29

BERTA GARCÍA FAET 31

JUAN LAMILLAR 35

LUIS LLORENTE 41

JOAN NAVARRO
Quatre poètiques 55

ROSA OLIVEIRA 61

AMADOR PALACIOS
Poemas 67

MATEO RELLO
Los ahogados 75

ANTONIO RIVERO MACHINA
Além do Tejo 83

ANTÓNIO SALVADO
Poemas 89

JUAN RAMÓN SANTOS
Magnífica desolación 95

MONTSERRAT VILLAR GONZÁLEZ 103

JOSÉ ANTONIO ZAMBRANO
Poemas 109

NARRATIVA 117

JOSÉ IGNACIO CARNERO SOBRADO
Ser otro 119

AVELINO FIERRO
El viaje de Sali 123

PATRICIA GONZALO DE JESÚS
La zona 127

JOSÉ MARÍA JURADO
Atlas apócrifo de Literatura Universal 129

JOSÉ VIALE MOUTINHO
A aldeia das pobres cobras 133

CLARA PASTOR
New Haven 139

SANTI PÉREZ ISASI
The road not taken 145



JORDI CERDÀ

Egito Gonçalves a José Agustín Goytisolo:
el testimonio de una *camadaragem* 153

ADRIANO DUQUE

*Sinfronías y correspondencias entre
Octavio Paz y Aquilino Duque* 171

MANUEL NEILA

El comienzo conversable
(SOBRE LA POESÍA ÚLTIMA DE JOSÉ LEZAMA LIMA) 175

VASCO ROSA

Joaquim Novais Teixeira,
um europeu do século XX 183

ENTREVISTA

PILAR DEL RÍO

Todos los nombres fueron Pilar
por JAVIER RIOYO 191

ELOÍSA ÁLVAREZ

MARÍA JESÚS FERNÁNDEZ

ANTÓNIO CÂNDIDO FRANCO

MIGUEL ÁNGEL LAMA

ANTONIO RIVERO MACHINA

MIGUEL MOCHILA

Poesía

ALBERTO ACERETE

XUAN BELLO

JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

JOSÉ BENTO

DIONISIO CAÑAS

BEN CLARK

BERTA GARCÍA FAET

JUAN LAMILLAR

LUIS LLORENTE

JOAN NAVARRO

ROSA OLIVEIRA

AMADOR PALACIOS

MATEO RELLO

ANTONIO RIVERO MACHINA

ANTÓNIO SALVADO

JUAN RAMÓN SANTOS

MONTSERRAT VILLAR GONZÁLEZ

JOSÉ ANTONIO ZAMBRANO





DOROTHEA VON ELBE
Sin título, 2016

ALBERTO ACERETE

**ME TRASPLANTARON PARA SER HERMANO
SIN ADVERTIR QUE SER MI HERMANO ES IMPOSIBLE**

No lo sabéis, y ese es un hecho que me apena:

todo hombre tiende a esqueje
antes de saber que no hay espacio en este mundo
para su forma de quererlo.

Entonces se casa
o aprende a leer.

Esa es la razón por la que escribo.

Otras cuestiones son la meta o el modo.

Diría que escribo pensando que mañana
una civilización podría
callar con la muerte a la que me ha educado.

Que podría asolar o asolará sus templos,
nuestros sistemas de gestión y los gobiernos de creencia.

Escribo consciente de las estaciones.

Para evitar letanías,
me expongo sabiendo que podrían matarme.

Escribo, sobre todo,
consciente de que ese pueblo podría ser el mío,
porque el bárbaro individuo, tan molesto,
le resulta inútil a la cultura.

Que el discurso,
si cuestiona,
si lo hizo alguna vez, el discurso, si no sirve,
deja de ser provechoso.

Como veis,
mis lecciones de botánica son parciales,
aunque sé que la «voluntad de esqueje»
se confunde con nuestro plan de estudios.

De ser vosotros no me dejaría
seducir por las plantas cuando presumís
de no permitir que os seduzcan los estados.

No lo haría
porque la esperanza que venden no difiere.

Utilizan las mismas púas para arar la tierra.

Así, a las verdades
que en su propio beneficio trasplantan,
como al esqueje,
terminan convirtiéndolas en una verdad única,
sacando partido de su capacidad de adaptación.

Los botánicos, ya lo veis, están en todo.

En lo tocante a mí, además,
plantas y leyes también afirman
claramente
lo mismo.

Dicen que no soy útil para mi tiempo.

Una pena, pensaréis, pero no puedo llevarles la contraria.

No soy esqueje.
Tampoco poseo tierra.

Y, por encima de todo, me sobra voluntad.

Del mismo modo en que he nacido y moriré,
existo solo.

CARTA DE SAN PABLO A LOS CORINTIOS

dejémoslo en cansancio
aunque me gustaría – llamarlo
por su nombre

plantearlo de un modo diferente
por ejemplo

disfrutar de la enumeración

diría – uno – he de asumir que no existe dolor
en tu entereza – que tampoco queda
miedo

ni un repertorio cursi
que oxigenar

que sí – ahora es tu marido
y de saberme así
nada cambiaría – y que por eso

dos

tengo que asumir – aunque no lo crea – que desees a ese hombre
y cuidar de ese hombre
envejecerte en ese hombre – que no queda

entretenimiento fértil
en mí – y aceptar

aunque todos los aunques te diesen forma

que puedes ser
y de hecho eres

FELIZ

dejo de enumerar porque sigo siendo el mismo – no llevo
al tercer propósito
porque sigo siendo

al menos – yo

las preguntas vienen – las asumo

inevitables – ¿recuerdas
cuando no lo calibraste
y ambos creímos – quién sabe
qué certeza – que yo
podría desaparecer?

sé que no tendría sentido
pero me encantaría citar de nuevo a Szymborska
o dejar mi trabajo
creer en un futuro donde jornada y tú
fueseis lo mismo –
asolar siglos de luchas
por derechos maritales – por derechos
ante el género – por el hombre
otra vez

sin embargo – al despedirme – podría componerte otro canto
y en nada cambiarían
el amor o la pobreza

en nada cambiaría el mundo
porque no te hubieras ido

ahí afuera
todos tienen miedo
por mucho que me haya esforzado
en desligarlo de tu nombre –

lo único que me gustaría – pero no
te lo pienso pedir –
es que evaluases mi respeto
y la nobleza de mi retirada

si soy capaz – aún a estas alturas
de anteponerme a una poética
de convertir la estética en prueba

de componer un poema
sin ningún tipo de exigencia
yo
que incluso siento pánico
de no seguir un patrón establecido

para respirar

quizá esta sea una carta – quizá
te esté diciendo adiós – quizá más adelante

riámonos un poco

me plantee el futuro
de la ropa interior que usaste
para secarme la frente
en la recepción de un hotel

pues bien – fueron mis decisiones

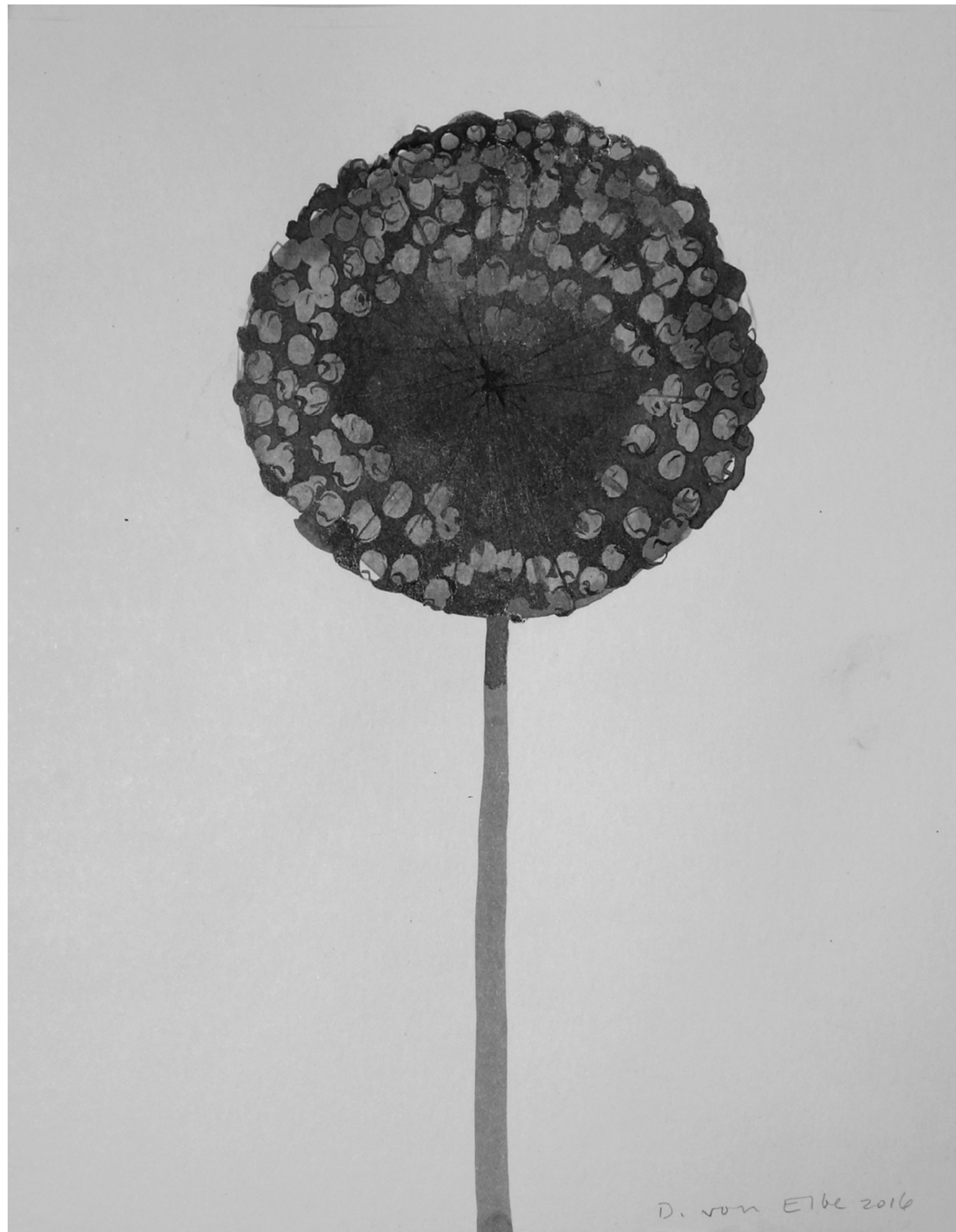
supongo que debo
asimilar las tuyas

que te sientas querido
solo siempre por favor

siempre

siéntete querido

porque yo
sigo igual



DOROTHEA VON ELBE
Sin título, 2016

SUROESTE

XUAN BELLO

LA INQUIETÚ QUE NOS QUEMA

Al principiu taba mui solu. Mio alma yera
una isla arredolada de muyeres y yo quería
falar con mio padre. A los catorce años
el mar ye daque importante; qué más dará
se suañes ser grumete o capitán: lo que se quier,
les manes nel timón que cimbla na tembleca,
ye sentir el cantar de la serena. Xingladura
de Nausicaa acaso; pero más que nada
la seguranza de tener un cómpliz
énte la perplexidá. Diba falate en pudiendo
de les interminables nueches mirando la lluna
de la lliteratura. Pero nun buscaba, padre,
qu'a la mio soledá-y dieran la razón.
Buscábate a ti, que tabes solu, y namás quería
un xestu que nos fixera iguales. Muertu
yá sabes lo que ye mirase nel espeyu de la nada
y les tos manes de viña medren nel secretu
que nos ambura. Padre, voi contátelo too:
queríate y a afuxir deprendí per atayos
qu'inda nun acierto de tan emprunos y ermos.
Tenía catorce años cuando dexé de falate.
Tampoco tu a mi te dirixisti
cola reverencia que se debe a quien de si depende.
O seique sí y nun t'entendí y esta carta,
que-y únvio al silenciu de la to ausencia,
sia una toscada más d'un nenu consentíu.

Padre: nunca falemos.

Padre: voi contátelo too.

Al principiu, ¿alcuérdeste?, taba mui solu:
la resquebra de la puerta onde'l güeyu escucaba,
la caricia brusca y la seguranza de que nun había
onde se garrar. Escuchaba a Janis Joplin
como se comulgara con un Dios que creía en mí.
Deprendí a pasar desapercibíu escribiendo
y llueu comprobé que nada nun hai más efectivo
pa esconder un secretu qu'escribilu nun llibru.
Escribir, escribir: finxir que tengo
una vida más alta. Y, así qu'así, Padre,
tengo de confesate dos coses:
la primera ye que munches veces la vida asoméyase
a lo qu'escribí; la segunda, cosa raro,
ye que'l pasáu escritu, finalmente, espalma na alcordanza
y el rosál qu'arremostia sele rabuña inda
col so rabu ensin zusme la realidá.

Padre,
padre mío: cómo me manca que morrieras
ensin dicite que yera llunes y agostu y París enceso;
cómo me manca nun tenete dicho,
nel requexu escuru de la bodega,
cuánto me presten les muyeres.

Padre, ten pacencia conmigo:
ésti ye'l cuentu que-y cuento a los tos güesos calcinaos.
A nun oyenos cuantayá que nos avecemos
pero qué quieres que te diga:
nun m'abasta con suañar contigo a les veces
na nueche que berra como un llobu con fame.
Nun m'abasta con tenete cerca, equí, per dientro.
Quiero estrechate la mano; quiero que m'abrace
y me llesves al mar, al mar que se-y acuta
al primoxénitu. Mar de viñes
lo de to tierra, mar quemao
lo de los tos güeyos.
Llévame aende, padre, y dime
lo qu'agora sé y entós nin intuía:
hermanos somos na inquietú que nos quema.

LES PRUEBAS DEL DELITU

Soy un montón de cosas santas
mezcladas con cosas humanas.

MERCEDES SOSA

Gotina d'augua inmenso, espigame que caricia l'orbayu,
estes son les prebes del delitu. Nesti amanecerín,
como tantos otros camín del trabayu
andando dica'l bus per una carretera
llindiada por felechos y rosales bravos onde posen
leves les manes de la rosada, pienso en ti
que tas llonxe y del esquezu y la distancia
fixisti milagru y modu. Perdona que te cafie
cola alcordanza y esqueire, aneciando acaso,
ente la zarnada ensin áscuares, ente la complexa
densidá moral qu'ufren les vueltes del laberintu,
motivos cuando pal dolor, cuando pal desengaño
d'unos años que truxeron inclementes
la decepción marguxa de lo que nun perdura.
Déxame, así qu'así, que vuelva, hai yá cuasi venti años,
a aquel cuartu naquella Pensión Oriente onde la lluz
entraba de dides a robanos una hora más de placer;
o a aquel otru cuartu, na bufarda la cai El Rosal,
onde nun colchón imaxinemos un xardín prene
que nun arremostia anque yá nin tu nin yo paseemos
ente estatues ciegues y hortigues, ente artos y fábulas,
ente mármol sedao y edra qu'acataña ermándolo too
(ende, esi puntu) hasta'l sitiü exactu del fulgor.
Déxame que vuelva y un momentín salve
dellos momentos esenciales que la conciencia arrampuña
pa que nun-y puñen los cuernos de la inconsistencia:
tu cantando con Juanín «Soy yo» y aquel poema de Piquero,
que nun publicó, salvando un intrín malapenes
la esmorecida eternidá d'una memoria compartida.
Déxame que vuelva al Bar de la Crisis o a esperate
énte la Sindical onde siempre llegabes entainando
sobre los inestables tacones de la guapura tan tarde
que parecía posible que llegares d'otru país,
d'otra existencia; o a aquella tarde en Coímbra
onde te prometí –tarde cumplo– escribir esti poema;
déxame, anda. ¿Qué te molesta? Pasaron venti años y
sé que cafia quien vuelve ensin traer de los díes pasaos
l'arume de los díes perdíos, ¿pero quién ye a llevar
sobre la nada del presente una ponte ente'l pasáu y lo futuro?
Vuelvo a los momentos esenciales, gotina d'augua

qu'encedió la nueche y apagó la sede,
gotina intelixente y cáustica que disolvió n'ironía,
por timidez acaso, el volcán qu'habitaba dentro d'ella:
aquella vez xunto a la Catedral y aquella otra
yá nel pisu del Carpio. Uvieo rellumaba cuando tu
caminabas peles sos caís y el cielu devenía n'orbayu
pa pone-y un puntu picardía a les guedeyes del alma.
Agora, ¿qué te diba contar yo de mi? Una, que sé
que de los dos tu yeres quien meyor escribía;
otra, que nun m'arrepiento de nada
y que se t'abracé aquella nueche en Roma,
conteniéndote ente los muros que xebren la vida de la muerte,
foi por amor, sí, por un amor que yá deprendiera
que nada nun se podía facer contra la evidencia del desamor.
Pequeña gotina d'auga, sigui temblando
sobre la palma la mano del mundu
que cambia cambiándonos. Dacuando,
mentes baxo camín d'otra vida pela carretera esverada
de sueños que nun realicé contigo, recuerdo difuso
aquellos versos de Costafreda. Yá nun soi el que t'ama,
yá nun yes la que m'ames, pero duélenme inda a les veces
les espigues qu'entregues nel sur del to nome.

¿Recuerdes?: yera na nuesa alma aende la tempestá afuera.

L'ARUME DEL ESQUEZU

Posiblemente teas ellí agora, n'otra casa ensin dulda
cerquillina la Calle del Pez, onde vivies,
pero cola mesma fachenda,
argadiella y elegante, de siempre.
Posiblemente teas a soles, la lluz adecua proxectándose
sobre'l mantel mariellu y una colilla apagándose en ceniceru.
Dacuando pensarás en mi, como yo pienso güei en ti, y espantarás
con una sonrisa l'alcordanza que s'encastella
nuna nube que pasa y desaparece sutevalute.
Posiblemente yá sepas que l'arume del esquezu
ye tan real que nubla la memoria. Posiblemente.
Miro na mio alcordanza les tos manes nervioses
pañando curioso les migayes de pan del mantel,
la to forma de garrar el porru pel rau del fumo
y ufrime, cola copa vino, una última novedá:
«Naide nun marcha nunca dafecho», respondería yo n'atreviéndome
a ser daque más qu'un home que s'encoyinca na inquietú
de que nun lu respeten. Porque se daque deprendimos daquela,
naquelles tardes d'inconstancia que se repetíen puntuales,
foi a conxugar los verbos irregulares de la esistencia;
abusemos del comentariu intelixente, la indignación pol mundu
camudada n'ironía foi tantes veces un escudu
onde nos acubixáremos cuasi tímidos.
Amémonos seique alcuando y non
–como naquel versu tuyu que tanto me prestaba–
na admiración mutua de sabese inaccesibles
y odiase a les veces muncho nuna llingua qu'esaparecía.
Nun sé, como tu proponíes, se había que tener mui bien delles
pa tener una vida entera, cudiada, a salvo por fin
de les güeyaes de l'acabación. Agora queda
esta alcordanza sele (llámalu remor se te peta)
que nun condescende a baxar la mirada cuando-y entruquen.
Una vida mía más alta suané na tuya que vivieras,
una vida más alta ente entebancos que diba viviendo
mentes tu, zarramicando con escepticismu, acudies a la copla
pa esplicame y esplicate nel fracasu milagrosu del vivir.
«Teatro, lo tuyo es todo teatro,
falsedad bien ensayada, estudiado simulacro».
Manquémonos como namás se manca
quien ye lleal hasta'l límite de nun querer
mancar más que lo xusto y un poco más dello.
Cansesti de tí, cansesti de mí,
entiéndolo agora na seguranza de que vaiga onde vaiga

inda un pensamientu tuyu va tar comigo
siñalando'l valeru de la nada, el pozu negru de la memoria
qu'un res nun redime; anque nun te miento se te digo
qu'agora mesmo daba la vida por tar, arca a arca,
charrando de la vida contigo otra vuelta.
Daríate noticies imposibles que tu dibes asonsañar
con inusitada precisión de llobu estepariu;
a cambiu yo callaba, mirándote a los güeyos,
lo que sabíes que te diba decer
en teniendo una respuesta
a la nada, al dios ciego de los díes,
al amor qu'afara, a la devastación.

Amigu mio, mio consentida y despelurciada rebeldía d'otru tiempu,
compañeru d'aquellos años tan fondos que tán fundíos,
raigañu d'una llucina que bilta albistestate
pero que relluma siempre que-y peta na xiralda de l'alcordanza.
Amigu mio: ¿ú te metiestí?
¿Dime se concibes,
nes tardes más solitaries onde ún se muerde a soles
el corazón desesperáu,
l'alverbiu llonxe pa falar de les andolines nel cielu de l'adolescencia?
Amigu mio: dime una última cosa.
A mi dar, dame igual. Como tu conmigo na soledá
sigo falando contigo. Respuendes palabres qu'inda nun sabes.

Cuaderno de campo

Para el pintor José Antonio Martel

1

He cedido al camino mi voluntad: voy a donde fueron otros, piso donde pisaron, dejo huellas que son huellas ajenas. También, como ellos, me detendré indeciso donde se borra la vereda, donde los pasos ceden su lugar al vuelo.

2

Camino a veces hasta alcanzar el claro y entonces tengo la impresión de que se ha detenido una danza antigua y la luz es una forma arrebatada de canto. Aun así, callan los árboles. Pero sé lo suficiente de ellos como para no dejarme engañar.

3

¿A qué inframundo me conduces, perro? ¿Por qué me esperas todas las mañanas, me guías en mis paseos entre los corrales de las afueras, vuelves la cabeza para ver si te sigo? ¿Por qué tu querencia hacia los arrabales de casas derruidas, de veredas invadidas de zarzas, de muros florecidos? ¿Por qué a esa distancia siempre, la cabeza gacha, la mirada huidiza? ¿Por qué desapareces y me dejas más perdido aún?

4

Si paseo por la vereda junto a la charca, soy también el paseante que camina dentro de la charca, y el reflejo que ve ese paseante cuando alza los ojos de su mundo para mirar el mío. Tiendo la mano y él también tiende la suya. Toco su realidad. Y se me enturbia.

5

Algo ha cedido dentro y ahora todo mana y fluye. Y no es siquiera llanto, sino sólo el empuje de un exceso, de una abundancia nueva que durará lo que la lluvia en las torrenteras. Luego las cicatrices, el verano.

6

A diferencia del poeta inglés, no elogiaré la piedra caliza, ni su secreta connivencia con el agua, ni su memoria inerte de faunas extinguidas. Respeto su aspereza y temo a veces su declarada voluntad de deshacerse en lascas como puntas de flecha. También sé que a veces del costado de una montaña se desprende una laja que es media montaña, y de la herida abierta rezuman mil hilillos de agua. Llevo a mi boca un sorbo y empiezo yo también a disolverme.

7

De aquel milagro blanco vienen ahora estas manzanas rojas, diminutas, como dones del campo al capricho de un niño que las junta en la mano. Florecieron también en un

romance, y al borde del camino a Meséglises, en la novela de Marcel Proust. Ahora el espino pone su nota de color en la indecisa primavera. Llevo en la boca la áspera dulzura de sus frutos.

8

Levanto la mirada y llego hasta donde la mirada llega, cumbre o cielo. Pero no más allá, no demasiado lejos del campo que se eleva gradualmente en su despojarse del trigo, no más allá de los setos florecidos ni de los árboles aún verdes. No lejos de la piedra que sustenta la cima como mis propios pies me proporcionan conciencia de la tierra y de mi irrenunciable apego a su palpable realidad.

9

Cielo cruzado de golondrinas. Como obedeciendo a una señal, se han lanzado a deshora al hueco abierto de la plaza. Barruntan, quizá, un viento malo, y por eso persiguen cada átomo de esa otra previa explosión de vida invisible que, en la calima de la tarde, flota en el cielo ingrátido. Y en ese frenesí sin alegría, la nota repetida de su canto inarmónico: granos de arena gruesa rozados contra un plato de porcelana blanca.

10

Para entender lo azul cierro los ojos y veo en la pupila deslumbrada una llama azul. Para entender el fuego de esa llama, la toco y me estremezco de dolor. Abro los ojos y en la mancha azul ha irrumpido una nube. Al rozarla la luz del ocaso la he visto sangrar.

11

Llevo si llueve, soy agua yo también si el cielo se me deshace en agua, fluyo como las aguas desbordadas que corren calle abajo, canto en las torrenceras, percuto en los canalones, me hago río. Cansado de mí mismo, me remanso. Y vuelo hacia lo alto cuando el sol me llama.

12

He venido a la fuente a beber, no el agua de la fuente, sino su rumor, no el frescor que fluye, sino el temblor que permanece, no la luz atrapada en el chorro trenzado, sino la sombra espesa del árbol que cobija su secreto. He traído a la fuente una sed que no es sed de agua, pero que sólo en la fuente alcanza su ilusión de saciedad.

13

Donde el agua cercada la posibilidad de un cielo hondo. Donde el pozo, la vida en un reflejo surcado fugazmente por un pájaro. Y esa nada que tiembla de pura expectación.

14

Han abierto la puerta y un sol violento ha hecho un corte limpio en la penumbra opaca. Y he temido por la aspidistra en el umbral: el solo roce de la luz puede matarla.

15

Habrá dentro una banca de madera comida por la carcoma, y en el hueco de la chimenea una trébede negra y un perol herrumbroso entre cenizas frías. Y ese sol póstumo en el hueco del ventano cerrado para siempre como una tumba vertical.

16

Vivo en la casa blanca que se borra en un cielo blanco, y que en las blancas mañanas se disuelve en luz. Vivo en un mundo de paredes blancas, y blanca es la taza de leche y blan-

co el plato donde el pan ofrece la trama espesa de su miga. Cuaja la nieve a veces en ese anticipo de la primavera que es el almendro en flor. Sobre ese fondo yo también escribo.

17

Sombras azules sobre blanco: en el reverso de la luz, una ilusión de estanque. Y en esa transparencia entre paredes encaladas, una invitación al vuelo: de lo azul a lo blanco, como un pájaro que se lanza al fondo de las aguas quietas para atrapar su propio reflejo convertido en pez.

18

Aquí había una casa y allá unos árboles y justo hacia ese lado la armonía de una huerta. Había un mundo que tenía formas precisas o se manifestaba en súbitos estallidos de color. Ayer mismo todo eso estaba ahí, al alcance de tu mano. También el dolor de que esa posesión resultara insuficiente; de que tu mano un día no alcanzara, de que tus ojos se cerraran antes incluso de que la caída de otra noche más oscureciera las cosas. Ahora sólo tengo ese dolor. No te levantes, niebla.

19

En el silencio blanco los gritos de los niños pondrán su nota cálida de imperfección: será nieve manchada, sí, de pasos en la nieve. Y en cada huella un brote de vida verde y tierna, abriéndose trabajosamente paso hacia esa otra imperfección del cielo desgarrado en jirones de azul.

20

A la nacida entre las rocas contrapongo la que debe su ser y su pujanza a mis cuidados. También plantada entre las rocas, sí, pero rúbrica antes que flor, como la piedra encalada ya no es montaña, sino zócalo sobre el que levantar la promesa de una pared blanca.

21

Flor, laberinto. Miro la flor para perderme en ella; y por eso, quizá, pinto la flor: para trazar su laberinto con mi mano. La veo crecer también e intuyo a veces el amor que, en los meses más secos, acerca al puñado de tierra que sustenta la flor un poco de agua. Y esa entrega es, quizá, superior a mi gesto. Para entenderla, he pintado la flor y se me ha muerto entre las manos.

22

Se cierra el fruto en la apretura de lo que se repliega en sí mismo para madurar, y se adivina una secreta promesa de prodigalidad en esa avaricia. Mi impaciencia es la contrapartida exacta de esa calculada reserva. En su abundancia se le quiebran las ramas al limonero y muere el fruto al pie del árbol. Estallará la huerta a finales de agosto. Y sólo el membrillero, en aras de otro cumplimiento más lejano, se retrae y mira.

23

Mi pensamiento es esta huerta. Fluye mi intimidad por los banales, se reboza de tierra, cada secreto mío es un fruto maduro expuesto al sol. Hay repliegues del alma que son como el cogollo impenetrable de la col, y heridas que se extienden como el tallo radial de la tagarnina, antes de alzarse en luminosa flor de espino. Hay matas que se quiebran de puro exceso, y otras que se agostan sin dar fruto. Vibra la huerta en el silencio de la tarde. Y es la fruta picada por los pájaros lo que sustenta el canto que es su razón de ser.

24

En lo que era habitación cerrada crece ahora un limonero que asoma sus ramas entre las vigas desnudas. Soy la casa cerrada y el habitante que falta en ella, el jaramago en las grietas y el ausente que dejó de resanarlas con un poco de piedra y cal. De la muerte o el vuelo me separa un soplo.

25

Te bastará ese poco de sol sobre la cal. Y en el presentimiento de ese cielo dibujado entre arcos, la certeza de un orden. También la lluvia en los tejados de los columbarios, apretados y juntos como casas de pueblo. El rumor presentido de la compañía. Y las flores marchitas como lección moral.

26

Dentro de la noche azul aguardo esa otra noche más oscura en la que lo azul es el recuerdo de una ilusión de claridad. Sabré perderme en ella, y en esa luz más alta seré dueño de nuevo de todo aquello que preserve para mí la oscuridad. Desposeído, seré más rico entonces. Privado de la luz, la luz oculta de las cosas será mi más íntimo tesoro. Y ya no tendré miedo a despertar.

27

Cierro las manos para proteger del aire la llama de esta noche de amistad. La paso con cuidado a mi vecino de mesa y la veo temblar al recibir el roce delicado de su aliento. Queda un ascua también en el fondo del vaso que acabamos de alzar. Y una risa unánime extiende su llamada.

28

Tampoco exageremos: he puesto tiempo en ellos, pero no todo el tiempo; y vida, pero no toda la vida. También un poco de verdad que no se corresponde exactamente con los hechos. Con la verdad, la vida, el tiempo que les falta escribiré otro libro. Ya sé cómo termina.

29

¿De qué duelo, de qué combate sin vencedores ni vencidos procede esa sangre derramada? Queda en ella la mera alegría del color, la que corresponde al rojo cuando vuela en un vestido de verano ceñido a las piernas de una muchacha. También el anaranjado, el verde, el violeta: fruta madura o campo en primavera, antes que podredumbre irisada. Queda en la paleta del pintor el gozo de la pintura. Y es siempre su mejor cuadro.

30

Ya tengo la partitura o el papel pautado. Sólo me queda escribirte entre las líneas sucesivas con que te rompes contra la orilla, mar.

JOSÉ BENTO

TERESA DE ÁVILA VAI DE MEDINA DEL CAMPO PARA ALBA DE TORMES, ONDE MORRE

Depois de expulsa de um convento que fundara (cuja priora era uma sua sobrinha), Teresa de Ávila vai muito doente e faminta para outro convento em Alba de Tormes, onde morre pouco depois.

Se és o que vives e não o entendes, podes ler isto sem assombro e temor de estar armada contra ti igual crueza.

Olha essa mulher: cedo abandonou a casa de seu pai, contrariando-o (não por despeito, mas ao ficar ferido por ela se confiar a quem acusara de peçonha o sangue nele tão puro como em todos), para desafiar o mundo, projectar o lar sem manto de quantos ao segui-la arrostavam descalços calhaus acerados, entre ameias suspeitosas, entre espadas:

com a mesquinhez do grande e a comunhão dos pobres, muros a separar homens nascidos já vizinhos e rancor de mulheres costumeiras no templo, na póvoa indigente, na cidade usurária justificada só por leprosos e crianças que enxameiam os becos, os casebres.

A plenitude de sua carne floresceu no frémito rasgado por uma seta ávida de lhe esporear o coração:

e ela apagou-se no fogo recebido,
na lição soletrada do mínimo ao infindo,
e foi escuridão, canto e dança, incêndio,
arcos a evolir-se das colunas que os lançam,
lajes a aguilhoar a fadiga e a loucura.

Desde então mais viveu a aumentar sua vida:
a dispor pedras pardas para brancas paredes,
a lacerar os ombros com desvairo e omissões,
a escrever o excesso em que ansiou sumir-se.

Hoje, naquele tempo, sempre,
enfrenta um setembro enfebrecido
e reflecte o poente humano sem temê-lo:
pupilas arranhadas pelo cisco dos páramos
e deslumbradas no clarão dos claustros,
mesmo quando enlodadas nas máximas ambíguas
de poderosos senhores a exigir-lhe
a bênção que tornasse triunfantes
as manobras rasteiras da alcateia que são.

Deram-lhe como leito uma carroça
para mais depressa se afastar e esvair
nos solavancos que arrancam os restos de suas veias,
ferindo-a quase tanto
como os esgares e as côdeas
com que a expulsaram as osgas
da casa que ela ergueu e afagou para acolher
tantas filhas amadas por imenso mistério:

bate-lhe ainda rijo e lacerante
o bater da porta terminante em despedida
a empurrá-la para os braços derradeiros e abertos,
para a irmã doce e negra que professou com ela
há muitos anos, e agora uma vez mais:

cumulando séculos e ermos, completando
o sentido de páginas, ciladas, calúnias,
a caminho da morada
que se abre e ilumina ao reconhecê-la,
desde sempre e para sempre infinita e sua.

DIONISIO CAÑAS

Demasiados muertos para seguir soñando.

Cuerpo vivo, cuerpo muerto, gusanos
agujereando el atardecer.
Tu presencia es una ausencia escandalosa.
Miente estrepitosa-mente.
Trueno y relámpago en una sola burbuja
que se eleva en el aire podrido de París.
Tuviste que huir para encontrarte
en el mismo lugar de tu desaparición.
Ahora vives el sueño de Europa,
un lugar atravesado por la vergüenza
de exterminios masivos.
Primavera de Praga –dijiste–.
Mayo francés, –dijiste–.
Y Sarajevo, siempre Sarajevo.
Derrumbado el muro de Berlín, –dijiste
Los crímenes de guerra no se borran
con una bandera azul coronada de estrellas.
Sobre el cielo de Madrid planean
drones que vigilan como el ojo de Dios
toda posibilidad de un final feliz.

Al parecer no vivía ni estaba muerta.

Europa resucitaba de entre sus cenizas.

Alma en pena, fantasma y sombra

de un pasado sangrante y brillante:

un océano de dudas con islas de basura,

un oscuro recuerdo de ella misma.

Al parecer no vivía ni estaba muerta.

Y dijo no al NO, y despertó, Sí,

Europa se elevó sobre sus escombros, YES,

dio un paso adelante, Sí, titubeante, YES,

mujer recién parida, Sí, hombre desnudo, YES,

tirado en la playa de la Historia.

Al parecer no vivía ni estaba muerta.

Debajo del cadáver de Europa

había toda una infancia.

Tendremos que volver a hablar,

a recrear otro origen para esta vieja Europa,

en la que todos no hablemos una lengua salvaje:

I put my arms around him

yes

and drew him down to me

so he could feel my breasts all perfume

yes

and his heart was going like mad

and yes

I said yes

I will

Yes.

Al parecer no vivía ni estaba muerta, querido James.

Yo era una Flor de la montaña, Sí,

cuando me ponía la rosa en el pelo

como las chicas andaluzas, Sí.

¡Cómo me besó al pie de la muralla mora!,

y yo pensé, bueno igual da él que otro,

y luego le pedí con los ojos

que lo volviera a pedir, Sí,

y entonces me pidió

si quería yo decir Sí,

mi flor de la montaña,

y primero lo rodeé con los brazos, Sí,

y lo atraje encima de mí

para que él me pudiera sentir los pechos,

todos perfume, Sí,

y el corazón le corría como loco,

y Sí, dije Sí, quiero, Sí.

Otras flores nacerán en la Noche de Europa,

la boca de un mendigo te dará su muerte,

se construirán ciudades invisibles

sobre esta tierra de ceniza y escombros.

Los niños que nacen en los supermercados

nos traerán, eso sí,

coronas de alambre con espinas

para que los refugiados no pongan

un pie en nuestras playas.

Nadie sabe muy bien cómo construir

un futuro donde quepamos todos,

donde ardan las banderas

de la desigualdad y del hambre.

Cenando hemos hablado de aquellos

que se ahogan en el mar Egeo.

“Cementerio marino” –dijiste en francés--.

“Hijos de la ira” –te dije en español--.

Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas). A veces

en la noche yo me revuelvo y me incorporo en este nicho en el que hace 45 años que me pudro,

y paso largas horas oyendo gemir al huracán, o ladrar los perros, o fluir blandamente la luz de la

luna sobre las pateras sin nombre donde llegan hermosas mujeres embarazadas y Europa es el pos-

tre que nos toca esta noche, una pantalla envenenada que vomita noticias, de políticos corruptos,

imágenes de muertos en las playas, saludables policías que nos protegen de invasiones bárbaras.

La Noche de Europa también tiene su Amanecer.

Un renacer extraño alumbra el horizonte.

La sórdida luz de la mañana ilumina

unos rostros sin ojos que nos hablan.

Europa se pudre de melancolía,
de recuerdos con campos de concentración
donde por ser diferentes,
judíos, maricones y gitanos son gaseados.
Eso fue ayer, no es ahora --dijiste--,
el momento para llorar a tantos muertos --dijiste--,
tantas ruínas, tanta crueldad
de los cazadores blancos
que matan ciervos inocentes
por el placer de matar.
Hay que construir y cantar --dijiste--,
dejar de escupir a los que llegan de otras tierras,
empezar a bostezar ante esta Europa que amasa
con sus cenizas el pan para mañana.
¿Esta es la Europa que queremos?
Is this the Europe that we want?

Fragmentos inéditos de *LA NOCHE DE EUROPA (Con María Zambrano en Lesbos)*

B E N C L A R K

El mejor de los mundos posibles

Querido abuelo Norman que no lees
esta carta que escribo hoy, en el último
día del mes de abril del año dos mil doce:

lo primero que quiero es expresar
lo mucho que me faltas.

No sé por qué he sentido hoy el impulso
de dirigirme a ti
con injustificada urgencia, no
sé por qué a ti
que no entendiste nunca el español
(aparte de que lleves años muerto).

Pero quisiera

preguntarte esta noche por la noche
del día en que leíste el telegrama;
la noche en que perdiste todo el pelo
y amaneciste mordido
por el amor y calvo para siempre.

Tu hermano Leslie había muerto solo
en un cielo de hierro y fogonazos
muy cerca de Berlín.
(¿Qué siente un hombre
que pierde todo el pelo? ¿Existe un límite
pactado con los dioses del dolor?)

Y la vida siguió con peluquín
gris y los años grises de oficina,

los pequeños esfuerzos, los sacrificios simples,
los recibos, los sábados en casa
repasando los números
del viernes y después la enfermedad
y la jubilación anticipada,
las babas y el olor a mierda, un cheque
a modo de disculpa
y la victoria pírrica de un nieto
con muy buena memoria
escribiendo estos versos en un abril lejano
mientras mira sin miedo el peluquín
y tú murmuras Leslie, Leslie, Leslie
sin que se entienda nada.

Mi abuelo se abrió una cuenta de Skype

para hablar con nosotros.
Nunca habló con nosotros
por Skype.
No sabía cómo utilizarlo.
No se aclaraba, el pobre.
Ahora mi abuelo está en la cama,
ahora mi abuelo está en la cama
eléctrica. Se cayó y se rompió el brazo;
no se acordaba de que se había caído,
no se acordaba de que se había caído y no se acordaba
de que se había roto el brazo
y el corazón y no se acordaba
de que no pueden operarle el brazo porque se ha roto el corazón
y el húmero y no se acordaba
de que no puede andar
pero intentó andar
y se cayó otra vez
y ahora está en la cama
eléctrica
del hospital.
Ahora mi abuelo está triste
porque se ha quedado inválido.
Había puesto
todas sus esperanzas en la transfusión de
sangre
negrísima
pero ahora se ha quedado
inválido, en fin.
No me gusta esta palabra
inválido.
Mi madre la ha utilizado para explicarme
la situación y no me gusta esta palabra

inválido

porque es verdad.

Ahora mi abuelo está triste

porque se ha quedado inválido.

Todos estamos tristes, todos

estamos inválidos, todos

hablamos mucho

para compensar

que mi abuelo está muy triste y

no habla, el pobre.

Creo que se va a morir.

Creo que se va a morir con el corazón

roto

y se va a llevar con él mi corazón

roto y se va llevar con él mi

corazón a

la muerte.

Sus piernas

no funcionan, mi corazón

no funciona, no

valemos, *in-*

out-.

Como mi abuela no sabe utilizar el ordenador

(era mi abuelo quien utilizaba el ordenador

para sus cuentas),

el ordenador está encendido.

En su despacho,

el ordenador está encendido como una chimenea

en plena primavera y el ordenador está encendido

y caliente

como una mejilla.

Mi abuelo está conectado

en el Skype.

Estoy aquí pero es que aquí

es muy raro hace cuatro meses

y nueve días que te moriste en la cama del hospital

pero en tu casa / en mi casa / en un altar blanco y plateado

y de madera de parquet. Te moriste

en casa es decir

que te trajeron la cama

eléctrica

del hospital a

casa y moriste. Hacía cuatro horas

que yo te había dicho estoy aquí muchas

veces muchas

gracias te querré

siempre estoy aquí es decir aquí en el avión

cuatro meses + nueve días después y

doce meses + siete días después

del otro poema. Estoy aquí pero es que aquí

en la capilla ardiente mi cabello

bicolor

arde raro arde

junto a cinco rosas cinco cinco cinco cinco cinco sobre el

ataúd

no hay verbo sobre el ataúd que es como una cama calentita.

Quiero que estés bien

bien cómodo como feliz modo muy bien modo avión pero

no es tu casa la muerte

pero ahora es tu casa

la muerte y estás en tu casa estás en mi casa vivíamos

en la misma casa técnicamente cuando

te ibas muriendo. Ahora ya no vivimos en la misma casa ahora ya no

vivimos

no vivimos sólo estoy

yo sólo estoy yo aquí contigo pero es que aquí

es muy raro. Es el cielo? Es el avión

por el cielo? Pero es que aquí somos vecinos te traeré

pasteles de yema te traeré

pasteles siempre somos vecinos tú en la muerte yo

en la vida tu casa

puerta con puerta linda con mi casa entornaré las puertas

para que duermas bien no chirriaré mis puertas

que son muchas y muy viejas

te hablaré de NY, New York donde vivías

tú donde vivía

yo

eso
nos unía
mientras vivías
técnicamente eso nos une (resulta complicado aclarar
dónde vivía
yo que vivo y que vivía por
todas partes, en ningún lugar en concreto) (yo que vivo y que vivía
con vivir en mí con vivir en ti
en parte de ti, por ti); te ibas muriendo
en mi casa y yo vivía lejos
de ti, tal vez de mí. Te traeré pasteles de yema y de
ti escribiré más poemas
calentitos. Levántate, anda
a hacer tus cuentas en el ordenador.
No pondré la música alta para no molestarte
lo bueno es que ahora somos vecinos
lo bueno es que estás bien, ya no estás ya no estás
siempre
a punto de morirte.

JUAN LAMILLAR

UN EXTRANJERO

Eres un extranjero cuando abres
las tapas del cuaderno
y el blanco de sus hojas te ha llamado
para que cruces la frontera.
Mírate extraño cuando escribes,
memoria de otro ser que ahora se adentra
en ignoradas lindes.
Se ha borrado el espejo de la página
y no te reconoces en su azogue.

LA MIRADA

Mirar el mundo como el ciego
que, de pronto,
recuperase el ver:
destellos de la luz, de los colores,
la inocencia manchada de las cosas.
Saber ponerles nombre:
esa es la claridad.
Nombrar cielo a lo azul
y detenerse
junto a la gris corriente de los ríos,
perderse entre el verdor pujante de los árboles,
que llegue la belleza como un deslumbramiento.

Vencer la oscuridad con las palabras.

PAN DE MARVAO

El hosco olor del horno
aquí en Marvao
triunfa sobre la niebla
que esconde la mañana,
sube al camino de ronda
donde pago el tributo del viajero.

Años más tarde,
ese áspero aroma de pan
que va dulcificándose
al compás de la leña y los rescoldos,
que va haciéndose amo
de estas primeras horas confundidas,
años más tarde vuelve
-enigma y dolor de la memoria-
a esta ciudad lejana,
a estas horas de sol,
y no es mentira
que su recuerdo vence
y me lleva otra vez
a ese tiempo, a esa paz, a esas murallas.

COPA ANTIGUA

Sigue mostrando el presente
con la misma luz de entonces,
cuando su perfección alegró al alfarero.
Copa de arcilla roja,
sin agua, sin la antigua
felicidad del vino.
Vacía frente a mis ojos
pero llena de siglos
en su color intacto.
Los bebo sorbo a sorbo
y me mancho los labios de ceniza.

CON LOS OJOS CERRADOS

Para habitar lo desolado,
para herir con los ojos
lo que es puro e incierto resplandor,
para pisar la arena rubia de los sueños
y que el sol vaya alzando tu desnudo
hacia el trono feliz del mediodía.
En la tarde de amor,
la dicha entre los párpados cerrados,
deja que venga el mar y nos despierte
con la lengua de fuego de su espuma.

RAINER MARÍA RILKE

Busca la soledad y las mujeres,
los viajes, la vida en los palacios,
el titilar constante de las rosas.
Busca el amor, su máscara,
la confidencia herida,
el mar desde las torres de Duino,
su propia, su verdadera muerte.
Y todo lo encontró en el ángel terrible
que dicta las palabras.

LUIS LLORENTE

DEL TIEMPO ESTA CENIZA

con ansias en amores inflamada
SAN JUAN DE LA CRUZ

Del tiempo esta ceniza
que en boca de la luz se transfigura.
Hay perfiles borrados a lo lejos,
rostros que se acaban
como acaba un pétalo sobre la sombra.
Los días y sus tardes
evidencian la caída de las cosas,
el desierto donde el pájaro
ha de volver con la honda
misericordia de su fuego, la forja
que del cielo nutre su destino.
Esta música que ya me salva
y acaso encuentra
un rumor más duradero,
tus ojos que en el beso se destruyen
como la saliva de un bosque
abierto entre los muslos,
como la savia de un árbol inocente,
como la tenue apariencia en duermela
al fin sobre la noche.

La mano que espera
y es redención que arde,
lo que brilla entonces sobre la sílaba
tan nuestra y tan cercana,
y qué recinto nos acoge,
qué frágil comunión

con el vuelo a lo naciente,
qué infancia ha perseguido
esas teselas donde el tiempo teje
su máscara,
su olvidado don,
su permanencia inexorable,
lo que al final de todo persevera
y nos encuentra,
y nos atribuye
el sonido de los álamos
como el amor
bajo el viento indolente
que legitima el ruido de sus cartas,
cuando conoce la luz
los transparentes fogones del hogar,
cuando hay un rapto
que dibuja nubes en tus ojos,
cuando el silencio es un mapa
interminable, y la sangre
su ascendencia, y la niebla
limpia va cambiando
cada rostro, los lugares,
los perfiles,
la secreta llama de las cosas.

LAS PALABRAS DEL POETA

Leer a Gamoneda. Escuchar la luz
con la turgencia de los árboles.

Volver sobre esa causa
que reestructura la memoria,
reescribe un pasadizo en el amor.

Esa sílaba fugaz,
lo que ocupa
los tañidos en la aurora.

Fuego
o mano que arde al tiempo,
por el tiempo y hacia ella.

Mira cómo cambia la derrota.

Los punzantes cuchillos son las hojas de la fiebre,
el destino en humedad rasante,
la abierta transparencia,
claridad ardiendo.

José-Miguel Ullán dijo que el mayor enemigo de una palabra
es otra palabra.

Pero qué enemigo, si ahora está tu mano
junto a los juncos del corazón,
los ríos en bonanza.

Y amas esa tinta
para mirar tan sólo la belleza,
la ebriedad de la luz.

Olga Orozco se pasó todo el poema
buscando el talismán. Toda la vida,
toda la carne.

Quevedo escuchaba
con sus ojos a los muertos,
miró los muros de la patria.

Mas qué patria, qué desmoronamiento de raíces
para el beso que destruye,
para guardar el don.

Rilke amaba
la locura de la noche,
fue liturgia en el desdén
y en el vacío, fue condena
y hondura de celebraciones.

Lorca escupió
caballos azules en la madrugada;
al llegar el alba, al nacer
la muerte.

Juan Ramón fue circundando
los abismos.

Hölderlin no tuvo
descendencia. (El canto
único. La luz que nace).

Y ahora miro
la celeste habitación,
su sorda despedida.
Estas calles que no pueden
alejarse, crepitar
en llamaradas, meterse
al fondo del verano. Y ocupar ya sólo
sus rincones.

EN ESA TENSION...

A Pilar Blanco

En esa tensión
de alucinado encuentro.
La súplica de los desgastes,
ardiendo y preguntando
quién, quién anuda
los hilos del amor a la deriva.
Para escuchar la sed, y desplegar su fuerza.
¿Son esas cúpulas
que en llama y palmatoria se iluminan?
Muestra su hermosura, pulsa en este cauce
acaso el mundo. (Fugaz destello, alarido
en la batalla de la luz).

Qué puñal de frío,
certeza al fin y cuánta lumbre.

A lo lejos,
donde pueblan las aves
el mantillo de abandono,
reina el hueso de esta voz,
la estructura
incipiente de los dones.

Extraña claridad, velo hacia las aguas.

Medrando por salir
el pájaro construye su resorte,
su aguzada luz
en qué materia, con qué beso
para el hambre. Y vuelva aquí
su despedida,
su tallada fiebre,
para encontrar despacio
la memoria del abismo.

PREPARAS LA HUELLA...

Preparas la huella musical,
la cortante línea
que resume el paraíso,
para volver y afrontar ese ámbito
de nadie. Aquí el viento
lanzando sus cadenas,
tijeras usurpadas de la herida,
tibio eslabón
que en vano va a abrazarte.
Comprende ese silencio,
profundo estupor que no te encuentra
cuando sales a buscarte,
a contemplar la tarde
y perderte en la memoria oscura.
Y así hoy
en tu probable suerte te detienes
y acaricias el tiempo de la noche. Cae
despacio, invadiendo
el reducto no palpable, espacio de amor
donde la luz se anuda, traza
su urdimbre, arropa el cauce
al abrigo creciente del silencio.

SÓLO RUMOR

La voz, levantada entre la niebla,
escucha las argucias de la muerte.

Qué ceniza
redimida, arena que se aleja
y destruye parte de esa flor.

Escondida entre los robles
cae la luz oscura.

Ahora el puente del invierno,
tejido que acaricia la frontera.

Has encontrado
la clave de esta sed: luminaria
honda y repetida, vigor
al equipaje. Es la lengua
y su tumulto, y en qué materia
vierte el alma su derrota.

Palabra y visión
de qué latido,
de qué surco sin tiempo.

Y tus manos regresan porque aman.

LA ASPEREZA DEL AIRE...

La aspereza del aire
(el viento trae despacio
las dudas de la muerte),
la ciudad
agazapada en su deriva,
a lo lejos, como saliendo de un naufragio
que incrementa su nido entre los árboles.

Es entonces el engaño
que ahora brilla, que late ante la ausencia
de ese fin secreto, o de esa lluvia
inacabada. Y en lo inmortal
las torres, el aroma
que se extiende en cada gesto,
que azulea y da su recompensa.

Viejas piedras en luz resucitada,
lento sortilegio.

Y mirar
para saberse en la distancia,
en la música que encuentras,
que acontece y es ya sucesión,
sílabas en más noche.
Noche profunda: tiembla el álamo.
A punto el recorrido
nítido del pájaro, transparente y fértil
porque da la vida.

Y regresas al regreso,
en la hora limitada por la fronda.
Vengan los tambores
invisibles al regazo de la luz.
Da la flor. Púlsala. Abate con fuerza
su residuo en la simiente.

Ofrece la ruta
como el pájaro sin plumas ofrece su designio,
traza el mapa que después
será erosión.

Aquí la piel no te abandona.
Aquí todo es desnudez,
palpitar que bien comienza.

CADA TARDE ESPERA...

In memoriam Luis Javier Moreno

Cada tarde espera
el humo su naufragio.
Sumergido en la derrota
como quien ve el árbol caído
y acepta la tristeza. Esta suerte
de vivir sabiendo
que el fuego se despide de la sombra,
que los días aman la intemperie
como los cuerpos de la luz retornan al abismo.

Aquí, en esta hora perseguir
la sombra, el camino al escondite.

Esa guarida donde la niebla
es fugaz, y venturoso
el encuentro en la materia.

Aparecen las cosas
tan despacio, lo que uno ama
en su morada o su bastión,
aquello que conduce y vaticina
la luz vital y su comienzo.

Y atesorar cada lugar,
hacerse con el daño
en el paso inmune de la herida.
La memoria guarda
cada espacio, cada raíz
entregada por la propia flor. Y su semilla.

Y ese pulso a lo lejos,
borrando la muerte y sabiendo la historia,
para la alianza
con el pájaro del nombre hacia el azul,
pues es ahí donde acaso
hemos de encontrarnos,
en el lugar que ha creado
el remanso del poema.

COMO EL BOSQUE DONDE LAS ESTELAS DEJAN...

Como el bosque donde las estelas dejan
la quietud invariable del silencio,
pienso en los signos del aire que recorren
esta sed que olvida el tiempo. Con vívida
firmeza, ahondando con las huellas
para un lugar que será otro.
Es mansa la tarde y algún pájaro canta,
se acercan con el viento los aromas
que acaso vienen como rastro del invierno.
Cercano el plenilunio,
celebra esta quietud
el hechizo de amar y de evadirse.

Postrarse con el fuego,
impedir la sombra
que acompasa ese murmullo.
Lejos el ave
que cruzó la ciudad
ante los aires fríos del engaño,
ante el trémulo golpe que es memoria,
azada en esa tierra para abrir el tiempo.
Y es resistencia en el fracaso:
abolir el olvido como intentan los gorriones
llegar al pan sin dueño.

Migaja de calor en lo aparente,
esta es la lengua con que besan
los ocasos, el idioma de una luz vencida,
la lámpara que alienta y reconforta
para una aparición en lo escondido.

Aquí me tiemblan
los ojos, las manos a otro sueño,
porque ahora ya conozco
la pequeña sombra de mi ser.

EL INVIERNO HA DEJADO...

como una nota de la lira inmensa
ANTONIO MACHADO

El invierno ha dejado
las aristas del viento en la memoria.
Su discurso implacable,
su afán y desmesura. Empeño
sabio, muro contra la muerte,
deliro cuando nombro
cada día su secreto, cada día
en esa estancia:
la que origina el tiempo,
la que cae hacia el rescoldo.
Detenerse
para ver la vida, abrir
la extraña puerta al desengaño,
desnuda cosecha que se amansa,
como se amansa la luz,
como se amansa el trigo
en la fiebre incurable de los sueños.
Siempre regresa
esa avecilla para dar el alma:
la pequeña nota
en esta escena bajo el frío. Volved,
pájaros azules; seguid volviendo
ahora que la noche está entregada,
en el sosiego de los brazos a la piedra,
como aquella lira donde deja
la lluvia sus ojos invisibles.

Sólo borrarse,
fluir en la materia
sin nombre de los nombres,
caminar despacio hacia lo oscuro,
perpetuarse en el silencio
de sagrada lumbre:
el hechizo en la quietud y su morada.

LA TARDE QUE RESISTE...

La tarde que resiste
en otro pensamiento más tenaz.
Al fondo está ese hálito
formando círculos de aire
y prepara la ruptura
que en la huella del día va a existir,
a ser también pasado.

Es el silencio y su venganza,
la abatida soledad
en el presagio de otra duda.
Qué tosca aparición
en la cautela del invierno.
El poema es esta suerte en la palabra.
Entréguese su carne
como se entrega el rostro de la luz
ante el frío del refugio.

¿Qué latido configura
en mis manos esta sangre,
la ardiente recompensa de la voz
cuando el canto invadido se desploma?

Y simplemente estoy aquí,
penetrando la dulzura de la noche
y en el umbral de lo que amo.

Venga ahora
la indomable presencia del invierno
y resista aquí la luz,
el cuerpo de las horas en su aire,
los pájaros de paso
que alargan la cosecha del olvido.

NO BASTA EL ALMENDRO...

No basta el almendro
ante los ojos que retienen su belleza.
También vivir, mirar su luz de cerca,
abrir el tallo en la memoria
y dejar los pliegues del recuerdo:
aquellas ramas que florecen
definen también su pertenencia.

Es ese invierno advenedizo,
su quebrada distancia con la muerte.
Y llega la orfandad
en la razón primera: batir el aire
y expandir desbaratado
el tiempo en cada sombra, su indecisa
silueta en los caminos. Qué hondo
afán de perseguirte,
de entregar tu belleza a la rutina.

Y entonces llega el día,
el pulso que se exime
de seguir latiendo,
porque ya ha cruzado
la hoja su temblor
y el secreto parpadeo de su ofrenda.



DOROTHEA VON ELBE
Sin título. 2016

JOAN NAVARRO

Quatre poètiques

L'AVANT-PROPOS O EL MANIFEST DE LES TARONGES

fins ara el lector ha interpretat el poema, el que cal és participar-hi. manifest de les taronges. josep-lluís bonet i salvador jàfer aixequen penons al cementeri dels astres. les parets s'enderroquen pel pes de les lletres. avieu grills per a esmolar-los les barbes! joan navarro. oliva. la safor. juny. 1951. darrer curs de filosofia. premi (?) vicent andrés estellés a les festes d'octubre. tots tres fem jocs de mans damunt la taula del mall (barcelona), a trenc de por els grills, afònics, s'enforquen: acuiteu-vos a l'espectacle! oh, déu Adonai / qui formis natura, / ajuda'ns Sabdai / saviesa pura / (misteri d'elx) brosses i ferrers ens fan companyia a les planes del solixent. el que cal és participar en el fang de les paraules. l'escriptura ella mateixa és violenta. (roland barthes). “als fossar hi havia esquelets de frares amb creus a la gola...”. amb les barjoles plenes de fumeres escatem els caps dels més grans poetes. grills esmolen ganivets a trenc de por: valència, febrer / oliva, agost 73. l'afinador de la plata giravolta per les vostres teulades amb un escapel als llavis. “els orats en rengle abraçaran per sempre el món...”. he vist un frare / capellà / cap enllà / país de les taronges / país valencià / (pau riba). jaume roig ha romput l'espill. a la seu dorm ausiàs march amb cards estrellats als ulls. el que cal és defugir el poeta i “ocupar” el poema amb una gran corbella. salvat ha fet un foc d'estelles dins la gola del llop. ja dintre el poema enlairem una enorme flàmula! “fosques navalles dintre els nítols que ara han vist la llum...”.

valència. vell solstici d'hivern. 1974.

[Joan Navarro, *Grills esmolen ganivets a trenc de por*, València 1974 i 2014]

PORTAL

Escriure i reescriure el mateix poema tota una vida. Un sol i únic poema. Des que estàvem arrupits entre els budells de la nostra mare, no hem fet altra cosa que remugar el mateix discurs. Malgrat que canvie l'escenari i els objectes que hi són, des que l'home balbucejà allò que més tard esdevindria paraula, no hem fet res més que lamentar la nostra soledat de mortals llançats sobre la crosta d'aquest planeta. Mercenaris del llenguatge, hem omplert les sabanes de paraules, i els hem posat música. I l'hem taral·lejada en nits d'insomni i en dies de llum claríssima. I aquestes paraules ens han ajudat a construir-nos. Ens hem identificat amb elles, i ens hem fet paraula, subjecte de tot allò que s'esdevé... I de vegades això ens ha servit de consol, i ens ha portat l'alegria a l'ànima.

Fer i refer el secret que nia, com una llémena, als dobles del nostre cervell, de tant de temps ençà que ningú ja no ho recorda. Desxifrar els batecs inharmonics de la nostra vida. Buscar el camí amagat entre l'arbreda. La senda oculta entre les muntanyes de cims nevats. La llum blanca adormida al fons del coval. *Reiten, reiten, reiten, durch den Tag, durch die Nacht, durch den Tag*. Hem cavalcats dia i nit com el corneta Christoph Rilke. Ens hem mirat a les aigües lluent dels rius buscant la veu d'aquell que ens parlava, perquè no sabíem que érem ventrílocs, que li havíem donat veu al llop i a la rabosa, al tro que esclata damunt la vall silenciosa, que nosaltres érem el llop, la rabosa i el tro. Hem sentit l'eco dels nostres pensaments i ens hem espantat. *¿On m'escoltares amb aquest fred...?* El ramat, escampat, pastura als prats de l'aurora, mentre parlo amb mi mateix, que és igual que parlar amb vosaltres, perquè vosaltres no séieu si jo no fos. I us he furtat la paraula, *quan el genet de l'aire destraleja el camí*, i l'he feta meva. Un discurs bastard i mestís. *¡Que grans són els deserts i tot és un desert!* Per això, vaig escriure per a mi aquests poemes, aquest poema, per a vosaltres.

València, febrer de 1992

[Joan Navarro, *Tria personal* (1973-1987), València 1992]

IMAGINAR UN LLENGUARGE

Und eine Sprache vorstellen heißt, sich eine Lebensform vorstellen.

LUDWIG WITTGENSTEIN

Imaginar un llenguatge per a reconstruir els antics lligams entre el que hi ha fora de nosaltres i nosaltres, constructors de la vastitud exterior i del laberint interior per on transita l'ànima durant la vigília i el somni més lluminós. Imaginar un llenguatge que ens pugui explicar el revers d'allò que ens apareix: Descobrir el fil de la trama: La veu oculta: Fixar l'inexpressable¹. Revelar les vides de l'Ésser que es multiplica: Donar forma al fantasma. Dibuixar els contorns del paisatge i dels objectes que l'habiten: Omplir el buit de la plenitud.

Una pintura de la soledat, aquest llenguatge. L'obscuritat del món mai no assoleix la llum de l'Ésser². La foscor travessada pel llamp que mostra els espectres de l'altra riba: D'aquesta riba. El vertigen en descobrir les deixalles del primer son. El batec darrere l'alè que entela el mirall. La malenconia d'aquelles primeres hores. La germinació de l'aurora³. El gebre damunt la terra que cova els bulbs i les llavors insomnes. El preludi de les llunes sobre la terra fèrtil. L'inici del cabdell abans de les mans i de la intuïció del mateix cabdell⁴: L'insondable límit. La mirada del cor salvatge.

L'altre dins la corfa de la paraula. Què és? Qui és? La transparència opaca de l'ull que pensa perquè veu i és basalt, sang, aigua, làpida, sangonera, corall fred⁵ Arxipèlag vegetal. L'uc de gel dins la clofolla de l'ametlla. L'esbufec del saures enmig de l'estepa. Els cristalls i les roques. Aquella primera remor entre les fulles: Pols en el vent d'un forat negre.

Imaginar un llenguatge per a imaginar un forma de vida. Per a dir la vida: La plenitud buida i inesgotable⁶. La realitat fragmentària i fragmentada. L'expansió del fragment errant dins l'univers que un altre univers conté. Univers llenguatge. No era plana la Terra? Damunt l'arena el fulgor de les estrelles fixes, els sols del sol, el moviment de Siri, l'exacta posició d'Alpha Centauri.

Perduda ment sota els rebrots de les clemàtides⁷. El vol lent dins la polpa de la matèria: L'examen dels vocables que la conformen: La mola de peix que llambreja dins la cambra transparent i frega l'aigua de la vida.

El discurs poètic és el vehicle del deliri: L'oli de la llum: La geometria de l'Ésser. Res no és poètic en la poesia⁸.

València i Oliva, gener - febrer de 2008

[Joan Navarro, *A deslloc*, València 2010]

¹ Arthur Rimbaud, *Una temporada a l'infern*, traducció de Josep Palau i Fabre, Barcelona 1991.

² Martin Heidegger, *Des de l'experiència del pensament*, traducció de Joan B. Llinares, Barcelona 1986.

³ Maria Zambrano, *De la aurora*, Madrid 1986.

⁴ Orides Fontela, *Poesia reunida*, São Paulo 2006.

⁵ Seamus Heaney, *Trabalho de campo*, Vigo 1996.

⁶ François Cheng, *Vazio y plenitud*, Madrid 2005.

⁷ Sylvia Plath, *Winter Trees*, Londres 1971.

⁸ Joan Margarit, *Casa de Misericòrdia*, Barcelona 2007.

EL PLOM DE L'HAM

Lösch mir die Augen aus: ich kann dich sehn.
Apaga aquests ulls meus: no deixaré de veure't.

RAINER MARIA RILKE

like a bowl / Awaiting its water.
com un bol / esperant la seua aigua.

JOHN BERGER

Ernesto Manuel de Melo e Castro, teòric i poeta experimental portuguès, afirma: “La poesia està sempre al límit de les coses. Al límit del que pot ser dit, del que pot ser escrit, del que pot ser vist i fins i tot del que pot ser pensat, sentit i comprès. Estar al límit significa moltes vegades, per al poeta, estar més enllà del que estem preparats per a acceptar com a possible.”¹

L'escriptura al límit de la mateixa llengua creadora, com un ull tancat que s'entreobri i albira la mà freda que la guiarà, forastera, per les fronteres del món, pluja fèrtil sobre les terres silvestres, sobre l'ànima salvatge que tremola: aurora de la gramàtica i del dolor.

Un obstinat afany, el nostre, aquest de lletrejar l'indret intacte de la clariana, la seua òrbita, la llum que es corba, la discontinuïtat de la visió diàfana: L'aurèola de cendres del buit i de l'abisme:

L'espai, però, del llenguatge és el llenguatge. Si diu és perquè es diu. No hi ha exili possible. El seu bessó és el seu límit: horitzó a punt de vessar. Com la nit aquàtica abans dels inicis. On el plugim del temps. On els territoris estranyats per l'aire. On la quietud del centre: curvatura de l'intangible. Parlar amb la paraula incerta que ens diu, que es diu. Fora del llenguatge només hi ha el silenci que ignora què és el silenci: La foscor opaca: El parany sota les plaques de gel: El negre cristall²: La paraula plomada³: Els cels de la desolació.

El discurs poètic és el viatge des de l'absència immemorial dels aiguamolls lluminosos fins a la pintura de la veu: La malenconia de l'essència: La llavor inacabada sota els solcs de les hores: Un mostrar les paraules de la paraula: Palimpsest de profundes estries que anomena el possible i respon a l'impossible: Apaga'm els ulls⁴ i veuré la larva microscòpica⁵ que busca una nova casa, s'enquista i espera. Tapa'm les orelles i escoltaré com cruixen les branques pel pes de la neu i faré brillar dins el gris els anells hexagonals de les volves, les geometries de la magrana de Kepler. Fes-me mut i et mussitaré allò que mai ningú t'ha dit, entre el cel i la terra: talp i ala: La mirada animal de la muntanya.

Un desig suspès, aquest, damunt de les ruïnes. El gest ocult sota el vel del pensament. L'arc tibant de l'escriptura: ferida que no es guareix ni guareix. La paraula que s'obri i mostra la sendera desconeguda, el tàlveg mai no transitat: L'inexpressable: L'enigma: La raó seduïda: L'arrap damunt les aigües del sentit: Plec seminal que es desplega sobre l'espai sagrat: Barca del més ençà. Als defores del cercle. Vers el temps somiat de l'abundància. Vers el desgel. Per sobreviure.

València 2008 / Berlin 2014

[Joan Navarro, *El plom de l'ham*, Barcelona, 2014]

¹ Castro, E. M. de Melo e. Videopoetry. *Visible Language. New Media Poetry: Poetic Innovation and New Technologies*, Providence, Rhode Island, EUA: Rhode Island School of Design, 1996.

² Jaccottet, Philippe. *A la luz del invierno*, Palma de Mallorca: Calima Ediciones, 1997.

³ Octavio Paz. *Claridad errante. Poesía y prosa*. México DF: Fondo de Cultura Económica, 2010.

⁴ Rainer Maria Rilke, *Das Stundenbuch*; vid. *Die Gedichte*, Frankfurt am Main: Insel Verlag, 2002. Existeix almenys una versió catalana del poema, vid. Joan Vinyoli, *Poesia completa*, Barcelona: Edicions 62, 2011.

⁵ David Georgia Haskel, *En un metro de bosque. Un año observando la naturaleza*, Madrid: Turner, 2014.



ROSA OLIVEIRA

natureza quase viva

a fina risca cada vez mais azul
do dia a nascer
o horizonte à frente
sempre à frente

o interior do bar
anos de cheiro acumulado
de acres espirais de fumo

a grande nogueira tremia açoitada
retalhada até ao osso

DOROTHEA VON ELBE
Sin título, 2016

SUROESTE

sim vai e diz

um pedaço de mim
a metade amputada de mim
leva o teu olhar
dizia a canção

um pedaço de lua desprendeu-se
caiu num anfiteatro africano
diz o documentário
ou a wikipédia

a melhor maneira de encontrar um meteorito
é escutando

um meteorito zumbe ao passar
arrasa quem se mete no caminho

um bocejo
uma pessoa
uma língua
uma nação
um shot de beta-endomorfina
um clarão

passagem de ano

duas horas à frente
uma hora atrás
um pé no escuro

que pena não saber polaco
ou russo
ou português camoniano
para ler nas línguas originais
como uma pedante da tradução
a todo o vapor de
água faz favor

maduro

maio voa arrancado da parede
longos anos em que a poesia
teimava
impossível de entender
nada de mistérios e sussurros
no intestino
uma simples parede opaca
muda
como é próprio das paredes

e então lembrei-me
dos brócolos
a ferver há mais de quatro minutos
desculpem
vou pra dentro

mês sete

o verão com todas as suas garras
entra pelas janelas
instala-se nas casas
senta-se em todos os sofás
estira-se
come à nossa mesa
por vezes estremece
fecha os olhos
sorve o palmilhar árido
pousa a cabeça
a mão pensativando
no cotovelo
olha o infinito

o verão é uma mulher
a caminhar na areia
os pés na água turva
essa dificuldade em soletrar

tu não estás aqui
(poema cheio de fé)

o modo abrupto como irrompemos casas adentro
estorvando senhoras de cabelo quase celeste
com um falar doce
sibilante explicante
do todo a funcionar em harmonia

o modo como expeditas donas de casa
abrem a correspondência diante
dos nossos olhos tímidos de interruptores

o dia partido ao meio pelo sol
a brandura das palavras de um idoso
nobre no seu português bem soletrado
agasalhado no sobretudo gramatical impoluto

AMADOR PALACIOS

Poemas

CABO DE GATA. DESIERTO DE TABERNAS. HOMENAJE A LA POESÍA DE J. A. VALENTE

Este correlativo paisaje endémico
se remonta a cuando el demiurgo
mostraba sus furores aleatorios
y sus caprichos desmesurados.

Todavía quedan huellas reconocibles
de los fieros mordiscos en las rocas,
esos oasis disparatados,
estas yeguas inquietas y esqueléticas
que aún corretean nerviosas por las arriesgadas y abismales terrazas
que penden en vacíos impregnados de polvo y moho reseco.

Para contrarrestar tal inquietud de suelos inestables
el Padre extendió un gran volumen
de agua azul y salada
que adosó a estas tierras de incontables pitas y ramas
exageradamente retorcidas por el temperamento del demiurgo;
agua tranquila a la que el Padre puso ondas
haciéndoles lamer pausadamente arena
en compases precisos.

Además allanó extensiones
y conformó llanuras
con pequeñas parcelas de arbolitos
para calmar la fiebre de los montes,
haciendo que, ya vistos desde lejos,
la tierra pareciera más risueña
y habitable.

Aunque nunca pudo llevar a buen término
las rogativas *ad petendam pluviám*:
no más que sueño estéril, turbio anhelo
perdido en la canción infructuosa.

Esto no es un poema, como escribe Dionisio Cañas al referirse a su dilecto melocotonero, hecho sólo de tierra y agua. Pedregosa tierra manchega, agua caliza.

En el recinto de la piscina, el burlón, el férreo sol hace vibrar el césped ralo y un polvo iridiscente que lo cubre; como lámina emiten un elegante y empalagoso “tilín, tilín”, mientras en la campana, mísera y pretenciosa, de la iglesita próxima, suena un intempestivo “tolón, tolón” tal bronco grito de niño totalmente derramado en su infancia.

Llega un momento en que prietos conviven, en esa bendecida línea parabolóide, los sedosos rayos oblicuos, una tangente sombra impregnada como un paté sobre los bañistas, una oportuna boda de pájaros (sus ecos desmedidos) anticipando el suave claro de luna que anima un griterío infantil dulcísimo. Los rumores combados e inarmónicos dispuestos en estado de revista: Anette, Pablo, Patricia, Julia, Hugo.

CHopo MILENARIO

Saliendo de la sierra
y viniendo de Valdehierro
torcí un poco mi rumbo para visitar
al chopo milenario, o centenario
(qué más da lo que pongan los carteles
cincelados sobre brazos secos, ramas trucas).
Las hormigas vestales
se afanan en el humus
oficiando en la blanca sima
que oculta las raíces
del milenario chopo
que en realidad está bien muerto
pero mantiene en apariencia eterna
su posición erguida:
éste es grandioso guiño temporal de la especie árbol.
Su vasto y basto tronco
con fervor acaricio,
suspense en el misterio y alentando,
silenciosa y sentida, la plegaria.
Prendo tabaco mientras me animan
gorjeos y la elocuencia de la compañía del chopo,
y estoy sentado en una de sus ramas robustas,
más de trescientos años ya en el suelo.

ALDEAQUEMADA¹

No oigo sirenas en la noche, luego existo.
La noche es un soneto vivo;
sus cuartetos se encierran
en una ponderada penumbra
que penetrar no logra
el muelle filamento que pervive
en el insomnio calmo de lo oscuro
que se alumbra rácanamente
por el resuelto sarpullido
de las estrellas en el firmamento.

¹ Este poema es una *imitatio* de varias expresiones contenidas en el *Diario* de Carlos Edmundo de Ory, tomo I.

Duermo. Duermo al cabo del agitado transcurso
que ha consumido el cigarrillo alígero y
sorbo tras sorbo el enervante vino.
La cascada repite
su canto insulso durante la noche.
Esos tercetos del soneto vivo que es la noche
se pierden en los frunces de la noche mientras duermo.
Al alba se revelan los caminos,
surgen los árboles, las piedras,
gamos humanizados,
surgen las criaturas de las cuevas nocturnas,
la montaña inhumana abrigada por Véspero
y espabilada por las abluciones
de este lucero matutino
al que todo agradece reviviendo.
El afecto, el aprecio,
el cariño, la aceptación,
los mordiscos acompasados
con que masticas la manzana
se suman al amor en toda la curvatura de la tierra
girando desde el centro de tu pecho;
en la curvatura de la tierra y también en la música de las esferas,
la música que amamos todos los demoníacos.
Entre un árbol y una escultura
me quedo con el árbol.
Y entre el arte y la Naturaleza,
con la Naturaleza.
Pues el arte es un vago sustituto
de la infancia perdida,
nuestra infancia perdida
configurada en lo natural.
Siempre lo natural divino ámbito.

A Rosario Quevedo Muñoz

Trilogía en Portugal

(Soportales de Évora)

Soportales de Évora
dialogando con paraguas morados
expuestos a una “chuva fraca”.

Alargarse por largas calles
a lo largo de “travessas” aviesas¹,
y llegar al grato refugio
asiendo un bienestar
que medra en tonos albos y amarillos
sostenidos en pétreos
suelos que arrojan fieros emparrados.

La noche reclama verter el “espumante”
en mitad de la noche,
mascar las uvas pasas
antes del beso prolongado
y el orgasmo en los lienzos
desplegados en la bendita oscuridad.

(Évora, 31 de diciembre de 2015)

1 “Em cada viela o vulto dum fantasma” (Florbela Espanca).

(La mullida espesura de la Sierra de Arrábida)

En la avenida portuaria de una ajada Setúbal sólo quiero mirar un edificio, y penetrando en su interior de altas ojivas, adquiero una buena “*garrafa*” del buen vino del Alentejo para beberla entera, directamente del gollete, en lo alto de la Sierra de Arrábida, adhiriéndome a la mullida espesura del monte, y contemplando el mar, que esta vez no es un ente “siempre recommenzado” sino un único y sempiterno comienzo.¹

Último sorbo, muy tristón, contenido en la fiduciaria oquedad del envase, queda arrojado, con un supersticioso fervor, sobre el viñedo de Azeitão. Bajo el cabo Espichel el mar (sigo negando a Valéry) no se sucede nunca. Abruptamente nace. No manifiesta crecimiento. Nace: esto quiere decir que se alumbra, durante instante no medible, a partir de la descorazonadora pereza del Caos y la armonía del Universo.

Despintando la bruma, posados en lejanos mas poderosamente visibles acantilados, sobresalen breves y enmascarados predios blancos; su máscara es la bruma, interpuesta y difusa.

Y, pacientes pero anhelantes, me esperan.

(Cabo Espichel, 2 de enero de 2016)

¹ “*Sinto-me nascido a cada momento / Para a eterna novidade do mundo...*” (Alberto Caeiro).

(Lisboa)

Ésta es una ciudad
que celebra nuestra llegada
separando sus carnes
y expandiendo los jugos
provenientes de todos sus sentidos.

De lejos el pintor nos la pintaba
con rojizas colinas
y oportunos dorados
en la ciudad distante.¹

Desde los altos miradores
esta ciudad cercana,
que ya hemos visitado 20 veces,
en nuestro honor lloraba de alegría
lanzando a sus galayos arropados
rachas de “*chuva fraca*”
sobre cúpulas de un blanco sucio,
sobre marmóreas hondonadas
y esos amplios tejados
encima de fachadas rosáceas.

Entre los abruptos relieves
de esta ciudad sentimental
“*Pensar incomoda como andar à chuva
Quando o vento cresce e parece que chove mais.*”²
Quiere máximamente nuestro sentir, nuestro pensar sentido³,
una lluvia sedante, sin viento, lluvia escasa
rezumada con decoro en las “*ríias*”,
“*largos*”, “*becos*”... Con saña, sin embargo,
vengándose en la hilera de neones
en nuevas avenidas.

Ambiente rozagante. Con las sayas al vuelo
vueltas hacia los bajos trenes de aterrizaje,
la piel de esta ciudad abre sus poros,
nos los abre permitiendo discernir la soltura
que los “*maceiros*” aplicaron apretando la piedra;
nos muestra alambres irisados

¹ Florbela Espanca: “El aviador”.

² Alberto Caeiro: “O guardador de rebanhos”.

³ Fernando Pessoa.

en pálidas pendientes
que procuran el silencio gatuno
proyectado en los súbitos “*andares*”
de la vistosa calle Vila Berta.

Y por fin, de camino a la Basílica
y su jardín enhiesto,
la calle de la Escuela Politécnica,
que se inicia en la bella bombonera
situada en el centro del ufano jardín
de la Plaza del Príncipe Real;
la calle de la Escuela Politécnica,
trazando suavemente un desnivel inocuo,
se abre a una algarabía,
compartida por pájaros, amables “*alfacinhas*”.
Inunda los estantes
de los “*alfarrabistas*”,
pues son conversaciones
que dulcemente se desgranán
en la delicia de las aceras
donde aterciopeladas sugerencias
demandan: “*Beba isto com açúcar*”.
Por la “*bica*” aclarada, un habla azucarada
empapa las calzadas humedecidas;
expresión de una lengua que se exhibe,
con sobrada molición, ¡con molición exquisita!,
como esta recia lengua castellana
desprovista de huesos.⁴

(Lisboa, 5 de enero de 2016)

4 Unamuno.

Los ahogados

I. Virgen de labios azules

Ciñéndose los pliegues como tela húmeda
a mis curvas de mármol, al rotundo
porte de mi soberbia, yo debía ser
la pura imagen de la fuerza.
Pero, labios azules de virgen ahogada
contra el limo del fondo, he tenido
largos, muy largos siglos
—tantos como este litoral lleva orbitando
sobre mi pobre cabeza sin cuerpo—
para aprender lo que es la fuerza.
Siglos que me cortaron con puñal de arena
el magnífico cuerpo —yo asomé la cabeza
a la ventana del olvido, allá
se me fue; y todavía hoy, cuando erizan
la piel del mar los días de lluvia, me duele, juraría,
el cuerpo que no tengo.

Mi tiempo es otro, pues: es una procesión alucinada
de peces, de corrientes
negras sin estaciones; mi paisaje,
un código de lentas variaciones
de temperatura y de presión.
Nadie baja a este tórumulo, nadie me pregunta
por mi antigua gloria. Con nadie puedo hablar
de las piedras más viejas que yo, esas que aquí, muy cerca
se empeñan en seguir
trazando calles y avenidas, en preservar
rostros extraños, nombres ilegibles
(pienso en las nobles reinas que, 10.000 años antes
de que yo saliera del taller a la luz

—Pizócritos, creo, me esculpió; ya no recuerdo, tanto tiempo—,
de las reinas, decía, me disperso,
que pasearon aquí su altivez, su gracia
bajo peinados imposibles
hasta que la muerte las destronó).

No sabía mi pueblo que un pueblo de fantasmas
era el que cada día, incansablemente,
movía para él la línea de la orilla, su inquietud
ola a ola, espuma tras espuma, y agitaba
la gran sábana azul fragante de salitre.
Hoy otro pueblo, allí, en la superficie
ignoraré a su vez a aquellos pálidos
operarios de su mar —como a mi misma.

II. El rostro ausente

A Eric Cervantes, por si algún día le sirve.

“Ciñéndose los pliegues como tela húmeda
a sus curvas de mármol, al rotundo
porte de su soberbia, ésta, niños, es,
aun mutilada, la pura imagen de la fuerza.
Imaginad la gracia vigorosa
de su rostro perdido, acaso con un punto de melancolía
después de los horrores de la guerra,
y en la moza que sirvió de modelo
al escultor, Pizócritos probablemente:
¿Tal vez una princesa helena? ¿Una esclava o una pescadera
que un día en el mercado impresionó al maestro?
Ocurrió que ambas, modelo y obra, asomaron
la cabeza a la ventana del olvido
y allá que se les fue. Pensadlo: de la expresión humana,
quizás hoy una lejana descendiente,
niña como vosotros, guarde algún rasgo;
la cabeza de mármol esté quizás hundida,
labios azules de virgen ahogada
besando el limo del fondo,
en algún punto del litoral de Grecia.
Nadie recuerda la fuerza de la viva; nadie celebra, niños,
el talento en aquel rostro
de mineral ausente”.

Con desánimo, el guía calla.
En torno
el grupo irregular de cabecitas
le ignora —brazos
tatuados con calcomanías, camisetas con otra
fauna igualmente fantasmal
y submarina: el Neptuno de Disney, Nemo, Bob Esponja—.
Pero entre todas, una
queda prendada del enigma y esa mañana
tejerá su réplica y lo prolongará
con la materia de su inspiración.
Mañana, su desvelo y otro rostro
como los otros cincelado
a golpe de miradas, nacido y recreado
para darse a idéntico
hábito de la hipótesis,
al mismo
arte glorioso de la pérdida.

(De *Occidental*)

Estampas y conclusiones

“Observando a los pueblos de la antigüedad,
¿qué podemos decir que era entonces la arquitectura?
Era el hombre y algo más”.
FRANK LLOYD WRIGHT

UNO. BARCELONA, 1992

La última barraca

El alcalde exultaba y exultando
lo enviaron las cámaras a la posteridad.
Maza en mano, parecía un titán
o un dios del Norte
y a sus golpes
tembló la antena como un pájaro herido,
se derrumbaba sobre los cascotes.

En las entrañas tibias, palpitantes aún
de ave tan extraña, el alcalde nos leyó el futuro.
Tintineaba, pero olía a mierda.

Distrito V¹

Como la letra, suele la profilaxis
entrar a sangre y fuego:
un bombardeo cada medio siglo
o, más civilizada, la piqueta
parecen saco, pero son higiene.

A su modo, proclaman un diagnóstico:
la memoria es incómoda o temible.

¹ Distrito V es la antigua designación oficial del actual barrio barcelonés del Raval, también conocido como *El Chino*.

Encantes viejos

*Soplaré y soplaré
y la casita derribaré*

Jinetes de la espuma,
vuestro linaje bien lo conocimos:
ayer, muros del antiaéreo, batidas del *Grabao*,
vientos encarnizados sobre el Somorrostro;
hoy, naves varadas en el Poble Nou.

Hoy, almacenes desencantados;
ayer, la tregua de la noche
para que el diablo, a su conjuro, levantara
cuatro paredes de latón y tocho.
Hijos de las espumas, náufragos
de la Historia, vuestro linaje
ya no lo recordamos y es el nuestro.

DOS

I

Tan prestigiadas, metáforas del viaje.
Qué acervo de lo efímero y lo nómada.
La intemperie, tan propia en la medalla
de la vida.

Pero su plenitud,
mundos de carne,
solo en algunos cuerpos se consigue:
igual que caracoles, esos han sido
esos son y serán la casa
de su propio ser, última síntesis.

II

Repúblicas de piel, el urbanismo
es una era nueva y antiquísima. Es
el hombre y algo menos.

Lo que habéis perdido,
lo han ganado el lenguaje
y la filosofía en literalidad.
Sois lo que no tenéis:
sintecho.

ANTONIO RIVERO MACHINA

Além do Tejo

I

ensaio palavras além de mim
como o pescador tenta a fome das crianças
nas brânquias dum espelho sem dique

na terra que é terra porque sabe do mar
vim a deitar as minhas redes

num Tejo com asas de andorinha e voo de gaivota
vim a procurar o meu espaço

na minha pátria de ribeirinho
o caminho próprio

no meu alimento sequioso
o rio apenas

II

as muralhas dizem ao céu quem é
o inimigo

mas as nuvens ainda
não acreditam os nomes
na terra

um aqueduto transmigra o seu rumo
de vidraçaria
o seu pavor
de espelho

o homem nasce sempre ao pé
duma fronteira

ninguém fica
porém

na sua patria

III

são os homens
que não compreendem as alturas
quem moram neste casario

como é o deus dos ateus
quem mora nas cúpulas

também são as crianças
a única resposta possível
à morte

olha forasteiro

são os vizinhos desta altitude
a explicação do mundo

IV

no teu rosto de mármore
fica o conto idoso das cegas celadas
o luar heterodoxo no sorriso dos sentenciados

a sombra fresca de julho e o fogo de cobre
na frágua das palavras proibidas

são teus os mares cercados
dos mapas armilares
atingidos com os nomes
apenas

é o mar sem ondas o que adeja morto
nas tuas mãos

é o teu olhar herdade das estátuas

V

é Deus
provavelmente
um castelo desabitado
cheio do horizonte apenas

na altitude dos caminhos desfeitos
pelos homens vencidos

são os homens
que bêbedos de vértice e pegada
prendem a planura duvidosa

erguem do chão emudecido
os altares de todas as ausências

VI

de espuma empedrada às noites
é o caminho que leva
ao mar

não há redes que possam lembrar
o segredo das peles nuas
o impossível dançar das âncoras

a saudade da lua recém-saída da água
pelos golfinhos já dormidos
quem sabe onde

longe
ficam os nomes das coisas

o litoral
é a melhor consolação possível

ANTÓNIO SALVADO

Poemas

EFÉMERO

E quando menos penso eis que floresce
o acaso imprevisto: como folha
caída mas em plena primavera
ou como em mero outono um novo broto.
Surgiste: em tua boca um riso aberto
(que musical o som daquela boca!)
e os meneios vibrantes do teu corpo
ora bem longe ora de mim mais perto.
Talvez por ser manhã tudo vibrava
de suave ternura pelo ar,
e ouviam-se no ar aves passando...
Mas não pude alongar essa alegria
de um gozo tal sentido por surgires:
uma presença igual a leve instante.

ILUSÃO

Fugazmente gozando o ócio as nuvens
persistem por ali
e deixam reflectir-se
do lago floreal na superfície
em singular sussurro.

E fingem que não sabem de mudanças,
dos tempos e dos modos de fluir –
e por ali permanecendo vivem
como se nada inflando
lhes pudesse quebrar essa preguiça.

São como frágeis horizontes flébeis
sem linha a demarcar qualquer fronteira.
E de água feitas
irão morrer na sede do deserto.

NOITE FECHADA

O sal das sombras queima os meus ouvidos.
E tudo adormeceu sem calma ou luz.
Distantes se vislumbram arrepios
de gente retardada no percurso.
O que escuto são cinzas consumidas
e que largam o ar fétido impuro.
Os meus olhos nublados de crepúsculo
entre a névoa procuram um sentido,
divisando fantasmas que lá longe
teimam surgir do caos onde se escondem
e caminharem até junto a mim.
E o que fazer... A noite está cerrada:
apagaram-se estrelas e outros astros –
e eu nem sequer os meus ouvidos sinto.

ONDA

De perene não tenho a solidez,
contínua permanência:
em ziguezague a vida nos preenche
o cansaço, a cegueira, a débil esperança,
e meandros perturbam a destreza,
neste trilhar distâncias,
de por fim alcançarmos
um estável mar, a terra sem feridas,
qualquer deserto arável:
de um ermo chão vermos brotar espigas.
Filho da natureza,
de perene não tenho a solidez.

RECADO

Com a tepidez amena do crepúsculo
de um fim de tarde tão silencioso
envio-te a canção que musicada
foi pelas cores raras e diversas
do momento litúrgico d' incenso
amargo p'la distância do teu ser.
A limpidez da brisa agora começada
segue a cadência audaz do coração
azulando em surdina com arpejos
os sulcos bem marcados da memória.
Se puderes, envia-me
a glosa enternecida de teus passos
para que eu ouça então,
e nos primeiros raios de luar,
os acordes de desejar-te aqui.

A S.

E deixarás o sulco, a marca fixa
do teu balancear por minha vida –
diáfana figura, matinal escultura
a perturbar os olhos – gesto mudo.
E de olhar sem te ver mas sempre verte
e sem sequer te olhar, tu foste a permanência
duma alegria lene, clara e quente
a espraiar-se por mim e sem te ter.
Em *tempos* diferentes, o *lugar*
não ajuda ao conforto da aliança...
E foi este o porvir: uma distância
que nos manteve sempre separados.

JUAN RAMÓN SANTOS

Magnífica desolación

BRAVE NEW WORLD

A mi abuelo Ramón,
que iba de pesimista por la vida,
le entusiasmaban las palabras graves,
como *crisis*, *catástrofe* o *miseria*,
sobre todo cuando iban engarzadas
en medio de sentencias lapidarias
como «Tarde o temprano habrá una guerra»
o «Lo que España necesita es
un estado social o un comunismo»,
frases que culminaban sus discursos
deliberadamente fatalistas
donde nunca faltaba un «¡Qué desastre!»
subrayando la ristra de amarguras.
Paradójicamente, sin embargo,
al tratarlo algo más te dabas cuenta
de que aquella alegría de vivir
no era más que una pose, el mero fruto
de una apurada técnica teatral
alcanzada tras décadas de ensayo,
porque, después de todo, no era raro
que, al oír las noticias y saber
del imparable avance de las ciencias,
de flamantes hallazgos tecnológicos
o de los nuevos hábitos de vida,
exclamase entre dientes, admirado,
«¡Esto es un mundo nuevo!»
¡Un mundo nuevo!»,
con un brillo en los ojos delator
que arrojaba por tierra, de un plumazo,
su elaborada ética aguafiestas
y hacía resplandecer, por un instante,
su fe inquebrantable en el futuro.

REGRESO A LA CAVERNA

Volvió a entrar en la casa entusiasmado,
anunciando que afuera, en el jardín,
lucía un sol espléndido, amarillo,
ideal para el paseo, para el juego,
para el *dolce far niente sur les herbes*,
pero lo recibieron abatidos,
negándose a mirar por la ventana,
sin apartar la vista de los móviles
que, con rigor científico, afirmaban
que caía una lluvia torrencial
y que, aunque el sol saliese, los termómetros
no habrían de pasar de los tres grados.

RUNNING

Dicen, al parecer, los antropólogos
que la grasa fue un útil mecanismo
que permitió sobrevivir al hombre
miles de años atrás, en la prehistoria,
cuando no resultaba tan sencillo
conseguir alimento como hoy día.
Pero nos hemos vuelto sedentarios
y ahora aquella vieja y gruesa aliada
nos hace víctimas del fuego amigo
al sofocar calladamente el flujo
de venas y de arterias produciendo
fulminantes infartos de miocardio.
Por eso damos vueltas a este parque
con prendas deportivas y cronómetros,
buscando recobrar lejanos hábitos
del tiempo en que vivíamos en cuevas
y la sangre fluía sin obstáculos,
persiguiendo bisontes invisibles
cual víctimas de algún castigo olímpico.

UN ARTISTA DEL BILLAR

Henry Ford un buen día se dio cuenta
de que cuánto mejor le irían las cosas
si todos sus obreros le comprasen
los Ford-T que ellos mismos fabricaban.
Por eso les subió algo los salarios
y los bombardeó a publicidad,
convirtiendo a sus fieles operarios
en ciegos y ávidos consumidores.
Por si eso fuera poco, alguien, más tarde,
pensó que sería bueno que invirtiesen
sus pequeños ahorros en acciones,
y así llegó a cuadrar la carambola
de arrebatarles tiempo y plusvalía
y hacerles adquirir lo innecesario
a la vez que exigían a sus bancos
más productividad, más dividendo,
ya que de un solo golpe consiguió
que, olvidándose de revoluciones,
se explotasen, ingenuos, a sí mismos.

VERONA

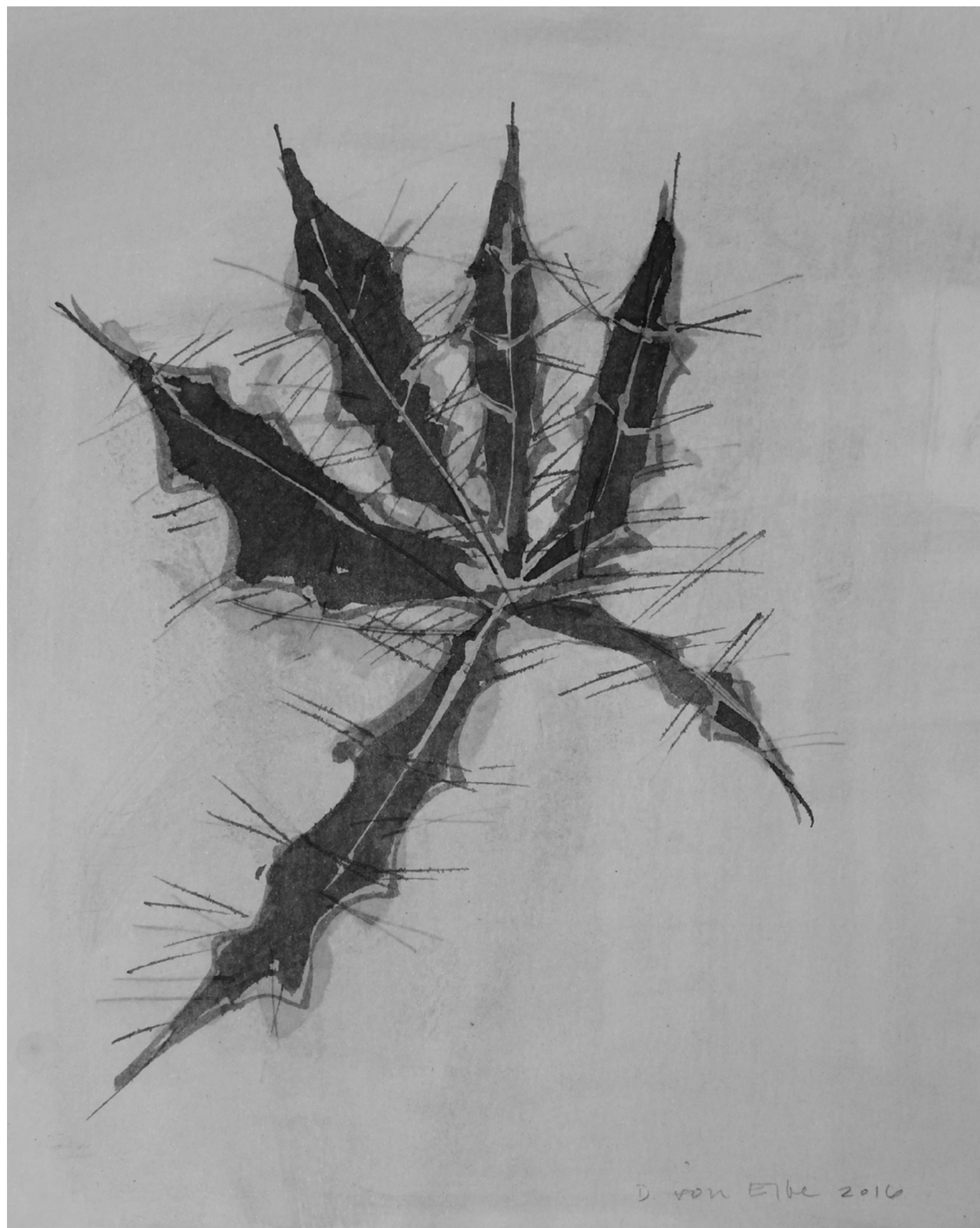
Decenas de turistas hacen cola
para entrar en la casa de Julieta
o apenas para hacerse alguna foto
con la estatua de bronce, cuyo seno
más parece de oro, por el roce
de tanta mano impúdica que trata
de cumplir con un rito tan famoso
como falso y absurdo.
Muchos de ellos
están, en realidad, solo de paso,
no disponen de más de una o dos horas
para ver la ciudad, pero prefieren
perder el tiempo aquí en vez de ganarlo
descubriendo la Piazza dei Signori,
rodeando la Arena, extraordinaria,
o admirando por entre las almenas
del rojo y elegante Ponte Vecchio
las desbocadas aguas del Adige.
A uno le gustaría interpretar
este extraño fenómeno cual síntoma
del triunfo de la Literatura,
de la fuerza real de la ficción,
del genio universal de William Shakespeare,
pero mucho se teme que lo cierto
es que este tumultuoso guirigai
es tan solo una pobre muestra más
de nuestra estupidez globalizada.

AUTOMATIC VOTE

Aquí, en el futuro, no votamos.
Y no porque ya no haya democracia.
Justamente por todo lo contrario:
nuestro cerebro alberga un microchip
que en tiempo real informa al Ministerio
de aquello relevante que pensamos:
de si estamos o no estamos de acuerdo
con alguna propuesta normativa
o de si nos parecen adecuadas
las últimas reformas del Gobierno.
De ese modo eficaz hemos logrado
hacer de la política, aquel monstruo,
un eterno y constante referéndum
en el que todos siempre participan.
Sí, en alguna ocasión –pues todo pasa–,
algún microchip falla
y emite un voto erróneo,
es inmediatamente eliminado
por agentes del propio Ministerio
para que todo funcione como debe.
Gracias a este sistema incuestionable,
que siempre tiene en cuenta tu opinión,
venimos disfrutando sin percances,
sin votos, diputados o asambleas,
amén de de una ingente paz social,
de no menos de treinta, o de cuarenta,
décadas de Feliz Gobernación.

GOOD BLACK FRIDAY

¿Quién se acuerda de Cristo,
de Buda, de Yahvé o de Mahoma?
¿Quién de las crueles luchas fratricidas
entre católicos y protestantes,
sunníes y chiíes,
del sanguinario cisma, años atrás,
en el seno de la Cienciología?
Hoy ya nadie celebra
Hanukkah, Eid Al-Adha o Navidad,
fiestas del odio y del enfrentamiento,
hoy tan solo esperamos,
en fraterna amistad consumidora,
que llegue el cuarto viernes de noviembre
y, con él, nuestro Buen Señor Descuento,
Hijo del Dios Mercado,
que, encarnado en efímera etiqueta,
descendió hasta las Grandes Superficies
para salvar al hombre de la calle
de toda su miseria.
Que así sea.



DOROTHEA VON ELBE
Sin título. 2016

MONTSERRAT VILLAR GONZÁLEZ

i, eu morrendo
nesta longa noite
de pedra.

CELSO EMILIO FERREIRO

Logo daquel tempo
o silencio cesou, nacendo a palabra.
Primeiro en tímidos murmurios
que foran converténdose en
longas conversas cada noite.

Fóra, ao solpor, o ar
foi mesturando as verbas
que saían polas fiestras
alongando o seu eco ata
vales lonxanos e pouco habitados.

Primeiro semellaran paxaros a chiar,
máis, despois, tornaron a converterse
en frases con sentido
que todos adoptaran ao adurmiñarse,
imaxinando caricias
que facían fuxir à dor.

Agora, esmoreceu a palabra
e o silencio agachado trala porta
muda en sombra
cada día.

A MIÑA VIDA

Hoxe fixen lentellas
e para mañá
hei comprar carne.

Pasei o aspirador
e baixeí o lixo.

De sábado sairemos a cear
para falarmos de negocios
cos outros.

Onte fin a Baudelaire
mentres se cocía o peixe.

Despois reguei as plantas
e puxen a calefacción
porque sempre teño frío.

Sempre me persegue o frío.

VACINAS CONTRA A MELANCOLÍA

*... al otro lado de esta vida
sólo espera el rock and roll.*

LEOPOLDO MARÍA PANERO
“Canción para una discoteca”

Hai no ceu
sucursais do delirio
onde pecan as almas
ansiosas de destino.

Na terra, entrementres,
os suicidas facemos a fila
para nos inxectaren vacinas
contra a melancolía.

E neses momentos
en que os soños nos alcanzan
imaxinamos a nosa morte
entre orgasmos defensivos.

Hai no ceu
sucursais do destino
onde exaculan as mutiladas
almas do delirio.

O PASO DO TEMPO

O tempo é ouro
-díxome-
e marchou calculando en diñeiro
o que perdera ao me saudar.

Eu fiquei alí,
sentada naquel parque escuro,
mentres as nubes
arroupaban á lúa,
calculando en palabras
o que deixara de pensar.

VOLTARÁS, CREO

Fuches embora
deixando o teu corpo na cama.
Soou a máquina do tempo,
erguícheste e saíches
a esa rutina cotiá.

Remexín preguizosa
entre os lenzois
e atopei o teu peito,
mais tu xa non estabas.

Voltarás, creo,
cando a friaxe xee a túa alma
e vestirás de novo
esa carne inmóbil
que che quedou na casa.



JOSÉ ANTONIO ZAMBRANO

Poemas

AGUAS DE OTOÑO

Es un cariño más.
Ha llovido,
y en la humedad de los ojos
hay un refugio extraño
que no orea la noche.

Quizá
de este decir quede
una gota más fiel.
Un renglón que sostenga
lo que dejan las manos
al no poner nada en otro sitio,
y sin saber que esto
fue al cabo de los años
una estable manía.

DOROTHEA VON ELBE
Sin título, 2016

SUROESTE

CASI UNA NORMA

Si no me voy no vuelvo.
Y si me voy
tal vez pueda buscar el camino de vuelta.

Y si acaso no vuelvo,
si no logro encontrar el camino perdido
será porque mi voz
contó el rubor de las palabras,
al no saber
que respirar un verso es como una sonrisa.

No es locura del hielo
que se convierta en agua entre mis manos.
Que culpe a la fijeza del destino
de ese no que es la vida,
y al fin
lo casual que abrumba el desamor,
cuando la edad presiente
que olvidar un presagio es no tener memoria.

HISTORIA

Un poema se hace
con palabras lentas.

Protegidas por el balbuceo
de una gota de agua sobre el mar.

Hundidas en el refugio
de una rara decencia.

Amparadas por los espejos
que guardan lo que ven.

Ansiadas por el vicio
de dar nombre a las cosas.

Todo lo que ambiciona
el verso de los dioses
cuando habla de amor.

OTROS TIEMPOS

En mis tiempos de niño
contaba todo el día
el beso de mi madre.
Su empeño
en verme ser mayor
y el dejar como herencia
su olor a sombra clara.

Yo era uno más
de aquel patio encendido
por murrias y promesas.
Ese patio sin llaves
que se rendía a la dicha
de tanta mocedad.

Luego llegó el desorden
que jamás entendí:
lo sucio de la muerte
de una mujer tan limpia.

ALINDO LA PASIÓN

Alindo la pasión con lo bello,
con el entusiasmo sin historia
y con el encanto que impregna
lo inútil.

También alindo lo encontrado
con lo que no he conseguido:
ser dueño de un lugar imaginado.
Un lugar sin distinguos
donde el invierno no tenga color
y donde no se entienda
el oficio de ser Dios o nada.

Aunque queda un refugio
para el que no hay distinción,
y al que se debe volver
cuando sientes que un verso
te dice lo que ignoras.

DIARIO DE LAS COSAS

No habrá otra forma de ver
desde esta habitación donde miro.
Ni palabras con más resignación
que las que beso
antes de condenarlas.

No queda grieta más mordida
por la inseguridad,
ni rincón donde el alba
no haya intentado parar
las horas del reloj.

Hoy fijo mi atención en los sitios
donde intenté juntar un río de labios,
pero no en las bocas que niegan
que el corazón cuando se llena de agua
carece de nostalgia.

Sabe reír
pero se olvida de nombrar la risa.

MAÑANA DE SOL

Esta mañana hay sol
y he notado que el día
quiere tratarme bien.

Influye en mi ánimo
mis hortensias podadas
que volverán en flor.
El calor de mi casa
de estar sola,
o la voz de Pessoa
-tantas veces leída-
que abre mi ambición
de vivir simplemente.

Todo está en este día
al que junto mis pasos
con más condescendencia.

UN DÍA MÁS

Un día más
me muevo en la costumbre de estar solo.

Deshabitado
como el amanecer,
como el dardo que pide
un corazón nocturno y ciego.
Abierto a la ebriedad
de los instantes
y pleno a la respiración de una caricia.

Un día más
soy el mismo que arropa su costumbre:
la dispersa rutina de mis labios.



Narrativa

JOSÉ IGNACIO CARNERO SOBRADO
AVELINO FIERRO
PATRICIA GONZALO DE JESÚS
JOSÉ MARÍA JURADO
JOSÉ VIALE MOUTINHO
CLARA PASTOR
SANTI PÉREZ ISASI



ALMERINDA PEREIRA. Gonçalo M. Tavares. 2014

JOSÉ IGNACIO CARNERO SOBRADO

Ser otro

Vivir es ser otro. Ni sentir es posible si hoy se siente como ayer se sintió. Sentir hoy lo mismo que ayer no es sentir: es recordar lo que se sintió ayer, ser hoy el cadáver vivo de lo que ayer fue la vida perdida.

FERNANDO PESSOA
Libro del desasosiego

He dado un paseo por las calles de Marvão, y he creído difuminarme a cada paso que daba. El calor a estas alturas de agosto hace más irreal todavía el ambiente. Detiene el segundero del reloj, y me hace caer en un letargo en el que el tiempo deja de existir, y sólo es un océano de horas. Es lo que también les sucede a estos ancianos que permanecen callados en la plaza del pueblo. Están quietos, apoyados en sus cachavas, contemplando un mundo que se desvanece ante sus miradas, y con las piernas colgando del abismo en que se ha convertido el futuro para ellos.

Cuando llego a la que está siendo mi casa estos días, el calor cesa de inmediato. Las gruesas paredes encaladas alivian el sol que cae a plomo en el Alentejo, y que hace que el asfalto arda. Subo a la habitación, me desvisto, y me meto en la ducha. Cierro los ojos, elevo ligeramente la cabeza, y pronto el agua taponas mis tímpanos hasta crear una sensación de vacío. Pero las gotas que caen de la ducha siguen repiqueteando contra mis oídos. Es entonces cuando lo oigo: llueve como en Bilbao.

He cerrado el grifo. Casi sin esfuerzo, me he secado de inmediato, y he vuelto a la perpetua canícula de este territorio, pero pronto me he dado cuenta de que sigue lloviendo sobre mis recuerdos. Siempre es así. Sobre ellos cae un agua perpetua, que los oxida y envejece. Hay quien lo escucha, y quien no: oír el sonido de la lluvia es un buen indicio de que se está solo. Como yo ahora mismo, aquí, a ochocientos kilómetros de Bilbao,

mi ciudad, a más de mil de Barcelona, donde ahora vivo, pero oyendo siempre la misma lluvia de forma invariable.

Esa lluvia debió oír también mi padre estas últimas navidades, que fue la última vez que estuve con él en Bilbao. Unos días antes, un primo suyo contactó conmigo porque quería mandarle unas fotos antiguas que había encontrado, y le resultaba más cómodo enviarlas por correo electrónico. Pasados unos días recibí las fotos. Aparecían los dos, mi padre y su primo, cuando ambos eran adolescentes. A ninguno de los dos conozco. Tampoco a mi padre o, para ser exactos, a quien fue mi padre, y aparece retratado en esa foto. La debieron sacar en un día de fiesta, porque los dos primos llevan unos trajes que pretenden ser elegantes, aunque en realidad son ropas desgastadas, y varias tallas más grandes que las que les corresponderían. Detrás de ambos, un carro lleno de hierba, y un hórreo. Es Galicia, es la posguerra, y hay en sus rostros cierto gesto de quien sabe que va a emigrar, y se despide sin querer decir que ya ha empezado a hacerlo.

Quizá fuera su última fiesta. Como aquella otra mía, en Bilbao, al terminar la carrera, y antes de irme a vivir a Madrid. Fue con B, y aunque ella no se lo crea, supe con certeza que era la última noche. Recuerdo sus apuntes de Estructuras de la Edificación en el asiento de atrás del coche. Era un día de lluvia también. Ahora que me he tumbado en la cama, y el sol que se cuele por la ventana me ciega los ojos, puedo verla tal y como

era entonces. Siempre que pienso en ella me sucede. A pesar de que nos veamos a menudo, y nos saludemos por la calle, cuando estoy solo y pienso en B, nunca la veo tal y como es ahora. Es la prueba más evidente de que, pasado tanto tiempo, no he traicionado a aquella chica que ya no existe.

Ha comenzado a atardecer en Marvão, y en las paredes se dibujan extrañas formas ocreas. Un perro ladra en la calle. Son callejas estrechas en las que los sonidos parecen más cercanos aún. Algunas personas han salido de sus casas aprovechando que el calor amaina. Y yo, ahora que el pueblo se va llenando de sombras, puedo ver mejor el crepúsculo de la juventud. La mía, y la de mi padre, que parecen entrecruzarse ambas en estas solitarias y angostas calles de Marvão. Los dos hombres que fuimos mirándose mutuamente como desconocidos que se encuentran en este solitario lugar, que comienza a llenarse de luces de farolas encendidas como linternas en la niebla.

Estos dos momentos son un vértice de nuestra biografía. Pocas veces uno es consciente de que está doblando una esquina de sí mismo, pero sucede. Son ángulos que se retienen en la memoria, porque el resto es un océano de días a través del cual se hace imposible explicarnos, justificar quienes somos, perdonarnos. Un mar de decisiones que se toman a cada instante y que, como sedimentos de nosotros mismos, se acumulan en las orillas de la vida propia. Nos construimos así. Nada de lo que hacemos es inocuo, porque es la acumulación de actos espontáneos, de insignificancias, lo que nos acaba por definir. Somos piedras de una playa moldeadas por la paciencia de las olas, pienso viendo la foto de mi padre mientras el sol que se cuele a través de la ventana, se esconde también en la habitación, y recorre mi cara, hasta, con su sombra, partirme en dos, en tres, en varias piezas de mí mismo que no consigo recomponer, y que podría buscar a tientas por el suelo de este cuarto.

Por un momento dormito en la cama con la foto entre las manos, y siento el vacío de no tener nada en qué pensar. Es una sensación de la que ahora es fácil

huir, pero que no lo era cuando conocí a B. Cuando estaba con ella perdía el control de lo que sucedía a mi alrededor, porque todo lo demás era silencio. Ella era lo único real que importaba, y en torno a nosotros, como un mapa desplegado, sólo un universo desierto abierto a los pies. No era doloroso, al contrario, era como un narcótico que me hacía desaparecer y no tener a qué aferrarme. Sólo a ella, que desapareció como un fantasma de otro tiempo, a pesar de que me la encuentre por la calle, y le pregunte por el trabajo, por su familia, o por su perro, que ya será viejo, o habrá muerto quizá. Hablo con B, pero es más real cuando la pienso, que cuando es, porque ya no existe cómo yo la recuerdo.

Eso me sucede también con la foto de mi padre, aunque de distinta manera. Nunca había visto fotos suyas tan joven. Mi mirada estaba acostumbrada a verle en otras fotos con treinta años, más o menos la edad que tengo yo ahora, o más mayor. Al verle así, puedo intuir qué tipo de hombre era entonces, y acabo por concluir que, aproximadamente, el mismo que yo ahora. Sin embargo, al verle tan joven algo se ha movido dentro de mí. Ha sido como ver a un desconocido, al que, no sabes bien porqué, conoces de algo, y comienzas a sentir temor. Buscas en la memoria y no hallas nada. Esa cara, ese gesto, afloran a través de un desconchado de la memoria, como si lo hicieran a través de estas grietas de las fachadas encaladas de Marvão. Removiendo la fisura, uno intenta lograr rescatar un acontecimiento sepultado entre sucesos posteriores, que consumen la realidad como termitas, pero es en vano, porque su rostro, el de ese hombre que dice ser mi padre, es tan impenetrable como el de un moái de la Isla de Pascua.

Ya el pueblo se ha quedado totalmente a oscuras. Sólo lo iluminan las farolas diseminadas por sus calles. La campana de la iglesia suena levemente y yo decido salir a dar un paseo. Al acercarme al castillo me ocurre algo que sucede cada cierto tiempo. Se suelen ver como se ve una estrella fugaz. Como a un cometa tal vez. Porque ocurre siempre de noche. También, en ocasio-

nes, al atardecer, a esa del crepúsculo que es una frontera de la intimidad. Camina uno distraído por la calle y de pronto ocurre. Una chica sale de un portal llorando y se cruza en mi camino. Resulta imposible no seguirla con la mirada durante unos segundos. La belleza de esa tragedia me atrae como espectador de algo ajeno, porque cuando es algo propio no solemos asomarnos al balcón para verlas alejarse. Sin embargo, con esa desconocida nos pararíamos a hablar, preguntarle qué le pasa, y decirle que seguro que no es tan importante. Pero nunca lo hacemos. Esta noche tampoco. Después se aleja convertida en una sombra. Se seca las lágrimas por pudor. Entonces, y esto es más raro aún que sucede, se gira consciente de que la he visto llorar, y sonríe. Apenas un instante, pero suficiente para contener todo cuanto es la esencia de la vida.

Es de noche, y las caras que veo en los bares, tomando cervezas y licores, son las mismas de siempre. No son desconocidos, son los mismos aunque con otro aspecto, que se repiten en todas las ciudades y pueblos cada madrugada. Ellos son más accesibles que el rostro de la fotografía, a pesar de que nunca les haya dirigido la palabra. Son las mismas personas que he conocido en otras noches, en otros lugares. Me sucede lo mismo con las turistas que llegan a mi barrio de Barcelona los fines de semana. El lunes las calles del Born se quedarán vacías de nuevo, y así hasta el viernes siguiente de forma constante durante todo el año. He acabado por pensar que son también las mismas personas y, entre ellas, una única mujer que viene a visitarme cada fin de semana. Acabaré quizá tratándolas como a conocidas, como si fuesen una única, hasta que la cotidianidad de mi trato le extrañe a alguna. Os conozco a todas como si fueseis la misma, le confesaré finalmente a una de ellas, y ésta quizá me responda que podría ir a visitarlas a uno de esos fríos países del norte de los que vienen. La idea me gusta, pienso ahora que camino de vuelta a casa, y cuando alzo la vista al horizonte imagino un lugar así al que volver. Un lugar en el que estén todas esas otras mujeres, que son siempre la misma en realidad.

Desde lo alto del pueblo se puede intuir el pequeño mundo que es todo cuanto la vista abarca. Unas chicas pasan a mi lado hablando portugués entre risas. Son desconocidas, como desconocido, aunque cada vez menos, es su idioma, que es una geografía que comienzo a descubrir. Me gusta oírlo porque es como un atlas con zonas vírgenes. Como un cuerpo nuevo que acariciar. Lo mismo me ocurrió cuando conocí a P y me hablaba en catalán, *tot just despertàvem del son dels infants*, y entonces me gustaba más todavía, porque era como verla con un vestido nuevo o, incluso, como estar con otra mujer, pero sin dejar de ser ella. Era una infidelidad sin culpa.

Pero eso ya es sólo pasado, que desde lo alto de este risco sobre el que se asienta Marvão, se ve con más claridad aún. A decir verdad, desde aquí todo cobra su auténtica dimensión, y nos hace ver las cosas del tamaño preciso. Como he llegado en coche desde España, si miro hacia Extremadura, veré el pasado, y si aprieto los ojos y, sin éxito, intento ver Lisboa, observaré el futuro abrirse a través de un Tajo cada vez más inabarcable. Al mirar hacia el mar que el Tajo inaugura, siente uno el temor a lo desconocido. Por eso, tal vez, pienso en recorrer el camino de vuelta, y no sé porque, eso me hace recordar a B. Puede ser porque quizá al recorrerlo la encuentre aún en esa encrucijada donde nos despedimos. Quizá también halle en mi camino los campos arrasados por este sol que hace arder al Alentejo, y tras un páramo yermo, quebrados por una frontera que no existe, la sombra de nuestros cuerpos.

Pero cuando dejo de pensar en nosotros, si es que seguimos existiendo como tales, la oscuridad me cubre por completo. Me llama al móvil G, que me cuenta que la novia de un amigo ha tenido un aborto; que otro se ha comprado una casa; y que se ha encontrado a D en el supermercado. Hace años que no veo a D. Decían de su padre que era pastor, pero al cabo de un tiempo supimos que era guardia civil. ETA todavía no había dejado de matar, y D se inventó el oficio de su padre para no tener que dar explicaciones en el instituto de Bilbao. Era invisible. Tendría su vida familiar, sus ami-

El viaje de Sali

gos, pero para el resto de la gente era un enigma. Un manto de silencio y misterio. Siempre me pregunté porque a alguien, quizá a su hijo, se le ocurrió decir que era pastor. Y, sobre todo, porque nadie se dio cuenta de que era un disparate que en una ciudad industrial como Bilbao hubiera pastores. Quizá alguno por Artxanda, pero nada más. No era, desde luego, un disfraz muy eficiente. A mi, al menos, siempre me llamó la atención y me hizo sospechar. Quién ideó la simulación puede ser que pensase en una profesión sin peligros, como la de pastor, que a lo mejor fue la de los abuelos antes de venir al País Vasco a trabajar en esas fábricas que vomitaban humo y ceniza, y dejaban la ropa de los tendederos llena de mugre y hollín.

Cierro la puerta de la casa, y mientras abro una botella de vino, pienso en las certezas y principios que tenía D cuando le conocí, y caigo en la conclusión, no me había dado cuenta hasta ahora, de que las necesitaba como apoyo frente a la inseguridad en la que vivía. Frente al miedo a que una mañana matasen a su padre, el pastor.

Termino ya de hablar con G, que me sigue contando que hace unos días estuvo con D, y que se ha vuelto mezquino e insoportable. Entonces sólo era un chico con miedo. Es inimaginable hacia dónde la desconfianza nos lleva, le digo a G mientras me sirvo una copa de vino, y miro a unas ancianas despedirse en la calle.

Apoyado en la barandilla de la terraza que da a la calle, oigo el sonido de los grillos, y a unos hombres pronunciar la palabra *crise*, crisis, que se ha convertido en algo tan común, que es ya como un hogar para nosotros: los que vivimos en este pedazo de tierra ibérica. Un hogar infeliz, pero un hogar, al fin y al cabo. Eso me hace acordarme de que pronto acabarán las vacaciones, y volveré a oír esa palabra en las salas de reuniones y en los juzgados. Como hace unos días, justo antes de comenzar mis vacaciones, y de llegar a Marvão. Un niño, no tendría más de doce años, acompañaba a su padre en el juzgado. El padre estaba nervioso a pesar de que su abogado trataba de tranquilizarle. Cuando fue a entrar a la sala de vistas, me pude

dar cuenta de que el hijo, que se quedó fuera, vio a su padre descompuesto, débil, sin saber reaccionar ante un mundo que le era ajeno. Esa solemnidad del juzgado acabó por convertirle en otra persona distinta a la que el niño conocía, y a la que estaba acostumbrado a ver. La del padre protector y seguro de sí mismo. El hijo le miró por última vez como a un extraño, y bajó la vista cuando su padre entró a la sala. Indefenso por ver así a quien creía invulnerable, sintió el miedo real por primera vez. El miedo a lo tangible, a las cosas que suceden y nos golpean. Desahucios, deudas, despidos. En sus ojos algo había cambiado. Ya no era el mismo. Ardió en ellos la llama que quema la infancia.

Al acordarme de ello, he vuelto a coger la foto de mi padre, y he indagado de nuevo en su mirada. Apenas he encontrado nada. Concluyo que no le conozco. Su rostro me es distante. No logro saber en qué está pensando, ni qué sueños tiene, porque en el fondo sé que son otros distintos a los que después tuvo, como también me ha sucedido a mi. Yo a veces también me siento otro. Estoy acostumbrado a eso. Pero a lo que no estaba acostumbrado era a tener esa misma sensación en mi padre. Ese punto inamovible que durante años ha sido, y que sigue siéndolo, se ha tambaleado al ver esa fotografía.

Sí, ahora lo recuerdo bien. Las pasadas navidades no caí en lo que sucedió en la cena de Nochebuena. Al recibir el correo electrónico del primo de mi padre, mandé imprimir y enmarcar la fotografía. Terminó la cena, y le entregué el regalo. Abrió el envoltorio, y al verse a sí mismo creo que sintió algo parecido a lo que yo he percibido al ver hoy la imagen. La contempló durante unos segundos, me sonrió, y la dejó posada boca abajo en la mesa, como queriendo despedirse de quien ya no existe.

En un lugar del desván de la casa del pueblo estará, revuelto con otros, el cartel de “En la ciudad blanca”. Es de aquellos años en que algunas películas hicieron de nosotros unos cinéfilos. Aunque Alain Tanner no piense lo mismo. En una entrevista de la época de la película lisboeta, el periodista le pregunta si “La Salamandra” –muy anterior– fue un film generacional que dejó marcados a muchos. Y el director suizo habla de una generación desaparecida como público cinematográfico, de espectadores que iban mucho al cine, pero estaban condicionados por razones ideológicas. Esos espectadores, dice, estaban politizados; y la política es algo muy volátil....

No sé si éramos cinéfilos, pero amábamos el cine y el amor y los viajes y –¡ay! con qué inconsciencia y ardor– la revolución. Ese cartel está enrollado con otros de Bertolucci, Godard, Visconti y Truffaut dentro de un gran lienzo de dos por tres metros en el que aparecen Bogart y Bergman, que nuestro amigo Marcel había encargado a un pintor alemán para decorar su discoteca del Puerto de la Cruz, y que acabó misteriosamente en casa.

No hace mucho he venido a saber que el guionista de “La Salamandra” y “Jonás, que cumplirá 25 años en el 2000”, era John Berger. Que él dejó palabras en esa metáfora sobre la alienación de la vida en la ciudad y esa fábula ecologista y libertaria. Aquellos personajes de Rosamunde y el profesor de historia, que da su clase rodeado de verduras, sirvieron para secretas discusiones que alentaban nuestros deseos de un mundo mejor. Ha pasado el tiempo. Puede que Tanner tenga razón: he dejado de ir al cine y leo al Berger que habla de estética y dibujo, de la mirada sobre las cosas y no de la ética, de la deriva de los hombres.

Todo era en la juventud más carnal y físico; ahora queda el ensimismamiento, cierta ensoñación. Recuerdos entre la bruma, las caminatas de Bruno Ganz por la callejuelas de Alfama; el tiempo que no volverá, no existe ese reloj que él ve marcando las horas en sentido inverso. “El ayer está lejos, y el pasado perdido”, escribe Pessoa en uno de sus sonetos portugueses.

Mucho antes de ver la película, nosotros habíamos estado en Lisboa. La idea del viaje de aquellos años era la deriva, la improvisación y el descubrimiento. También perseguíamos llegar al mar. Y en el trayecto no había atajos, sino desvíos, y la casualidad podía retenerte en cualquier parte.

Llegamos a la ciudad en un Seat 124. Éramos cuatro. No recuerdo las etapas. No sé la época del año. Quizá era a finales de invierno y puede que viésemos –como en el poema de Nuno Júdice– una mariposa perdida entre los coches mal estacionados, con alas sin brillo, pero que anunciaba ya la ilusión de la primavera. Fuimos a ver los barcos y el agua. En una guía que se atribuye a Pessoa –aunque su estilo es tan administrativo y funcional que hace dudar a uno de su autoría– la entrada del viajero es por mar y vista así, de lejos, la ciudad se levanta como la hermosa visión de un sueño. Veíamos el abigarramiento de cascos y óxidos, chimeneas y jarcias, guindastes y

flámulas: la visión de ese vaivén que a las gentes de interior nos produce ya un cierto mareo. Algo muy distinto a la serenidad de esa estela que se dibuja en unos versos de Andrade: “A veces pasaba un barco. / Era como un arado labrando / en mi corazón la tierra muerta. / En la proa el viento salado de los pinares...

También en este casi anochecer en el que escribo, una nube finísima atraviesa como una estela la luna llena del viernes santo, varada en el mar de la bóveda celeste. El día ha acabado entre luces inciertas desde que en la mañana una lluvia leve refrescara el aire e hiciera ruborizarse a los pétalos de los prunos florecidos. Pero la noche no es gris, sino azul. Al menos lo es sobre el perfil de las lomas que veo desde mi ventana de un sexto piso. Y allí aparecen los destellos de las urbanizaciones. Pronto se difuminará la línea del horizonte. Una costura fruncirá la tierra y el cielo. Y esas luces titilando parecerá que comienzan una danza leve de fuegos fatuos.

Hay una intensidad inescrutable en este momento. Escucho la realidad. Trato de atender al susurro de las cosas. Su tiempo es distinto del mío. Son sonidos tenues: una ventana que se cierra, el llanto de un niño cansado, la paloma que remueve las hojas de un plátano del parque, una tela que se rasga... Es el engranaje del tiempo, que mueve este pequeño mundo y su costumbre. Esta monotonía que nos traspasará, porque es inconsciente, eterna. El tedio de lo real y su terco metrónomo. No cabe preguntarse nada. Sé que en ello hay desvalimiento y riqueza. Como esa flor que brota en este campo de oscuridad, esa luz de una ventana de la casa alta, lejana, que ya no tiene su contorno dibujado. Esa luz que reconozco de otras noches y que sé que seguirá cuando las demás se apaguen. Un hilo invisible parece unir su instante y el mío. Dos momentos de soledad.

Desde la habitación de un cuarto piso en la Baixa, Pessoa contemplaba temblorosamente el paisaje: “¡Si nuestra vida fuese estar eternamente a la ventana, si nos quedásemos así, como algo de humo siempre quieto que vive siempre el mismo instante de crepúsculo dañando la curva de los montes! ¡Sí, al menos, sin alcanzar la imposibilidad, pudiésemos quedarnos así, sin acometer ninguna acción, sin que nuestros labios lívidos pecasen más palabras!”. Así estoy yo ahora, acodado en la barandilla de la terraza, viendo anochecer. Hay una música dentro de la habitación, que va y viene, que percibo ahora que he dejado de escribir. En la portada del disco se dibuja también una estampa nocturna, una escena urbana, casas altas, una grúa con luces de gálbo, la visión de una ciudad del norte de Europa, un instante trivial y de spleen como este mismo.

He pensado en el cartel de la película de Tanner porque queremos viajar a Lisboa el 14 de abril. Y me he rodeado de los apuntes tomados en otros viajes portugueses. Y de libros. Da pereza pensar en ello. Yo no soy muy viajero. A veces me basta con salir de casa, dar algunos paseos mirando las luces de la ciudad, ver cómo se pierde una silueta al final de una calle de barrio mal iluminada. Un paseante indeciso que se alimenta de melancolía, como dijo W. Benjamin. Un flâneur fuera de época.

He anotado esas miradas en mis diarios. Y así, recuerdo aquella noche en que la lengua de cemento que cubre ahora los viejos railes del ferrocarril brillaba como un río de mercurio o una enorme serpiente plateada acariciada por la luna. Al parque llegaban unas mujeres marroquíes, cuando los demás se habían ido, y se sentaban en los cartones que quedaban en las gradas. Cerca de la parada del autobús una negrita se fundía sobre el fondo de aligustres. Las finísimas lentejuelas brillantes de su vestido eran una diminuta vía láctea suspendida en el aire.

Salir de la vida cotidiana, de la costumbre, de la soledad y de los sueños. Eso es el viaje. Y el desasosiego –casi una angustia– que lo acompaña. Ya sé que todo lo va arreglando luego la rutina de siempre: la ilusión de los otros, las llamadas nerviosas, las últimas compras, los preparativos. Nuestro grupo es bien avenido y animoso. Aunque habrá ausencias por motivos de trabajo: Juan Antonio estará en Chile y Cristina, en Bucarest. Yo seré el encargado, como siempre, de componer con dibujos y textos un breve cuadernillo del viaje. Es una tarea ingrata, pero como ello me aparta de cualquier otra obligación, nunca me he quejado. Recuerdo el que hice en otra ocasión, con José

Luis como profesor encargado de explicar las comarcas heroicas, Alcobaça y Batalha, el paisaje de Aljubarrota, Coimbra...

Sí, recuerdo bien aquel viaje de cuatro días hacia “os saudosos campos do Mondego”, entrando por Ciudad Rodrigo. Aquel camino de agradable monotonía, de vaivenes por tierras bajas y verdes. Nubes, aguaceros y rayos de sol hacían brillar los prados y las verduras tardías: puerros, calabazas, coles... Los huertos se veían cuidados y los pueblos vividos y enlazados al entorno sin intermitencias. Era un tobogán amable por lugares de incontestable modestia, pero asistidos por la razón y la sensatez, la vida de unos hombres con los pies en el suelo, apegados al latir de la tierra. Sucedió también con las construcciones, los tejados, los colores; sólo algún sobresalto mínimo y blanco de esos volúmenes cúbicos de la nueva arquitectura. Nada era abrupto; todo destilaba una entrañable tristeza risueña. Como un vivir sensato, sin falsas apariencias, sin estridencias, sin aspavientos. Escribe Unamuno: “No hay modo de penetrar en el alma elegiaca de la poesía portuguesa, no habiéndose dejado ganar del hechizo, un poco triste, de su paisaje mimoso”.

Pero esas visiones amables siempre han tenido para mí momentos de incorregible angustia: no puedo dejar de imaginar las vidas de los otros y el deseo de habitarlas. En cada una de esas casas habitan instantes felices, tediosos o de tristeza. Quizá sea ese ansia de salir de uno mismo, huir del lastre de la carne propia, dejar de sentir, tal vez soñar. Y esas imágenes vuelven a veces, más que el baluarte de una fortaleza u otra estridencia de la cultura, con melancolía y engañosa nostalgia.

Aquel era un viaje organizado, de esos que apartan de un plumazo los itinerarios de la indecisión. Pero esta vez, ¿qué caminos tomar? ¿dónde detenernos?

En grupo no hay posibilidades tan extraordinarias como las que disfruta el viajero solitario. Unamuno, en sus *Andanzas y visiones españolas*, recuerda su visita a la catedral vieja de Coimbra y cómo pasa buena parte de la mañana dibujando algunos detalles del retablo de madera tallada, obra de flamencos y de principios del siglo XVI. En esas notas que firma en Figueira da Foz, en agosto de 1914, es donde están aquellas reflexiones sobre el manuelino, del que acaso, dice, el más genuino ejemplar es el templo de los Jerónimos, cerca de Lisboa, y el calificativo de estilo “tirabuzonesco”. Todo está en rizos, escribe. “Diríase a las veces que son piezas de ropa blanca, cuando, después de lavadas, se las retuerce para enjugarlas, o calabrotos y cordajes de barcos. ¿Tomaron de la jarcia acaso la inspiración de esos trenzados de piedra?”.

En esta ocasión ni siquiera hemos hablado de itinerarios. No estaremos muchos días. Descartamos entrar por la frontera muy al norte; otra vez dejamos para el futuro recorrer los lugares que Julio Llamazares visitó ya en 1998, la región de Tras-os-Montes. Quizá les proponga recorrer la autovía de la Plata, hasta llegar a Badajoz. Por aquellas tierras estuvimos en el año 2012 Mar y yo en compañía de Manuel Vicente González, que también tenía escritas sus jornadas por la zona en *Carretera y manta, un viaje entre Badajoz y Alentejo*. Aquella primavera de hermosas nubes reflejadas en las charcas de las dehesas. He encontrado un trozo de papel en el libro, con anotaciones de Mar y los lugares que visitamos en nuestro recorrido, nuestras idas y venidas por La Raya.

Y en la última página del libro yo dejé un dibujo a lápiz, el tronco de un árbol en el que se apoyan una mochila y una vara, un trozo de cielo, y a lo lejos, una loma en la que se perfila un viejo castillo.

Tengo más libros sobre la mesa: *El tiempo de los regalos*, de Patrick Leigh Fermor -uno de los pocos libros de viajes que me gusta recomendar-; *Un corazón de nadie*, antología de poemas de Pessoa con traducción de Ángel Campos Pámpano; *El libro del desasosiego*, en la cuidada edición de Pre-textos; los versos de Eugénio de Andrade que me hicieron compañía en el verano de 1990...

Miro ahora viejas fotos de Lisboa en el número de la primavera de 1980 de la revista *Poesía*. Hay pocos recuerdos de aquel viaje de hace cuarenta años: las sombras rotas del follaje mientras descansábamos sobre la hierba en

La zona

una etapa del camino, un sol rojo y enfermo sobre el Tajo visto desde el mirador del castillo de San Jorge, una noche de fados con lágrimas y celos de los cantantes (como en un cuento de Borges sobre tanguistas y cuchilleros en un galpón de las afueras)...

Sólo hay cierta nitidez en la imagen del cartel de la película: ese sillón rojo, el barco. Todo lo demás es bruma. Niebla. Como en esa visión de la ciudad que describe Gaziél en *Portugal lejano*.

“Hoy era un día de éstos. Acodado en la borda del pontón fluvial a pleno viento, respirando la bocanada salobre que viene del Atlántico, en dirección contraria a la corriente del río, me he quedado embobado como ante un escenario. Había sobre nosotros una inmensidad de atmósfera, tan pesada, que aplastaba la tierra y parecía que ensanchaba más aún el río. Los barrios accidentados de Lisboa ondeaban sobre la ribera, a caballo de sus innumerables montículos y a medida que nos alejábamos se convertían en una especie de inmenso pesebre tendido junto al agua, con los puñados de casas colocados de costado. Todo el celaje estaba encubierto por una leve bruma, tal como si una fina capa de cola lo cubriera, sobre la cual el sol iba colocando chapas de oro estridente que brillaban como toques de corneta. A la derecha del panorama el encumbrado castillo de San Jorge, la fortaleza medieval de Lisboa, parecía pintado con fuego, mientras la torre de Belem plantada a ras de agua en el otro extremo de la población, resaltaba como un agua fuerte, muy entintado, sobre la brillantez pegajosa del río que agarraba ya al bies la luz amarillenta de la tarde. Los tonos pastel de las casas lisboetas -verdes, azules, rosadas y sienas- brillaban también a etapas, según fuera el lametazo del sol que las encendiera o amortiguara dulcemente la sordina de la niebla”.

Una descripción “como de un arte movedizo”, dice Gaziél. Quizá sea esa la visión que encontremos en abril. Hay otras palabras hermosas sobre el país y la ciudad. Lo mejor será hacer un cuaderno, una antología de esos textos y algunos dibujos, y pensar más en la posible ruta y dónde clavar esos alfileres rojos en el mapa, ver qué lugares conviene conocer. Puede que escriba a Andy Symington y le pida la dirección de las bodegas que sus familiares australianos tienen al sur de Oporto; sería un buen desvío. Además, si uno va pendiente de escribir no sabe a qué atender. Por eso en la última crónica (íbamos a Múnich) mi relato comienza con un viajero que lee en el avión y finaliza cuando cierra el libro al subir al tren de cercanías para dirigirse a la ciudad.

Para ese cuaderno pensaré en otros paisajes que hay en Gaziél (también me gustaría tener aquel libro de Ruano, *Un español en Portugal*, que publicó en 1928; y ver el periódico portugués en que le dan por muerto en accidente de automóvil a los pocos días de regresar a Madrid). Leeré versos de Sena o Andrade. Copiaré la descripción que hace Pessoa de ese día en que nubes oscuras y de perfiles mal definidos rondaban por la ciudad oprimida por la zona de la barra del Tajo. Y los epitafios de Martín o las páginas portuguesas de Andrés. Buscaré en textos de otros autores pequeños poemas en los que -como dice Ricardo Reis- haya algo por lo que se advierta que ha existido Homero. Creo que eso será suficiente para que a Sali, que es la única del grupo que nunca ha estado en Lisboa, le acompañe la música invisible de esos versos. Como a mí me sucede ahora que, cansado y pensando en ellos, saldré a pasear en la noche. Llevo horas encerrado. Hay nubes bajas que veo moverse iluminadas por las luces de la ciudad, empujadas por un aire inquieto. Y recuerdo a Alberto Caeiro: “Otras veces oigo pasar el viento, y me parece que sólo para oír pasar el viento vale la pena haber nacido”.

Los niños de la zona jugamos a muchas cosas. En primavera y verano corremos entre los álamos. Blanconegroblanconegroblanconegrogrisgrisgrisgris, los álamos son uno, y nosotros con los álamos, y nosotros con el viento, hasta el río. Arrancamos trozos de corteza de los álamos y fabricamos barcos, y los colocamos en la corriente, a ver quién llega primero al remanso. A veces Dima hace de *vodianói*, y se cubre la cabeza de algas, y se pone una barba de hierba, como si fuera el abuelo que vive en el agua, y gruñe, y grita, y remueve el agua con sus bracitos cortos y casi sin manos, casi sin dedos, y marea los barcos de corteza hasta hacerlos naufragar.

Todo esto, los que podemos correr. Mi vecino Kesha tiene la cabeza demasiado grande, como las calabazas que cultiva su padre en el huerto, y cuando corre se le balancea de un lado a otro, y pierde el equilibrio, y se cae, y a mí me da miedo que su cabeza de calabaza explote contra el suelo, como cuando a su padre se le escurrió una y se rompió en mil pedazos, y llegaron los pájaros a comerse las pepitas que quedaron desparramadas. Yo no quiero que a Kesha se lo coman los pájaros, así que no le dejo correr. Las gemelas Lesia y Lena tienen pelo de ratón, y corazón de ratón, y pulmones de ratón, y cuando corren hacen como un ratón, ñiiiiiiiiiii, y se ahogan, así que al final no corren, y llevan a Kesha de la mano para que no tropiece, y llegan tarde, y sólo animan a los barcos desde la orilla, si Dima aún no los ha hundido.

En otoño, cuando hay niebla, jugamos al escondite. El aire es blanco y espeso como la leche, y el bosque es como la leche, y los ojos de Sveta son como la leche, y es Sveta la que mejor juega, porque está acostumbrada a ver con los oídos y con las manos, y escucha el bosque, y escucha los pasos de calabaza de Kesha, y escucha el ñiiiiiiiiiii de ratón de Lesia y Lena, y siempre nos encuentra a todos, y ríe con sus dientes de leche y sus ojos de leche.

A veces me canso de jugar así, y me marchó a casa, y lloro, y le pregunto a la abuela por qué los bracitos sin manos, y por qué la calabaza, y por qué el ñiiiiiiiiiii, y por qué los ojos de leche. La abuela entonces me dice que los niños somos ángeles caídos del cielo, pero que algunos cayeron demasiado rápido, y no les dio tiempo a convertirse en personas del todo, y que en el cielo se tienen alas y no brazos, y que se respira un aire distinto, y que los ángeles no se ven sino que se sienten. Entonces le pregunto otra vez por qué la cabeza de calabaza, porque cada vez que lo pienso voy a la iglesia, y el pope me deja pasar y mirar los iconos de los ángeles, y es verdad que san Miguel y san Gabriel tienen una cabeza grande y dorada, pero no es de calabaza como la de Kesha. La abuela saca la lata de galletas, y saca el molde con forma de ángel, y me explica que cuando se hacen galletas algunas salen bien y otras regular, pero que ella las cubre todas igual de azúcar y las envuelve todas igual en celofán de colores, y me da una galleta, y a veces al ángel le falta un ala, o un trozo de cabeza,

pero están igual de buenas, y cruje el papel de celofán al desenvolverlo, y cruje la galleta al morderla, y cruje el azúcar entre mis dientes. A veces también lloro porque no está mamá, y pregunto por qué, y la abuela dice entonces que aunque los niños somos ángeles caídos del cielo no nos alimentamos de aire, y que alguien tiene que mandar dinero, y me da otra galleta.

En invierno jugamos a hacer ángeles en la nieve. Al que más le gusta es a Kesha, que casi nunca se ríe, y sólo babea y dice umumum, pero cuando hacemos ángeles se ríe, y mueve los brazos, y mueve las piernas,

y se le hunde la cabeza de calabaza en la almohada de nieve, y mira al cielo, y se ríe, y se ríe, y yo creo que se ríe porque la nieve es como las nubes y se acuerda del cielo. Si alguno de nosotros está cansado, y ya no quiere jugar más, y llora, y llora, un día, y otro, y otro más, le ayudamos a volver al cielo. Entonces vamos al remanso, y el hielo cruje bajo nuestros pies, y cruje cuando se rompe, y cruje el niño en el agua al hacerse ángel cubierto de azúcar, ángel envuelto en celofán, bajo el hielo que cruje. Y cuando nos preguntan los mayores, a veces decimos que no sabemos, y otras que ha sido un accidente.

JOSÉ MARÍA JURADO

Atlas apócrifo de Literatura Universal

Isaak Babel

La ubre tumefacta de la luna se derramaba sobre las jenízaras barbas de la noche. En los ensortijados bucles negros brillaban las estrellas inmisericordes. Mañana entraríamos en la arcaica ciudad, pero al sargento lo devoraba la impaciencia y no dejaba de atizar con la fusta al viejo, que yacía a sus pies como un cardo aplastado sobre un charco de sangre y aguardiente. “Guarda tu odio para el amanecer”, le decíamos. No quería oírnos y resoplaba como una locomotora asmática con las calderas al rojo vivo: “el camarada Lenin ha dicho que a los terratenientes hay que sacarles las ideas a golpes”. Y siguió apaleándolo al menos otra media hora más. Aunque me fascinaba el odio de aquel sayón me alejé para respirar la brisa metálica de la hora. A lo lejos restallaban fogonazos púrpuras sobre las cúpulas de las sinagogas. De pronto sentí una fuerte emoción en el pecho al pensar en la carga de nuestra gran caballería, me imaginaba el universo como una inmensa llanura que Dios había bruñado para el bello galope de nuestros tristes y famélicos caballos y lloré. Lloré como aquel sabbat en Odessa cuando la hija de nuestro rabino me miraba con sus grandes ojos de hebrea que cobijaban todas las desolaciones.

Lampedusa

La brisa del mar mece los naranjales de Palermo y levanta oleadas de perfume dulce y ácido. El Príncipe de Salina sube al observatorio a contemplar el cielo apuñalado de estrellas. Ante una danza de soles amarillos, grandes como limones o cristales de azufre, late el silencio espectral de los templos ruinosos, el gong angosto de los campanarios sobre las plazas de piedra. Bajo el hechizo tornasol de un interludio, radiante y protector como el manto de la Virgen, la ínsula salvaje sueña con la belleza de Lola, con la belleza de Angélica. Cuando la luna emerge del volcán es una daga de plata, el Príncipe de Salina manda preparar su carruaje. A lo lejos, entre los olivares, rept a un aullido sordo, humano o animal: ávida de sangre, la tierra calcinada y sulfurosa aguarda la lava roja de los amaneceres, su tenaz e incierta cuchillada.

A. Schnitzler

Era la clase de muchacha a la que uno hubiera llevado a patinar al Stadtpark. ¿Por qué estaba allí? Grandes rizos negros, como ramas de sauce colmadas, caían sobre sus hombros blancos y altivos. No era como las otras. No había en ella la mueca estridente y pintarrajeada de la muñeca rota, ni exhalaba el perfume carnoso de las orquídeas

podridas. La pianola taladraba las paredes tapizadas de raso y el *Bello Danubio Azul* amenazaba con inundar la habitación, arrastrado por la trepidante locomotora de las teclas.

-¿Bailamos?

Por un momento pensó en Hermine, a la que hacía apenas una hora había despedido en el recibidor de la planta noble de su casa de la Ringstraße como todos los domingos. La bella y voluptuosa Hermine cuya larga cabellera rubia iba enhebrando miradas como la estela de un cometa cuando patinaban juntos. Hermine, un gatito que se ovillaba con cada golosina que recibía, tan fría como caprichosa.

-¿También a ti te doy miedo?

Un perfume de violetas umbrías inundaba la estancia. En algún lugar del corazón algo había sellado una compuerta. A lo lejos, pero no sabía decir dónde, unos amantes huían a caballo por un bosque en penumbra como en un cuento de los hermanos Grimm.

-Yo tampoco soy la muchacha que buscas, anda, corre la persiana.

A lo lejos el tejado y la aguja de la Catedral de San Esteban se veían cubiertas por un manto de armiño. Nevaba. Nevaba como nieva siempre que miramos esta vieja etiqueta de un frasco de colonia o la caja antigua de de latón, quizá de bombones o galleta danesas, donde unos patinadores de principios de siglo se deslizan tristes y fugaces.

Robert Musil

Silencio de nogal y muebles Biedermeier, Herr Adler vuelve tarde a casa, pasada ya la medianoche. Al recorrer en su landó la desierta Ringstraße las copas de los árboles sin hojas han proyectado en el suelo mapas de países extraños. La mujer y los niños duermen plácidamente, en el estudio encendido apenas se escucha el murmullo de su respiración, el eco de los pasos del servicio en las buhardillas. Un reloj de pared ha dado la una, Herr Adler acaricia una leontina cosida a su chaleco y con la mirada repasa las encuadernaciones doradas de la biblioteca, bajo el humo ondulado del habano parecen un friso delirante y lúbrico pintado por Gustav Klimt. Abre las ventanas, en la noche congelada reverberan disonancias de cuerda y clarinete, inquietantes músicas que inducen un estado alterado de conciencia: en la copa de brandy ha germinado un tablero de ajedrez que flota en el centro mismo de la estancia bajo los techos altos de la mansión burguesa. Herr Adler lo contempla confundido y abandona muy despacio la biblioteca invadida. Al pasar por la escalera principal todo tiene un aire de opereta, de escenario a punto de caer, ¿dónde están las rosas imperiales, el águila de Habsburgo, el violín de Fritz Kreisler por los cafetines?

(En una casa de Praga Kafka escribe).

Con el alba llegan a Viena carros de heno y cántaros de leche de los Alpes, afuera acontece el mundo claro: huele a pan de tahona y a cerveza caliente. Y cae una nieve japonesa que lentamente borra los sutiles mecanismos de la hipnosis.

El mundo es nuevo.

Listo para la destrucción.

Joseph Roth

Llovía en las fronteras del Imperio como llueve en los mapas, siempre lejos. En el patio de armas de todas las guar-niciones, tras los portones pintados con los emblemas amarillos y negros, crecía el lodo gris de las trincheras, pero los húsares dormían a caballo su interminable siesta danubiana. “A mis pueblos”: en el tabique alto de la cantina o en el angosto salón prostibulario, la inmaculada efigie de Su Majestad presidía, -amarillenta como la nicotina y cagada de moscas-, las *exce/sas* maniobras militares. Y llovía. Llovía en las cúpulas de bronce, en los anchos y ver-des bulevares por donde las familias burguesas y los rectos funcionarios de distrito paseaban los largos domingos imperiales. Llovía en los tableros de ajedrez y en los veladores de los cafetines, en los palcos de la ópera y en la noria del Prater. Una lluvia tenaz y amartillada, como un redoble remoto de tambores, que mil naciones nuevas aplaudían.

Marcel Schwob

Entrever en la verja del jardín cerrado, cubierto de maleza y de hojarasca, un arpa de oro verde. Acariciar los tallos y las hojas, hacer sonar las músicas umbrías de la metamorfosis de las plantas y trasponer el umbral de las ruinas bajo una ojiva de ladrillo rojo. Una vez junto al pozo mirar tu reflejo en la lámina negra de agua inmóvil. Aguarda. Acudes cada noche a este lugar llevado por las pálidas figuras de los sueños, a través de senderos olvidados donde Cristo se aparece entre los árboles, pero nunca habías pasado adentro. El pozo es muy profundo. En el fondo del huerto hay un ángel flamígero que avanza muy despacio hasta tu sitio. ¿A quién reza esa Mujer?

No atiendas a las voces de los niños.

Henry James

Los niños hojean grabados en la biblioteca: un rinoceronte abatido a los pies de un cazador británico, la máscara de un rey zulú. Pastelitos de carne, galletas de jengibre, a la hora del té, sobre la cristalera blanca de la sala, como un ojo ciego velado por la niebla, pasa la sombra errante del Cutty Sark. Los perros ladran en el páramo. El ama de llaves enciende las lámparas de petróleo y los niños cantan canciones infantiles y recitan a Shakespere ante la linterna mágica del ventanal. Al fondo de la estancia, la bella institutriz se mesa los cabellos, mientras, una tras otra se asoman al vitral las lúgubres siluetas victorianas.

No es bueno que los niños vean tanto la televisión.

Italo Calvino

El viajero que llega a Kalbinia lo hace súbitamente. Tras diez jornadas de viaje al oeste de las cordilleras Italas, las puertas de la ciudad se abren de improviso al visitante, sin anticipar ninguna vista de sus cambiantes torres o de sus bien proyectadas murallas. Sólo quienes hayan aprendido a leer en los libros sagrados o hayan escuchado recitar las suras de los profetas desde los quince alminares, percibirán la estructura de Kalbinia, hecha de palabras y ecos de palabras que producen una impresión directa en la conciencia con un temblor de luz y de sonido. Los camelleros apenas atisban la sombra de un oasis donde los dátiles saben como la voz remota de una madre, las bestias pasan

de largo, asustadas por la sombra de las voces, y los eruditos y los políglotas enloquecen en sus calles fastuosas. Sólo el hombre sabio discurrirá por sus avenidas de largas sintaxis y arbolados adjetivos sin perder la cabeza y, atemorizado por las intrincadas amatistas de los palacios, no cejará hasta recorrer los últimos callejones de podridos verbos y versos desnudos que conducen a la salida. El fuego y el olvido son los enemigos naturales de Kalbinia, sus habitantes han memorizado las frases que componen este frágil urbanismo para protegerla de su segura destrucción: en una imprecisa calle de este laberinto hay un edificio que es la descripción detallada de las ciudades del desierto, en el frontispicio se lee que el viajero que llega a Kalbinia lo hace súbitamente.

Saint-John Perse

Trueno profundo del mar, cuerno de bronce y viento, frontera de las blancas terrazas emparradas que hunden su túnica de lino en la marcha sin fin de las corrientes. En la barca amarrada, caparazón de madera podrida, corazón de molusco, el pulpo oscila como un ojo de agua, los ocho tentáculos la rosa de los vientos. He aquí el lugar propicio: bajo la glorificación de las adelfas y el presentimiento de las ciudades arrojaremos a la rada grandes bloques de piedra, aquí será la entrada y salida de las naves, aquí los volcanes de brea, la hoguera de la sílice. En el osario, sobre una calabaza henchida de agua dulce, el canto amarillo de la cigarra, su eco remoto y cereal, mientras las bestias sudorosas arrastran los frutos del océano: tinajas de salmuera, ánforas de vino, pecios de púrpura y cristal. ¡Oh los undosos y dorados bueyes del mediodía sin sombra, olas de músculo en la playa, -fibulas, bocados, frontiles de plata, ¿quiilla o yugo?- que desbaratan con sus pezuñas la prospección de los arqueólogos!

Pierre Menard

En el decurso de los años hay una pesadilla que se repite: *Borges y yo* nos cruzamos infinitamente en una calle de Sevilla, él lleva aún sus lentes de miope ultraísta y esconde un himno al mar en un vehemente cartapacio. Lo saludo y finge no verme. Acaso lo acucia la urgencia de la imprenta, acaso lo fatiga el perseverante barroquismo de la ciudad. La escena, con cambios apenas notables, regresa como la rueda de los astros o la *unánime noche*. En alguna ocasión se dilucida así: Borges, que aún no sabe que será Homero, intuye con horror a uno de sus profusos emuladores y rechaza, ruborizado, estas torpes imitaciones.

JOSÉ VIALE MOUTINHO

A aldeia das pobres cobras

Nas proximidades da aldeia havia uma ribeira triste onde apareciam cobras, as mais tristes cobras que há, as cobras da água. As cobras da água, diz-se na aldeia, não fazem mal a ninguém, sendo certo que onde houver cobras da água não há peixes, mas naquela ribeira, que corria entre os campos, mal cultivados uns e outros abandonados, e sob algumas lajes servindo de passagem em lugares estratégicos, as pessoas receavam e não levavam o gado a beber daquelas águas. Os pássaros, quantas vezes, eram alcançados pelas cobras, e tragados e viam-se as suas pequenas penas a boiar.

- Ó senhor pai, as cobras da água também comem gente?

O cavador, tolerante, sorria e pensava noutras coisas, apoiando no peito o cabo da enxada. Porém, mesmo na dúvida, as crianças atreviam-se junto da ribeira, procuravam ver as pobres cobras e lançavam-lhes calhaus com toda a força dos seus bracinhos, mas a água protegia as cobras e estas riam-se das expressões furiosas do rapazio e ansiavam que um se precipitasse na ribeira para o poderem envolver e, entre todas, chuparem-lhes o sangue. Depois que dissessem se eram inofensivas. Mas o professor ensinara-os bem na arte daquela guerra em que não havia vencidos, muito menos vencedores. *Pobres cobras, pobres cobras*, diziam e voltavam a dizer os rapazinhos da aldeia, descalços, artilhados com os calhaus e os olhos postos na água, espreitando entre as ervas alta, a ver se viam

movimento de cobras. Nunca haviam conseguido matar nenhuma, embora, entre eles, houvesse dois ou três mentirosos que juravam o contrário, mas sempre em inacreditáveis aventuras solitárias. E nunca conseguiam exibir o animal morto. Nunca. Nem os pais, que nisso pensavam quando cavavam, quanto mais não fosse para afastarem outros pensamentos mais perturbadores. Quais? A necessidade que tinham de ir dali para longe em busca de trabalho. Os berros do patrão, por exemplo, as trapaças no jogo, as mãos cheias de coisa nenhuma quando abriam a arca ou remexiam a tulha, sempre com os olhos postos no nada. Ah, se pudessem meter-se a caminho das aragansas!

Por trás da taberna havia uma arrecadação fechada com um cadeado bastante oxidado. Ali só entrava o velho Patriarca, um homem alto, ainda bastante forte, com muita vida vivida, que se fechava durante horas e, quem escutasse de ouvido encostado à porta, aperceber-se-ia de estranhos ruídos. Uns diziam que ele construía uma máquina de voar, outros um triciclo a motor, outros que reabilitava uma velha lambreta, outros ainda que queria fazer uma máquina que fosse fogão no inverno e frigorífico no verão. Faziam-lhe insistentes perguntas sobre o que ali tinha, mas ele não respondia, apenas se ria e afastava de si os curiosos. E, certa vez, interrogado com rispidez por uma patrulha da Guarda, que descera à aldeia, dera uma espécie de explicação ainda mais vaga:



Ilustração de Pedra Santos

- Na verdade, saibam os senhores, trata-se de uma determinação, algo que vem de trás. Direi que é uma espécie de obstinação no encontrar de uma embocadura.

Afastou-se dos guardas e estes ficaram a mastigar aquelas palavras, com os polegares metidos na alça da espingarda ao ombro. Só quando, daí a pouco, o procuraram para tentar esclarecer o enigma em que se convertera o que inicialmente lhes parecera uma resposta pronta à pergunta capciosamente formulada, não o encontraram na aldeia e toda a gente lhes dizia que ele saíra em diversas direcções. Ninguém explicou aos guardas que ele se encontrava com uns rapazinhos junto da ribeira, a espiar as cobras. Estava até preocupado porque um deles tinha feito a pergunta:

- Ouça lá, tio, as cobras comem-se?

- É assim tanta a fome em tua casa, moço?

Os olhares encontraram-se, mas o rapazinho, como resposta, tirou do bolso uma côdea de pão e começou a mordê-la com vagar. O velho Patriarca ria-se e afagava-lhe os cabelos, mas os olhares dos outros estavam, inquietos, à procura das cobras da água.

Da varanda de minha casa vejo a encosta de um monte coroadado pelo Penedo Branco, um fenómeno da natureza. Um raio, dizem, há muitos anos, que abriu o céu e tornou arredondada e alva como um ovo uma pedra disforme e enegrecida pelos tempos que todas as trovoadas tinham respeitado. Ninguém se atrevia a tocar-lhe e ali ficara como um desafio ao equilíbrio, apenas apoiada por um ponto, fazendo recear aos povos que um dia rebolesse por ali abaixo, pelo que ninguém se atrevia a construir casas ou barracos na sua suposta linha de queda. O velho da oficina tinha um desenho a lápis na parede a prever como seria.

- Se um dia aquele Penedo Branco cair cá em baixo e se quebrar, ides ver...

- O que vamos ver?

O homem que bebia o resto da malga de vinho, respondia, de olhos baixos, num sussurro:

- Quebra-se o cascarão e sai um pássaro...

- Que pássaro?

- O pássaro, será um pássaro como daqueles antigos, de antes do Diluvio Universal...

- E depois?

- Não faço ideia,, Ninguém pode fazer a mínima ideia... Mas nada de bom será. Esta aldeia será riscada do mapa...

O outro pensou um bocado e trocou um olhar com o taberneiro. Depois falou muito vagarosamente:

- Ainda domingo passado parou aí um carro com gente de longe e abriram um mapa. Era gente que andava perdida e queria ir para a Cabreira e não conseguia localizar aqui a aldeia. Procurámos todos no mapa, foi preciso um guarda ali do subposto trazer um mapa militar porque no mapa das estradas não estava assinalada a nossa aldeia, só a sede do concelho. Nem a estrada que liga à estrada de,,

- Foi no domingo?

O velho Patriarca coçava a barba de dois dias.

- Já cá não estão, então é porque encontraram caminho para sair daqui, e encontra-se o caso arrumado.

Todos assentiram com movimentos de cabeça.

Da varanda ouvi ladrar os cães em vários sítios. E um sino que tocava a mortes.

Na oficina, aquela que eu disse que fica por trás da taberna, está em construção uma escavadora cujos problemas se poderiam resolver com conhecimentos que aquele velho, mesmo carregado de boa vontade, não tem. Depois, parece utópico o seu desejo de escavar o fundo da ribeira de modo a encontrar outros caminhos, ou seja túneis, para a salvação dos homens. É que houve tempos em que desta aldeia se emigrou muito, mas os homens sofriam como clandestinos, e a ideia era encontrar-se um caminho no fundo do curso da água que conduzisse a outros países onde dessem trabalho sem sofrimento. E chegar lá de modo engenhoso. Mas, ele acabaria por convencer-se que a escavadora nunca poderia substituir uma máquina para voar.

No entanto, em dada altura, o velho Patriarca, como que descobriu a pólvora.

Daqui da varanda, sentado numa cadeira de verga, embrulhado numa manta, vejo o pedaço do mundo que me cabe, e a gente da aldeia aponta-me como *O Doente*, dizem uns aos outros que o senhor professor veio para cá morrer, que só se poderá salvar com um remédio feito à base de um produto extraído das cobras da água. Mas eles, na taberna, onde se sabe tudo, riem-se até dos seus, mas riem-se com a mais miserável das crueldades. Querem saber? Pois há um homem que padece dessa doença horrorosa, a *Parkinson*, que lhe faz tremer constantemente as mãos, e todos dizem que ele é tocador de guitarra mas empenhou-a em hora aziaga!

A ideia foi-se esvaziando, mas muitos dos que saíam não chegavam ao destino, pois eram presos na fronteira, onde tentavam passar sem que dessem por eles. Porém, caçavam-nos. E eles lembravam-se das cobras escoregadas. E queriam ser escoregados como as cobras da água. Mas também sabiam que na água elas eram mais escoregadas que em terra. E quando eles se sentiam perseguidos buscavam cursos de água e só viam urzes e silvas na escuridão das noites raianas. E sentiam as balas impiedosas passarem perto ou cravarem-se-lhes nos corpos e os gritos dos guardas. E isto assim aconteceu até que um dia, um dos clandestinos, deitado no chão, ouviu que na profundidade da terra, havia gente que andava a passo e falava, contando coisas triviais. E como os que corriam pelo monte fugindo aos guardas fronteiriços sentiam que aqueles não passavam os mesmos perigos volviam para trás dispostos a indagar o que acontecia ali porque, estavam certos, existia a solução. Deveria estar nas mãos do velho Patriarca da oficina por trás da taberna, e assim, de facto, acontecia,

Parecia dispor de pouco tempo e guardar uma certa frugalidade. O velho Patriarca tomava o seu café fraco ao balcão, ante os olhares dos outros homens que bebiam malgas de vinho. Nenhum era tão alto como ele, nem tinha os ombros tão largos e afastavam-se para que ele pudesse pousar o chapéu castanho

a seu lado. Tinham-lhe um infinito respeito, mas não se atreviam a acompanhá-lo até à porta da oficina, a alimentar grandes conversas com ele. Ouviam tudo o que ele se dispunha a dizer, mas não o interrogavam, mostravam-lhes os relógios avariados e admiravam-se como aquelas mãos grandes, de dedos grossos, conseguiam mexer nos pequenos aparelhos e engrenagens, pondo-os a funcionar em pouco tempo, ao som de uma música assobiada, inimitável. Agradeciam-lhe muito e ele limitava-se a sorrir e a guardar no bolso do colete uma diminuta chave de fendas, que lhe aparecia nas mãos durante a reparação.

- Já apanhou alguma cobra da água?

A pergunta soou como uma provocação e andou dentro da taberna, de um lado para o outro sem se saber a quem pertencia. E tinha sido um jogador de dominó, que não encontrava parceiros. Fizera a pergunta e arrepende-ra-se logo. Olhavam-no com censura os que sabiam que fora ele. O velho Patriarca saíra, a caminho da oficina. A sua misteriosa escavadora abrira um subterrâneo fantástico até à fronteira. Ultrapassara serras e rios e campos e vinhas, dezenas de homens e mulheres andavam a caminho de outros países em busca de melhor sorte e mandavam recados pela mesma via, indicações de oportunidades, que o velho Patriarca, incapaz de revelar segredos, fazia circular por quem devia, sangrando o país do medo e da miséria, salvando os seus.

- Aprendi tudo o que sei com as cobras da água e queriam eles que as matasse ou os ensinasse a apanhá-las – disse-me há pouco o velho Patriarca, sentado comigo à lareira, aqui em minha casa. Eu tinha-lhe pedido que viesse consertar-me o relógio de pesos que trouxera comigo, uma peça de família.

- Tudo?

- Sobretudo a determinação.

Como lesse nos meus olhos qualquer perplexidade. Explicou:

- Quando os rapazes atiram pedras às cobras, elas afundam-se mais na água e as pedras perdem a força e não lhes fazem mal.

Depois calou-se e ficámos ambos a contemplar as chamas da madeira a arder. Assim, até que o relógio deu as seis badaladas. Nesse momento ergui-me e disse-lhe:

- Vou fazer café.

E o velho Patriarca recomendou:

- Fraco, fraco, se faz favor.

E enquanto eu ligava a cafeteira eléctrica, ele tirou dos bolsos duas mãos-cheias de papéis e comentou:

- Tenho de pôr isto em ordem. Este pessoal quer passar todo para fora, Devem ser uns trinta e tal. Imagine que até há um homem de sessenta e tal anos! Diz que está farto disto. Ou vai ou se pendura numa oliveira, lá na terra dele.

- Numa oliveira?

- Explica que nessa oliveira já se enforcou o pai e outras pessoas da família.

Porto, 27 de Dezembro de 2015.

New Haven



ALMERINDA PEREIRA. Javier Tomeo. 2014

Para ir al cementerio han tomado el tren. Hay que andar quince minutos hasta la estación, hace frío, como siempre en febrero, y sería más cómodo acercarse con el coche, dejarlo en la entrada y andar el tramo de sendero empedrado hasta donde está su tumba. Pero cada año prefieren ir en tren; es el tren que tomaba él para ir a verles el fin de semana, cuando terminó la universidad y ya trabajaba en la ciudad.

Es temprano y este año el aniversario cae en domingo. En su vagón no hay más que una mujer negra que probablemente vuelve a casa después del turno de noche en el hospital cercano. Cuando bajan del tren la estación está desierta, suben el tramo de escaleras metálicas desde el andén hasta la calle y allí les envuelve el paisaje de un paraíso helado. Todo brilla con la nieve recién caída y bajo el manto blanco se adivinan las formas de los arbustos, los muros de piedra y los parterres donde en primavera salen las flores. No hay nadie en las calles y los periódicos esperan en la puerta de entrada de las casas envueltos en bolsas de plástico transparente a que sus habitantes los recojan. Algunos saldrán a buscarlos en bata o vestidos con ropa deportiva y achinarán los ojos cuando les sorprenda el reflejo del sol sobre la nieve. Dentro les esperará el resto de la familia, aún en la cama o en la cocina, listos para el desayuno. Y tanto fuera como dentro de las casas parecerá que nada inesperado y feo podría llegar a suceder nunca.

Ellos dos caminan muy juntos. Sienten esa seguridad que todo lo envuelve y en medio el hueco de la excepción que les visitó a ellos y transformó para siempre las mañanas, los días y los anocheceres. Por eso se agarran del brazo, no sea que el hueco roa también un vacío entre ellos, los que quedaron. Pasan por delante del café que hay en la última esquina antes de llegar a la puerta del cementerio y el hombre le pregunta a su mujer si quiere que paren a tomar algo caliente. Ella dice que tal vez sí, que podrían pedir dos de esos cafés dulces con mucha espuma y llevarlos con ellos para calentarles las manos, y el alma. Dice lo del alma y él sonríe porque sabe que tiene razón. Que ese sabor les acompañará en la visita y hará más alegre el rito necesario y triste de recordar el día que murió, en una ciudad lejana y solo.

Entran en el café que huele a vainilla y a bollos recién horneados y piden dos cafés grandes para llevar. La chica que les sirve es amable, estudiante en la universidad seguramente. ‘¿Algo más?’ les pregunta poniendo las tapas a los vasos de papel. ‘No, con el café está bien’, responde el hombre, devolviéndole la sonrisa. Paga, se despiden con el familiar ‘Que tenga un buen día’ y salen de nuevo a la calle. El tramo que queda hasta la entrada del cementerio está bordeado de unos árboles altísimos, hoy cubiertos con la nieve recién caída, que aguantará hasta que el sol caliente y haga que caiga, amontonándose con algún resto de pinaza en las aceras. Todas las estaciones traen algún

recuerdo nítido y la del invierno es el de los chicos jugando en el jardín, haciendo muñecos de nieve o escondiéndose de las bolas que lanza el otro.

‘Gabriel siempre decía que la nieve le dolía, ¿te acuerdas?’ dice la mujer sin necesidad de poner el recuerdo en un contexto que ambos conocen.

‘Sí,’ sonríe él. ‘Era el primero en cansarse y el pobre Rafe se quedaba solo en el fuerte con el resto de la artillería. Gabriel entraba y se acurrucaba junto a la ventana y miraba afuera.’

‘Al mundo que le esperaba...decía eso, ¿te acuerdas? Y no podía tener más de diez años,’ añade ella.

El hombre asiente y siguen andando en silencio, cruzan la avenida y luego las puertas de hierro. Unos pájaros blancos y negros son lo único que se mueve en el jardín helado, porque eso es el cementerio: la continuación de los jardines de las casas pulcras y señoriales donde las familias empiezan a desperezarse. Nada malo puede pasar, ni antes ni después de la muerte. La muerte es lo que nos llega a todos, aunque sea el último cambio para el que nunca estamos preparados. Pero de eso no hablan, ni él ni ella, no en voz alta. En lugar de eso se alegran de ver los pájaros blancos y negros que saltan entre las lápidas y se asoman a los bancos en busca de comida, un signo de que la vida sigue viva aún en el lugar donde descansan los que ya no viven.

‘El año pasado no había tanta nieve y la que había no era nueva,’ dice ella.

‘No, quizás no,’ responde él.

‘No, fueron esos días demasiado calurosos para la época del año que Rafe vino con su amiga y querían ir a patinar en el pantano y no se podía,’ precisa ella. Recordar algo concreto de cada año los distingue y los ordena. Un año jugaban a lanzarse bolas de nieve en el jardín, otro fue el que no pudieron patinar Rafe y su amiga y Gabriel está presente en todos ellos. La mujer siente por un instante el temor a que llegue un momento en que no pueda identificar algo de ellos uno a uno y se fundan en una larga espera. Y entonces le pregunta a su marido, deteniéndose:

‘¿Rob, tú crees que se fue porque no le gustaba la nieve, por algo de este lugar que no le gustaba?’ Y sin darle tiempo a responder sigue: ‘¿O por algo que hicimos...?’

La última pregunta se le atraganta y él teme que puedan venir las lágrimas. Es la misma pregunta, la que sigue allí año tras año y emerge en el aniversario. Él le acaricia la mano y le dice que no, que claro que no se fue ni por la nieve ni por nada que ellos hicieran. Se fue porque ese era su destino, salir al encuentro del mundo que le estaba esperando desde que era niño. Ella conoce las palabras, pero no la consuelan porque el recuerdo sigue vivo, vivo y doliente como la pregunta.

‘Pero siempre decía que vivíamos en una isla protegida, bella y luminosa —*luminosa*, decía, ¿te acuerdas?, desde que volvió de Italia— y que ahí fuera la vida seguía sus ritmos emocionantes y crueles. *Cattivos*, decía.’ Sonríe recordando a su hijo travieso y brillante y tan, tan trabajador y obstinado en todo lo que hacía.

El marido se alegra de que ella elija sonreír, de que mantenga el llanto en la orilla y no se culpe. Sobre todo de que no se culpe, porque nada hay de lo que culparse, no en este caso. Le dieron todo lo que podían y supieron darle y su vida fue el resultado de ello, breve pero hermosa. También él se pregunta por qué se fue yendo tan lejos, primero a la ciudad, años en los que le veían poco y siempre un poco atormentado, pero le veían. Y luego la vuelta a Europa, a la ciudad en la que atesoraba los recuerdos de sus primeros años lejos de casa. La vuelta a Europa fue un

buen paso después de la actividad frenética de trabajos alejados de sus sensibilidades más íntimas, sólo trabajando y ganando dinero, teniendo el éxito de los otros, de los que no eran como sus padres.

‘Se le veía tan feliz. La última vez que le vimos había vuelto a escribir y a pintar...Le sentaba bien Europa...’ dice la mujer siguiendo el hilo del pensamiento de él. ‘Aquí parecía siempre un poco enfadado, ¿no crees?’

El hombre no dice nada. No es en realidad una pregunta sino la continuación de la duda de por qué se fue, de qué era lo que le hacía querer estar lejos de allí, como si la única manera de lograr la paz con su origen hubiera sido mantenerse alejado de él. También de ellos.

‘No era por algo que dijimos o hicimos, ¿verdad?’ ella regresa con la pregunta y él vuelve a acariciarle la mano, negando con la cabeza.

‘Fueron esos años en la ciudad. Le veíamos tan poco y cuando le veíamos era difícil hablar con él de nada que no fuera el trabajo y todo el dinero que estaba ganando: “el sistema”, solía llamarlo. No sé qué haría en esos años...’ No termina la frase y la pregunta queda en suspenso, donde estuvo siempre, incluso el día del funeral, cuando algunas lenguas más audaces se referían a ese tiempo como el culpable de su muerte. Vivir tan intensamente pasa factura, dijo alguien. Aunque por suerte los padres no lo oyeron.

Saben que fueron unos años oscuros para él, o a ellos se lo parecía, en la angustia de ver que se deslizaba fuera de su mundo. Renegaba de la academia y de sus popes atrincherados en la comodidad de sus ideas abstractas. Ni siquiera Umberto Eco, al que había ido a conocer a Boloña para ser su alumno y tal vez discípulo, se salvaba. Pero le pareció pedante y envarado y trataba a los estudiantes *fatal*. El hombre sonríe para sí, recordando el énfasis que ponía su hijo en la caricatura del venerado intelectual italiano. Claro que el hecho de que repartiera su burla a ambos lados del Atlántico le tranquilizaba, le hacía sentirse un poco menos ¿fracasado? en su intento civilizatorio de los jóvenes que acudían a las aulas de la universidad para adquirir una ‘buena educación’. Su hijo se reía de ello, era duro, pero él también había pasado sus cuatro años allí y su padre sabe que sin ellos nunca habría adquirido las herramientas de la crítica, las mismas que pueden hacerle a uno sentirse tan extraño y solo.

‘Pero nunca dejó de escribir, ¿te das cuenta?’ dice la mujer mirando a su marido y soltándole el brazo. ‘La escritura estuvo siempre, siempre, siempre en su vida, y luego la completó con la pintura. Era incombustible...’

Se interrumpe, bien porque hay mucho que recordar y las palabras podrían empequeñecerlo, bien porque han llegado al sitio. Allí está enterrado, bajo una lápida de piedra sencilla con su nombre y los años de su nacimiento y de su muerte: Gabriel Burns Stepto 1970-2003, el nombre y la fecha escritos en la única franja de gris entre la capa de nieve que ha quedado sobre la lápida y el grueso manto que cubre la tierra. Todo brilla alrededor de su nombre y los padres se aferran a ese brillo como signo de algo que no describen porque su lenguaje preciso y empírico no les permite hacerlo. Después de la vida, la muerte, y lo único que queda son las obras y el recuerdo, nada más. Ese es su rito silencioso de cada año, sin flores, sin rezos, sin más música que la de algún coche que pasa por la avenida que circunda el cementerio. Y sin Rafe, su hijo pequeño, que si visita el cementerio lo hará sin decirles nada, en momentos de tristeza o desasosiego.

Permanecen así en silencio un rato largo y ambos piensan lo mismo. En cómo murió, lejos y solo, esperando a su joven esposa, Anna, que llegó del trabajo cuando su corazón ya se había parado. Imaginan su último momento entre sus lienzos —Basquiat, soy el nuevo Basquiat, decía, irónico y eufórico cuando se descubrió brillante también con el pincel—, en el apartamento del barrio al que quiso regresar y que ellos nunca llegaron a conocer. Siguen la

imágenes, estas ya no imaginadas, del viaje interminable hasta allí, los preparativos del funeral, la puesta en escena para evitar la liturgia habitual; la música de jazz, las palabras del hermano, el silencio, la ausencia de plegaria y los abrazos desolados de gente que apenas conocían, casi todos jóvenes, de su misma edad. Y luego, tal vez más borrosas, las de los días de espera para la autopsia, la ansiedad, el traslado del féretro en avión y la llegada al aeropuerto cuando empezaba a anochecer.

Uno de esos días, ella perdió los estribos. Fueron al hospital por la mañana, esperando firmar ya los papeles para el traslado. Al fin y al cabo ya sabían la causa de la muerte: muerte súbita, infarto, sin restos de alcohol, drogas o fármacos en la sangre. Se le paró el corazón y basta. Esa es la causa que determinan los médicos, pero ellos no pueden ir más atrás. No pueden determinar si algo que sucedió antes, en algún tramo de su vida, tuvo que ver con su muerte. Los médicos habían hecho su trabajo y los padres querían llevarse a su hijo a casa.

‘¿Por qué entonces no podemos acabar con esto si ya saben de qué murió? ¿Qué más necesitan, para qué quieren retenerle más? Quiero llevarlo a casa y enterrarlo, ¿es que nadie lo entiende?’ No necesitaban saber nada más, ya sólo querían marcharse lejos de allí, del lugar en el que lo perdieron. Anna viajó con ellos. Se la veía tan pequeña dentro de su abrigo gris, sus grandes ojos oscuros divididos entre la tristeza y el enfado por ese final que llegó cuando acababan de empezar la vida que ambos deseaban al dejar la ciudad de cemento y marcharse a Europa. Algo de esos años lo mató pero nadie dijo nada; nadie tenía una palabra que sirviera para calmar el dolor. Sólo querían irse a casa para enterrarle allí.

Se acuerdan de esa escena y por un momento, frente a la tumba, la reviven. Pero orillan el empeño absurdo de llevarse a casa algo que ya no es nada, porque después de la muerte no hay nada y todo eso de que morimos cuando ya hicimos lo que vinimos a hacer aquí es tan ridículo como discutir la existencia un Dios cuya inexistencia es evidente. Cómo dejaría sino que pasaran cosas como que un autocar lleno de escolares choque con una máquina quitanieves, o que una ciudad entera quede barrida por un huracán. Esta era una conversación habitual con los chicos, como lo era entre ellos dos cuando eran jóvenes solteros aún sin hijos: una forma de afrontar la vida con valentía, por lo que significa la ausencia terrible de Dios, y de distinguirse de los que necesitan *creer* para darle sentido a la vida.

Pero ahora no piensan en eso. Descansan la mirada en la tumba y ella vuelve a apoyarse en el brazo de su marido. Sorben el café caliente y dulce, y le recuerdan. Se acercan dos pájaros, uno se posa sobre la lápida, el otro picotea la nieve que está al pie y se detiene un instante, mirando en dirección a un punto más allá de las lápidas, donde está el lago helado.

La mujer sonríe y dice que a él le habría gustado esa imagen tan sobria y poética de los pájaros visitando su tumba. Sí, le habría gustado seguro, responde el hombre y le pregunta si no quiere sentarse un rato en el banco que hay un poco más allá.

‘Sí,’ responde ella, ‘quedémonos un rato más.’

En ese momento ven acercarse una figura por el mismo sendero empedrado por el que han llegado ellos. Es una mujer, menuda, vestida con un abrigo oscuro y un gorro de lana gris. Anda con pasos cortos, una bolsa en una mano y en la otra algo envuelto con papel marrón que parecen flores. Cuando se acerca un poco más ven que sí, que es un ramo de flores de colores como los que venden en la entrada del supermercado. Pasa de largo sin verles y se detiene unos metros más allá, donde el terreno es un poco más alto y las lápidas se ven más hundidas, tal vez porque el tiempo las haya ido asentando en la tierra que año tras año recoge el hielo, la lluvia y luego el calor.

La mujer deja la bolsa en el suelo y encima pone las flores, con cuidado de que no se desarreglen ni toquen la nieve. Se acerca a la lápida y, atenta a no pisar la nieve que la rodea, barre la que está encima de la lápida. Vuelve a donde dejó las flores, les quita el papel que las envuelve, lo guarda en la bolsa y pone el ramo al pie de la lápida. Vuelve a ponerse justo en frente, saca de la bolsa algo que parece un mantel de plástico o tal vez una manta de viaje y lo extiende en el lugar donde estaba de pie; luego saca un libro y, abriéndolo por la página que marca la cinta de color rojo, se arrodilla.

La pareja ha observado cada uno de sus movimientos con curiosidad, pero este último, ver a la mujer arrodillarse con dificultad frente a la tumba, hace que sientan una punzada de pudor. Ambos miran instintivamente en otra dirección, hacia el banco al que se dirigían o más allá, donde está el lago. El hombre tira suavemente del brazo de su mujer, entrelazado con el suyo. Ella le sigue, pero a los pocos pasos se para y mira hacia atrás, hacia la tumba donde la mujer sigue arrodillada, la cabeza baja y el libro abierto entre las manos. Está demasiado lejos para saber si lee en voz alta o lo hace en silencio. Desde allí no se escucha más que el aire que corre entre los inmensos cedros que conservan sus hojas durante el invierno y de vez en cuando el graznido de las aves que animan el manto inmaculado del cementerio. La mira y quisiera acercarse, no sabe bien para qué, como si algo en la figura pequeña y oscura, en la humildad de la bolsa en la que lleva la manta y el libro, en esas flores chillonas la llamara.

‘Rob...’, dice ella.

‘Vamos, vamos a sentarnos,’ contesta él retomando el paso hacia el banco. Ella le sigue, obediente, mirando aún hacia la figura que sigue inmóvil frente a la lápida. Llegan al banco y se sientan, de cara al lago. El hombre le acerca el vaso de papel, animándola a beber lo que queda del café para no enfriarse. Pero ella no presta atención al gesto. Sigue presa de la imagen de la mujer frente a la lápida y de algo que no puede nombrar pero que se la atraganta allí donde antes sólo había el ritual de recordar a su hijo muerto: cómo era de niño, cómo era cuando murió, como era cuando él no faltaba.

‘¿Rob, has visto a esa mujer?’ pregunta. ‘Sí, claro que la has visto,’ se responde ella misma.

Su marido no dice nada. Mira la superficie helada del agua y tampoco piensa ni recuerda nada. La escucha y sabe que ahora sí está a punto de llorar. Ella le mira, buscando respuesta a una pregunta que no sabe formular, tal vez porque nunca se la ha formulado, mucho menos delante de nadie, ni siquiera de él, con el que ha vivido dos tercios de su vida. Pero él no tiene la respuesta, sólo comparte su pobreza, esa de la que nadie ni nada puede rescatarla. Citar a Burns, a Shakespeare o a Browning sería inútil y los libros que han escrito, por separado y entre los dos, no pueden darles en ese instante ni una gota de consuelo. Calla y deja que ella siga, hacia la duda inevitable que lucha por expresar.

‘¿Rob, tú crees que...? ¿Tú crees que deberíamos haberles enseñado que había...algo más?’ Las palabras le salen lentas y angustiadas como salen cuando algo ya no tiene remedio.

Él tarda en responder pero responde al fin, poniendo en claro la duda que la encoge y la seca como las vainas de los árboles cuando muere la flor. ‘¿Algo más? ¿Algo como que para completar al ser humano es necesario creer en algo más allá de uno mismo?’

‘Sí, algo así, como que se pueden llevar flores a los muertos y que se puede...rezar para que estén bien...’ responde ella.

‘Allá donde estén...’ termina él para que no se interrumpa lo que por primera vez desde que murió, desde siem-

pre, en realidad, piensan y nunca pensaron en decir. Ella llora y le pone la mano en la mejilla para que él la mire y puedan mirarse.

‘Rob, ¿lú crees que Dios se ríe de nosotros, viéndonos aquí, año tras año, viéndonos aún en esa sala recrudecida por la luz, con esa absurda guitarra, los escritos de otros, todo para evitar nombrarlo?’

La pregunta queda suspendida en el aire blanco. Él quisiera responderle con un no rotundo y razonado que no, que Dios no se ríe por el simple motivo de que no hay tal Dios. Y tal vez no lo haya, pero no puede confortarla con hechos, con alguna información definitiva de todas las que han acumulado a lo largo de su vida. No puede alejar esa duda, como sí ha logrado hacerlo con la culpa de haber dejado que su hijo se marchara a vivir la suya propia.

Una pareja de patos se desliza por el lago, sorteando las placas opacas del hielo por el agua oscura, dejando tras de sí un triángulo perfecto. Llegan a la orilla más cercana al banco donde están sentados y se sacuden el frío antes de acomodarse en el borde mismo entre el agua y la tierra nevada. Siguen en silencio un rato más y al fin el hombre responde.

‘Tal vez sí les dejamos poco espacio para que nada pudiera maravillarles, nada que no fueran ellos mismos y los logros brillantes de los hombres,’ dice.

Detrás de ellos la mujer se ha puesto en pie, ha recogido la manta y después de sacudirla la ha doblado y la ha vuelto a meter en la bolsa. Se acerca una vez más a la lápida y coloca bien las flores, pero ellos no la ven marcharse porque están de espaldas. Cuando se levantan para irse no queda nadie en el cementerio y en las partes donde da el sol ha empezado a fundirse la nieve.

The road not taken

Llegaron a un merendero, que en realidad eran dos mesas de madera en medio de un pequeño oasis de árboles torcidos. El motor se paró con un último gorgoteo y la llave hizo un chasquido al salir del contacto; después de eso el silencio era enorme, interminable. El hombre salió del coche y estiró los músculos de una forma exagerada, como un actor en una película muda; ella se quedó sentada en el coche un poco más, rebuscando en el bolso hasta encontrar el mechero y el paquete de Lucky. Después salió, se sentó en la mesa (literalmente en la mesa, con los pies apoyados en el banco) y encendió un cigarrillo. Él se la quedó mirando mientras seguía haciendo estiramientos de espalda.

—Ten cuidado, a ver si vas a provocar un incendio —le dijo. Ella no le contestó, aunque tuvo la tentación de hacerle una peineta.

—¿Cuánto crees que falta? —preguntó ella después de unos minutos en silencio, con el cigarrillo ya medio consumido.

—No lo sé —contestó él—, primero tenemos que encontrar el camino de vuelta a la autopista, y después... no lo sé. Tres horas.

—¿Tres horas?

—No lo sé, a lo mejor menos, dos horas, dos horas y media.

La mujer soltó un bufido pero no comentó nada más. Una brisa suave agitaba las hojas de los árboles encima de sus cabezas; quizás hubiera un río cerca, un arroyo, un manantial, si no ¿cómo iban a mantenerse estos árboles en medio de aquel desierto? Ella solo quería llegar, darse una ducha, echarse en la cama y dormir durante catorce horas; durante quince horas; para siempre. Todo lo demás le daba igual. Notaba el cuerpo caliente y pegajoso debajo de la ropa; se olía a sí misma, olía su propio olor por debajo del desodorante y la colonia. Él estaba mirando hacia arriba, hacia los árboles, con los brazos extendidos por detrás de la espalda arqueada, y tenía la mente vacía como un televisor lleno de nieve. Parecía que estaban en un lugar fuera del tiempo, preparado solo para ellos dos.

De repente se oyeron unos crujidos en la maleza que rodeaba el merendero, unos jadeos y unas pisadas; se volvieron a mirar, y por un momento no pasó nada. Luego se vio un hocico, unos ojos grandes, unas orejas caídas, y detrás de ellas un *cocker spaniel* cubierto por varias capas de pelo castaño largo y algo sucio de polvo. Dio dos pasos más, se paró y se les quedó mirando alternativamente, a él, a ella, a él, a ella, con la lengua fuera y las patas ligeramente separadas. La mujer frunció el ceño y le dio otra calada al cigarrillo.

—¿Y este, de dónde ha salido?

El hombre se acercó hacia el perro y alargó lentamente la mano.

—¡No lo toques! —gritó ella, pero si el hombre la oyó, hizo como si la hubiera oído: se agachó frente al perro y le pasó la mano por la cabeza varias veces. Ella sopló fuerte, para expulsar el resto del aire del cigarrillo o para demostrar su irritación, probablemente para las dos cosas al mismo tiempo.

—No sabes dónde ha estado, no sabes de dónde viene... Te puede morder —le dijo.

—Qué me va a morder —contestó él—, míralo qué cara de bueno tiene.

—Esos son los peores —dijo ella, y luego se arrepintió, porque eso era lo que le solía decir a él, de broma, cuando eran solo novios, y utilizar esa frase ahora, cuando la ironía se estaba empezando a perder y cuando de verdad pensaba que al fin y al cabo los que parecen buenos son los peores, le añadía a la situación un grado de acritud innecesaria.

Afortunadamente él no parecía haberse dado cuenta, y se entretenía metiendo la mano entre la pelambreira del lomo del perro, deshaciendo algunos nudos, haciéndole cosquillas detrás de las orejas. “¿De dónde has salido tú, eh, eh?”, le decía al perro, hablándole como si fuese un bebé y no como si estuvieran perdidos en un merendero en medio de la nada. El perro se dejaba hacer; se podría decir que sonreía, pero probablemente fuera solo una impresión. Los animales son solo animales, no son seres humanos, ni niños. Luego el hombre se puso de pie, miró alrededor en varias direcciones y volvió a preguntar, esta vez dirigiéndose a ella:

—¿De dónde habrá salido este perro?

—¿Tiene collar? —preguntó ella.

—No —contestó él, después de comprobarlo —pero a lo mejor tiene chip.

—No tiene pinta de tener chip, tiene pinta de ser medio salvaje.

Él se quedó callado, mirando hacia el horizonte, pero en realidad no parecía estar mirando nada, o por lo menos nada de este mundo. Ella terminó el cigarrillo, lo apagó contra el borde de la mesa y luego lo tiró debajo del banco. Una bandada de pájaros en forma de V sobrevoló el merendero y se perdió en dirección al sur. El perro empezó a corretear alrededor del hombre, como si quisiera jugar, y como vio que no lo conseguía se giró hacia la mujer. “A mí no me toques”, dijo ella, y en dos zancadas se metió en el coche y cerró la puerta de un golpe; el perro la siguió desde lejos, con esa lengua enorme colgando y esos ojos idiotas. Seguía oyéndose el crujido de las hojas de los árboles; el cielo estaba azul, pero todo parecía anunciar una tormenta.

—Bueno, qué, ¿nos vamos? —preguntó la mujer, con tono impaciente. (Se olía a sí misma, y no le gustaba su olor).

—¿Cómo nos vamos a ir? ¿Y el perro?

—¿El perro qué?

—No vamos a dejar al perro así, sin más.

—No le va a pasar nada.

—Eso no lo sabes.

—¿Nos vamos?

Él dio unos pasos levantando una polvareda cobriza, volvió a agacharse delante del perro, y volvió a pasarle la mano por la cabeza y por el lomo.

—¿De dónde has salido tú, eh? ¿Tienes dueño? —le preguntaba, casi tocando nariz con nariz.

La expresión del perro parecía divertida, como si supiera la respuesta pero no estuviera dispuesto a revelarla, por lo menos por ahora. La mujer intentó recordar si había metido toallitas húmedas en la maleta; desde luego, iba a pedirle, no, a exigirle que se lavara bien las manos antes de tocar nada cuando llegasen a su destino. El hombre se irguió otra vez, y otra vez volvió a hacer estiramientos con los brazos, como si evaluase la posibilidad de volver a ponerse al volante.

Luego se acercó al coche, por el lado del copiloto, y se acuclilló junto a la ventanilla abierta; ella giró el cuello para poder mirarlo sin tener que mover el cuerpo, con la cabeza ligeramente inclinada.

—Podríamos llevárnoslo —dijo él.

—¿Llevarnos qué, a quién? —contestó ella

—Al perro —dijo él.

Como si entendiera, el perro dio unos pasos y se puso a la misma altura del hombre.

—¿Cómo vamos a llevarnos al perro, estás tonto o qué?

—¿Por qué no?

—¿Cómo que por qué no?

—Pues eso, que por qué no.

A la mujer las respuestas se le agolpaban en la cabeza, pero en vez de dar ninguna de ellas se quedó callada en el coche, con el codo apoyado en la ventanilla abierta. Notaba cómo la rabia le iba subiendo por el cuerpo, cómo se le iba acumulando en la cabeza. Sin poder evitarlo, esta situación llamaba en su memoria otras situaciones semejantes, en las que la inconsciencia de él, su optimismo insensato, su “vamos a hacer esto y si sale mal luego veremos cómo lo arreglamos” les había costado caro, a los dos. Sobre todo a ella, que al fin y al cabo... Era su cuerpo el que estaba en cuestión; era su cuerpo el que estaba oliendo a podrido allí dentro del coche.

Intentó contrarrestar la rabia pensando cosas buenas de él, pensando en la última vez que hicieron el amor: al terminar ella le dijo que le quería, y lo había dicho de verdad, con sentimiento, aunque fuera un sentimiento condicionado por el polvo que acababan de echar. Pensó también que cuando llegasen a su destino, y después de una buena ducha y de veinte horas de sueño, iban a volver a hacer el amor, y que al terminar iba a volver a decirle que le quería, y quizás incluso en esa ocasión fuera sincera. Pero era inútil, la rabia se le había incrustado detrás de los ojos, y la vista de aquella lengua llena de babas (la del perro) no ayudaba a calmarle.

—Siempre haces lo mismo —dijo por fin, entre dientes.

—¿Cómo? —contestó él, desorientado.

—Que siempre haces lo mismo. Siempre eres igual. Siempre quieres ser el héroe... el puto héroe...

—No sé de qué cojones...

—Y luego las consecuencias, para los demás. ¡Vamos a comprar una casa! ¡Vamos a comprar un coche nuevo! ¡Voy a dejar mi trabajo, porque me aburre!

—Vete a la mierda.

—¡Vamos a tener un hijo, aunque no tengamos dinero ni para pagar la hipoteca! ¡Vamos a tener un hijo ahora, porque yo quiero ser padre y todo lo demás me la suda! ¡Vamos a tener un hijo ya, ahora, porque a mí me sale de la polla!

—¡Vete a la mierda!

—Y luego, soy la que tengo que... ¡Joder! Siempre soy yo la mala del cuento. ¡Es mi cuerpo el que...!

Él dio una patada al suelo, levantando una humareda de tierra, y ella se calló en medio de la frase. El perro había abandonado su expresión risueña, y ahora parecía asustado o triste, o confundido; con la pata delantera derecha rascaba el suelo, y al mismo tiempo olfateaba el polvo, como buscando un rastro. El hombre dio varios pasos en dirección al coche, en dirección a ella; luego se detuvo, giró sobre sus pasos, volvió a girar, miró al cielo, al suelo, a ella. (Por encima de sus cabezas solo se veía una lámina azul perfecta; no habían visto pasar un solo coche desde que estaban allí).

—Vale —dijo él por fin, con los puños apretados—. No nos lo llevamos. ¿Qué quieres que hagamos con él entonces?

—No lo sé, dejarlo e irnos. Vámonos de aquí.

—¿Dejarlo e irlo? ¿Estás segura? ¿No quieres que lo mate?

—¿Qué?

—¡Que si no quieres que lo mate! Si quieres lo mato, me lo cargo, ¿es eso lo que quieres, eh?

—¿Qué...?

—Con una piedra, si quieres me lo cargo con una piedra. Le machaco la cabeza. ¿Te parece? Con una de esas piedras de ahí, le machaco la cabeza a golpes, ¿te parece bien?

Ella tenía la boca abierta, y no parecía ser capaz de cerrarla, ni de usarla para contestar nada. Vio cómo el hombre se acercaba a un montón de piedras blancas y lisas que estaban amontonadas junto a la mesa, vio cómo se agachaba a coger una, vio cómo se acercaba con ella en la mano hasta el perro, y el perro, después de dar un temeroso paso atrás, se quedaba quieto delante del hombre. Luego lo vio levantar la piedra, dejó escapar un grito y cerró los ojos. El viento seguía agitando las hojas encima de sus cabezas.

Después de unos segundos, el hombre entró en el coche y agarró el volante con las manos temblorosas.

—Vámonos de aquí —dijo.

—¿Lo has matado? —preguntó ella, con un hilo de voz.

—¿Tú qué crees?

Ella miró, se atrevió a mirar por fin por la ventana y vio al perro, vivo y jadeante, correteando entre el polvo y las cenizas del merendero.

“Vámonos de aquí”, repitió él, y encendió el motor. Enseguida estaban en la carretera, en dirección al Este, o en la dirección que él pensaba que debía de estar el Este; en la tercera rotonda por fin un cartel azul les indicó el camino hacia la autopista. Él se esforzaba por no mirar por el retrovisor, porque sabía que si lo hacía vería al perro corriendo detrás de ellos, persiguiéndolos con la lengua fuera. Ella solo pensaba que por fin estaban otra vez en movimiento, lo que quería decir que cada segundo que pasaba estaban más cerca de su destino; era eso lo que importaba, y lo demás...

Sin girarse, la mujer miró al hombre por el rabillo del ojo y le pareció que estaba haciendo esfuerzos por no llorar. “Te quiero”, le dijo, poniéndole una mano en el muslo. Él tardó un poco en responder. “Yo también a ti”, dijo. No sabía si lo decía de verdad, si ninguno de los dos lo decía de verdad, pero quería pensar que sí. Definitivamente, el amor era una cosa extraña.



Ensayo

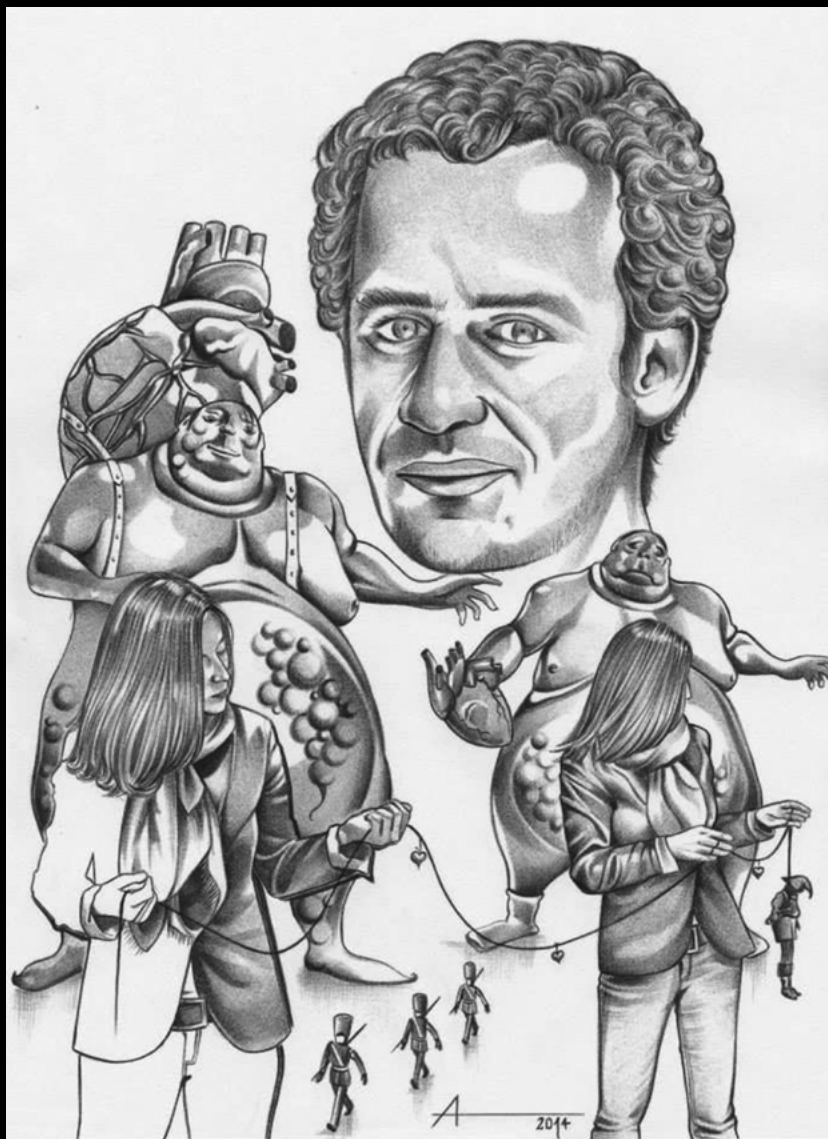
JORDI CERDÀ
ADRIANO DUQUE
MANUEL NEILA
VASCO ROSA

PÁGINA
151

ENTREVISTA **PILAR DEL RÍO**

Todos los nombres fueron Pilar

Por **JAVIER RIOYO**



ALMERINDA PEREIRA. José Luis Peixoto. 2014

JORDI CERDÀ

Egito Gonçalves a José Agustín Goytisolo: el testimonio de una *camadaragem*

La correspondencia que damos a conocer forma parte del archivo personal de José Agustín Goytisolo conservado en la Biblioteca d'Humanitats de la Universitat Autònoma de Barcelona.¹ Se trata de un conjunto de cartas y tarjetas postales que Egito Gonçalves envió al poeta barcelonés entre 1959 y 1962, un periodo que coincide en gran medida con el proceso de elaboración de su antología *Poesia espanhola do após-guerra* publicada en 1961.

Egito Gonçalves fue el secretario de la revista de Oporto *Bandarra* durante su segunda serie de cuatro números, a partir de 1959, y compartió labores editoriales con Ángel Crespo, responsable de la colaboración española de esta publicación. Ya en su día, el profesor Perfecto Cuadrado señaló el tono iberista de la redacción de *Bandarra*. También aquí, como en la mayor parte de relatos de confluencia entre iniciativas literarias peninsulares de la segunda mitad del siglo XX, debe aparecer Ángel Crespo. El poeta manchego había incluido a Gonçalves en su *Antología de la Nueva Poesía Portuguesa* publicada en Adonáis en 1961. Es esta antología de Crespo un referente casi simultáneo, como el propio Gonçalves confiesa a Goytisolo, para la *Poesia espanhola do após-guerra*. Y fue también Ángel Crespo quien seleccionó, tradujo y prologó *Treinta poemas* de Egito Gonçalves para la colección «Poetas de Hoy» de La Isla de los Ratones (1962), el primer y único autor portugués de este prestigioso catálogo. En parte coincidente en el tiempo a esta correspondencia es la *Revista de España* (1960-1963), dirigida por Ángel Crespo y Gabino-Alejandro Carriedo, una publicación que desde Madrid congregará no sólo las voces poéticas en español del momento, también en portugués, catalán y gallego. Se trata, pues, de una plataforma poética concurrente con la de la revista *Bandarra* y en la que Egito Gonçalves y José Agustín Goytisolo van a ver sus poemas publicados. Esta correspondencia que editamos es asimismo un documento para la historia de la poesía social, de cómo y de qué manera un proyecto ideológico y estético impulsó una serie de estrategias conjuntas para darse a conocer y arrebatar la hegemonía a otras tendencias oficiales o declinadas en el medio poético peninsular. Y todo ello en un contexto político interno hostil, en unas dictaduras, la salazarista y la franquista, que hostigaban y de qué manera a estos compañeros de viaje. Estas cartas son un testimonio de las *Notícias do bloqueio*, de su silencio duro y violento, de su rabia incontinida que, no obstante, consigue llegar «aos que no continente esperam ansiosos.» En efecto, las *notícias* rebasaron los muros y alcanzaron unos destinatarios europeos que avalaron sus iniciativas y que, en definitiva, patentizan el éxito de su internacionalización. Esta correspondencia da debida cuenta, por ejemplo, de los mediadores italianos que apostarán por la introducción en su país de escritores ibéricos que, como Goytisolo, pro-

¹ Agradezco a Asunción Carandell y a Júlia Goytisolo la generosidad y cordialidad por permitirme editar este material, así como a Ana Escañuela y a todo el el resto personal de la Biblioteca d'Humanitats de la UAB por su diligencia.

curaban: «dejar por escrito / lo que pasa.» En 1966, el editor –y poeta– Jean Oswald publicará en París la antología *La poésie ibérique de combat* a cargo de François Lopez y Robert Marrast; una muestra impagable de esta lectura combatiente y ibérica, donde no faltará Egito Gonçalves ni, claro está, José Agustín Goytisolo.

Egito Gonçalves exhibe en esta correspondencia un conocimiento directo del medio literario español. No se trata-ba de un circunstancia singular entre escritores portugueses coetáneos. Sería el caso, por ejemplo, de Eugénio de Andrade o de Fernando Echevarría, poeta, este último, a quien recurre Gonçalves para sus dudas en los textos de los poetas españoles escogidos para su antología. Como sugirió Óscar Lopes en el ensayo que antecede a *Os arquivos do Silêncio* de Egito Gonçalves, el poeta portugués se distingue respecto al resto de su generación, incluso respecto a los encuadrados en la tendencia neorrealista, por el influjo evidente de la poesía social española. Si bien el neo-rrealismo disponía en Portugal de más de dos décadas de recorrido, como indica Lopes, nunca había alcanzado la «energía frontal» que en España caracterizaba la poesía social y que el crítico apunta transferida a Egito Gonçalves. *Os arquivos do silêncio* incluye la suite «Pequeno diálogo ibérico» donde Egito Gonçalves remeda estilos y temas de escritores españoles, cuyos nombres constituyen por ellos mismos el friso de toda una época. No puede faltar el *diálogo* con José Agustín Goytisolo que es remitido por Gonçalves en la carta del 21 de noviembre de 1959.

Por último, cabe destacar el corresponsal, el confidente, José Agustín Goytisolo. A pesar de no disponer de sus respuestas, advertimos su connivencia y añadiríamos su autoridad para proponer o rechazar nombres y estilos de la poesía española. Aunque todavía no se conocían personalmente, Gonçalves y Goytisolo establecen una amistad basada en la total confianza y en la participación mutuas, en la *camaradagem*. También en estas cartas aparecen nombres apenas vislumbrados, proyectos que no llegaron a realizarse. Con todo, todavía conservan la energía fron-tal cómplice, la esperanza compartida en que «algo nuevo suceda.» Después de más de cincuenta años, damos a conocer esta correspondencia para que, más allá de su positivo valor para el ejercicio erudito, sea recordatorio de tareas todavía pendientes y de valores compartidos que merecen estar presentes a día de hoy.



Goy C / 1477

Porto, 21 de Novembro de 1959

Caro amigo e camarada.

Quatro linhas apenas para lhe acusar a recepção dos seus livros, cuja oferta muito agradeço. Tenho agora de si uma fisionomia completa, que os poemas dispersos, que conhecia, não me tinham dado. E ainda bem. Porque é um grande poeta em corpo inteiro o que me aparece. Amargo e sarcástico, numa luta permanente com o que há em si de lírico suave. É a existência deste lirismo (que produziu o seu primeiro livro) que torna em autêntica poesia os *Salmos ao vento*; cujos temas, no entanto terrivelmente difíceis, conseguem ser perfeitamente *réussis*. *Claridade*, parece-me um livro mais sereno; um pouco com quem já descarregou alguma

cólera e agora fala com mais calma. Auguro-lhe um belo futuro de poeta.

Traduzi já alguns poemas seus. Do primeiro e do terceiro livro. Traduzirei em breve dois dos *Salmos*... Depois disso enviar-lhe-ei as traduções, para que as leia e dê as sugestões que lhe parecer, ou me aponte os possíveis erros de interpretação. Creio que não se pode traduzir poesia sem estes cuidados. Só depois disso, eu mimarei os poemas o rectificarei certas expressões. Preciso, para isso, de deixar passar algum tempo, até me libertar da fonia espanhola.

Gostaria de traduzir dos salmos o seu admirável poema «Los celestiales». Não o farei, apenas porque, sendo em Portugal desconhecido o movimento “garcilacista” e o seu significado “oficial”, o poema perderia uma parte do seu significado.²

Terá pois em breve notícias minhas. Até lá um abraço do camarada e amigo às suas ordens

Egito Gonçalves
Egito Gonçalves. Rua de Santa Catarina, 840
Porto-Portugal

Obrigado pelos seus endereços e pelo auxílio. Ai, de Barcelona, apenas Blas de Otero não me respondeu.³

Não possuo qualquer livro dele.

Pequeno diálogo ibérico

Com José Agustín Goytisolo

O sol não ilumina
o rosto do que amamos.
Rodeados de noite gritamos “Claridade!”
e o eco responde
sibilinos venenos.
Pesa um sol de chumbo
sombbras no que sonhas

2 El propio Gonçalves explicará este movimiento y la acerada crítica de José Agustín Goytisolo para el público portugués: «posição polémica e interessada, a da maioria da poesia espanhola do após-Guerra, após os primeiros tempos do evasionismo “garcilasista” –magistralmente caricaturado num poema de José Agustín Goytisolo, “Los Celestiales”–» «Prefácio» in *Poesia espanhola do após-Guerra*, Lisboa, Portugália Editora, 1961, p. 14.

3 El poeta bilbaino residió en Barcelona entre 1956 y 1959.



sob este céu vazio,
sobre os sulcos que a dor
forma rios da pátria.
Virá a claridade
–mas que montanha, praia,
lhe verá as primícias?
Impede-lhe o acesso
a cinza em suspensão
que só ao punho armado
tomará liquefeita.
Poderemos então vê-la,
mesmo nas caves onde
travamos a erosão,
jorrar como o petróleo
de um solo torturado.
Será os nossos fatos,
surgirá sob as portas,
dará sinais ao trânsito.
Mas sem o punho erguido,
o eficaz gatilho,

não nos darão por mérito
o que invocas e nós
pedimos: Claridade.⁴

Egito Gonçalves

Goy C /1475

Porto, 30 de Novembro de 1959

Caro amigo

Conforme o prometido, ai vai a primeira amostra das traduções. Como lhe disse, ainda é tudo para rever, mais tarde. Por agora pretendo saber a sua opinião. Cingi-me, (como é meu hábito e me parece que deve ser) o mais possível ao texto original. Não pude porem de deixar de modificar uma ou outra expressão por alterar o ritmo ou ser cacofónica em português.



Aguardo as suas notícias e peço-lhe que me devolva as traduções. No entanto não tenho pressa das mesmas, pode retê-las o tempo que necessitar.
Um abraço amigo do

Egito Gonçalves

Goy C / 1474 [manuscrita]

Porto, 12-4-60

Recebi a tua carta. Sabia já, por ter lido nos nossos jornais, da prisão de teu irmão Luiz.⁵ Ignorava porem qual a acusação. Aqui, infelizmente, acontece a mesma coisa. Mas, por acaso, ninguém é acusado por ter visitado a Alemanha Oriental ou a Tchechoslováquia. Há muita gente aqui que o tem feito, sem ter acontecido nada. Mas muitas vezes é-se preso sem acusação e sai-

-se meses depois, sem julgamento. De resto as coisas tem piorado muito por aqui, desde há um ano e tal. Tem apertado sobretudo com os intelectuais e com os católicos da esquerda. Infelizmente os presos são tantos que há presos à espera de julgamento há perto de dois anos. Ultimamente o que está aqui em moda são as fugas. Tem fugido gente das várias prisões, e algumas dessas fugas foram sensacionais. Espero que tudo se resolva pelo melhor. Se precisares aqui de alguma coisa, dispõe de mim. Penso ir, no verão, a Marselha onde conto muitos amigos. Em tal caso passarei um ou dois dias em Barcelona (que só visitei muito rapidamente há dois anos). Espero então ter o prazer de te conhecer, e os teus amigos. A antologia prossegue lentamente. A dificuldade é que alguns poetas não respondem e obrigam-me a demoras. Recebi ontem as *Poesias completas* de V. Gaos.⁶ E talvez dentro de quinze dias dê uma saltada a Madrid, pois

4 Parece que el poema de José Agustín Goytisolo con el cual mantiene el diálogo sea «Yo invoco», pieza incorporada al poemario *Claridad* (1961) y que se inicia y acaba precisamente con la palabra *Claridad*. Como ya he señalado previamente, «Com José Agustín Goytisolo» fue incluido en *Os arquivos do silêncio (1959-1961)* (Lisboa, Portugal, 1963) y pertenece a la suite «Pequeno diálogo ibérico», homenaje de Egito Gonçalves a los siguientes escritores españoles: Jesús López Pacheco, Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, José Manuel Caballero Bonald, Alfonso Sastre, Claudio Rodríguez y Gabriel Celaya.

5 Luis Goytisolo fue detenido y encarcelado en Carabanchel entre febrero y mayo de 1960 por sus actividades antifranquistas y su militancia en el PSUC.
6 Vicente Gaos, *Poesias completas: 1937-1957*; con un prólogo de Dámaso Alonso y un encuentro de Vicente Aleixandre, Madrid, Ediciones Giner, 1959.



tenho uma boleia para lá. De qualquer modo a antologia não sairá antes de perto do fim do ano.

Acompanho-te na tua angústia. Um abraço amigo do

Egito Gonçalves
R. Santa Catarina, 840
Porto.

Goy C / 1473

Porto, 11 de Maio de 1960

Caro amigo

Lamento que ainda nada se tenha resolvido e VV. continuem a viver na angústia e na incerteza. Estive em Madrid alguns dias, mas com tão pouca sorte, que

o meu amigo, segundo Gabriel Celaya me informou, tinha acabado de partir para Barcelona.

Lamentei não o poder encontrar. No entanto Celaya disse-me que havia esperança de tudo se resolver breve. O melhor é estar preparado para o pior. Regimes destes não dão quaisquer garantias. De tudo se faz um crime complicado e tudo é subversivo desde que não esteja na linha imposta por decreto-lei.

Cheguei a Madrid no dia em que o jornal «Pueblo» publicou a sua carta, com a de Juan, e o extenso e miserável comentário ao lado.⁷ Crespo contou-me a história das cartas. Apesar de tudo, essa espécie de “denúncia pública”, de caça às feiticeiras que os jornais praticam, é aqui quase desconhecida. Aqui os próprios fascistas tem mais pudor. De resto a situação em Portugal é extremadamente confusa e não se sabe mais quem é fascista. Está

⁷ Se refiere a la polémica suscitada por dos diatribas anónimas publicadas en el rotativo madrileño contra la tendencia narrativa afrancesada, es decir, la mediada por el *nouveau roman*, practicada por la joven narrativa de entonces: «La moda francesa de la joven literatura española» (29/II/1960) y «Tergiversación» (15/III/1960). Entre los escritores señalados se encontraba Luis Goytisolo en aquel momento preso en Carabanchel. La inoportunidad tendenciosa de estos artículos fue denunciada por Juan Goytisolo y generó un carta pública al director de «Pueblo», secundada por un número importante de intelectuales españoles; «Declaración de solidaridad con Juan Goytisolo de los escritores españoles, dirigida al Director del diario madrileño “Pueblo”», *Boletín de Información. Unión de Intelectuales Españoles*, México, Junio-Julio, 1960, p. 2.



neste momento a funcionar em Lisboa, à porta fechada, um grande julgamento, onde os réus são quase todos parentes de ministros e de gente da situação. Ultimamente o maior número de pessoas que tem sido presas é constituído por católicos. A Igreja está fazendo uma viragem e quer ter vitimas para se poder impor amanhã como tendo lutado contra o regime. De tudo isto alguma coisa há-de sair. No entanto ainda levará muito tempo, salvo qualquer acontecimento imprevisto.

Envie-lhe já ontem a melhor antologia de poesia portuguesa que temos.⁸ Suponho que era só da poesia contemporânea que lhe interessava. Há ainda uma outra mas é muito mal feita. A que lhe enviei, na minha opinião, é quase perfeita. Para mim, tem a mais dois ou três amigos pessoais do autor, e tem a menos dois ou três nomes, um dos quais é uma exclusão escandalosa, pois trata-se de Papiniano Carlos, um dos nossos bons poetas. O que é muito bem feito, nessa antologia é o estudo ini-

cial. Muito corajoso e por vezes mesmo violento. O autor está hoje refugiado no Brasil onde é professor de uma Universidade. Qualquer outro esclarecimento que deseje (ou livro) sobre a poesia portuguesa, diga e logo seguirá. Quanto a enviar-me qualquer livro em troca não creio necessário. Tenho o maior prazer em enviar-lhe o livro, sem qualquer espírito de troca. No entanto, e no seu caso especial, lembro-me agora que só tenho, do seu irmão Juan, o livro *Juegos de manos*. Se tiver possibilidade de me enviar qualquer outro dos livro dele, eu agradeço-lhe. Tenho o livro de seu irmão Luis.⁹ Comprei-o há pouco em Madrid. Não tive ainda ocasião de o ler, mas fá-lo-ei em breve.

Estou a traduzir presentemente, para a minha Antologia, alguns poemas de Claudio Rodríguez, dos *Conjuros*. Um belo livro. Poeta muito difícil de traduzir. Assim como Carlos Barral, que tenho lido e relido e ainda não consegui traduzir nada dele que me satisfizesse.

⁸ Debe ser: *Líricas portuguesas*. 3ª série, Lisboa, Portugalá, 1958, antologia y prólogo a cargo de Jorge de Sena, y no *Antología da novíssima poesia portuguesa*, organizada por Maria Alberta Menêres e E.M. de Melo e Castro, Lisboa, Moraes, 1959.
⁹ Debe tratarse de: *Las afueras*, Barcelona, Seix-Barral, 1958 y que obtuvo el Premio Biblioteca Breve.

Recordo-me agora que Ángel Crespo tem uma *Antologia da Poesia Portuguesa* já pronta e entregue à Adonais. Conheço a *Antologia* em pormenor e, salvo pequenas divergências, estou muito de acordo com ela.¹⁰ Creio que sairá em Outubro.

Tenho sempre o maior prazer nas suas notícias. Se eu for a França não deixarei de lhe bater à porta. Não se preocupe, porem com alojamento para mim. É que vou com minha mulher, o que complica muito as coisas, para aceitar a casa de um amigo. De resto, se um dia pensar vir a Portugal, desde já retribuo a sua amável oferta. Seria para mim grande prazer.

Um grande e amigo abraço do seu camarada

Egito Gonçalves

Goy C / 1476

Porto

13-6-60

Querido amigo

Boa notícia essa. Alegro-me muito. Dei a notícia a toda a gente, pois os nossos jornais não disseram nada (embora tivessem dado a notícia da prisão). Ainda bem que tudo acabou pelo melhor.

Recebi os dois livros de Juan. Obrigado. Estou a ler com o maior interesse *Campos de Nijar*. Um récit vivo, cheio de insinuações, de interesse e simpatia humana. Um género que não temos em Portugal.

Alegro-me que estejas a gostar da poesia portuguesa, através da *Antologia* que te mandei. Eu veio que ela atinge, entre nós, por vezes, um alto nível artístico. Porém, é pouco combativa. Muito surrealismo, muito saudosis-

mo, dá por vezes uma mistura frouxa e abstracta. Em Portugal ainda se acredita muito na “arte pela arte”. Envio agora um exemplar da *Memória de setembro* a Castellet.¹¹ Em tempos ele anunciou-me a *Antologia* para o dia 23 de Abril. Como estamos em meio de junho, suponho que terá havido dificuldades.

Quanto à minha *Antologia* está completamente parada, porque estou agora a traduzir três peças do Sastre.¹² Mas apenas me faltam traduzir 6 poetas. Saludos amigos e um abraço do

Egito

P.S. Entretanto acabei *Campos de Nijar*. Estimo-o um livro admirável que me causou uma funda impressão. Bem escrito, o livro *comunica* aquela paisagem pobre, desolada, a aquela humanidade abandonada do sul da Espanha. O episódio do vendedor de tunas é inesquecível e obrigou-me a fechar o livro, porque a emoção me impedia continuar. Gracias por tu envio. Um outro abraço do amigo

Egito

Goy C/ 1478

Porto, 28 de Fevereiro de 1961

Meu caro amigo

Obrigado pelo teu postal pedindo notícias. Escrevo-te com o maior prazer, tanto mais que estou agora um pouco mais livre de vários trabalhos que me tem ocupado nos últimos tempos –além da grande tensão em que presentemente aqui se vive e que não permite uma grande atenção ao trabalho.

Terminei esta semana a *Antologia*, na parte que diz respeito a seleção e traduções. Já há muito tempo que não lhe pegava mas agora finalmente acabei. Não sei se escreverei o prefácio para ela. Acontece que não sou ensaísta e não poderia dizer nada de muito original sobre a poesia espanhola. Creio que vou escrever a Castellet para ele me permitir a tradução de uma parte o ensaio dele nos *XX anos de poesía española*, pois seria o melhor para ilustrar a evolução histórica da v/poesia. Li um condensado desse trabalho de Castellet na revista belga *Jalons* que me parece servir perfeitamente. O que eu poderia escrever seria aquilo mesmo, mas menos bem. Estou pois a pensar que esse solução seria boa.¹³

Aparte isso, durante este período, reformei completamente uma velha e má revista que aqui havia, chamada *Bandarra*. Não podemos fazer revistas novas: a solução é deitar a mão às raras que existem. Foi o que fiz. Tenciono nela dar grande importância à colaboração espanhola. Neste número surge o princípio da m/tradução dos «Problemas de la novela» do teu irmão Juan, e um conto do Jesús López Pacheco.¹⁴

Dentro de dias sairá um novo número de Notícias do Bloqueio colaborado com poetas de Angola.¹⁵ Entretanto vai também sair a tradução minha de três peças do Alfonso Sastre. Uma delas, a *Mordaza* está na censura e, se for permitida, fá-la-emos no Porto no nosso teatro.

Como vês tenho trabalhado bastante. Um editor de Lisboa tem presentemente o meu último livro, já pronto, *Os arquivos do silêncio*, para uma nova coleção de poesia. Mas não sei ainda quando será lançado. Espero que seja ainda antes do verão.

Quanto às minhas férias ainda não sei nada. Tenho mais ou menos combinado dar uma grande volta por Espanha, talvez com um outro amigo poeta, o Daniel Filipe, que acaba de publicar um magnifico livro. Iria conhecer a parte de Andaluzia que não conheço e depois seguiríamos ao longo da costa, até Barcelona. Depois viríamos por Madrid. É ainda um pouco cedo para decidir definitivamente.

Alegro-me que me envies finalmente o teu livro.¹⁶ É um belo livro, que terei grande prazer em rerer. E alegro-me que o tenham finalmente publicado. Enviar-te-ei a *Bandarra* logo que saia. Escreve sempre e aceita um grande abraço amigo do

Egito Gonçalves

P.S.: Não posso dar-te, de momento, outras notícias.

[En el margen superior izquierdo, escrito a mano --y suponemos que por José Agustín Goytisolo, hay la anotación: «Pedir *Jalons*»]

GoyC_1465

Porto, 1 de Maio de 1961

Querido amigo,

Recebi a tua carta e, efectivamente, estou bom de saúde e esperando a primavera, embora o tempo, por enquanto, esteja ainda bastante frio.

Sobre a tua carta, agradeço muito os teus conselhos e não me aborreço nada com eles. A minha *Antologia*,

¹⁰ El propio Egito Gonçalves explicó, en el primer párrafo del «Prefácio» de su *Poesia espanhola...*, el acicate que significó Ángel Crespo en el origen su antología: «[Crespo] visitava Portugal pela segunda vez [1959], e o tema de conversa era do desconhecimento mútuo e injusto que portugueses e espanhóis cultivavam, de um modo geral, reciprocamente. Estávamos de acordo em que algo era necessário fazer para lutar contra essa situação ilógica. Crespo lançava já as primeiras bases da sua *Antologia de la nueva poesia portuguesa*. A ideia de uma antologia da poesia espanhola surgiu, pois, do modo mais natural» Egito Gonçalves, *Poesia espanhola...*, op. cit. p. 11.

¹¹ Egito Gonçalves, *Memória de setembro*, Porto, Notícias do Bloqueio, 1960.

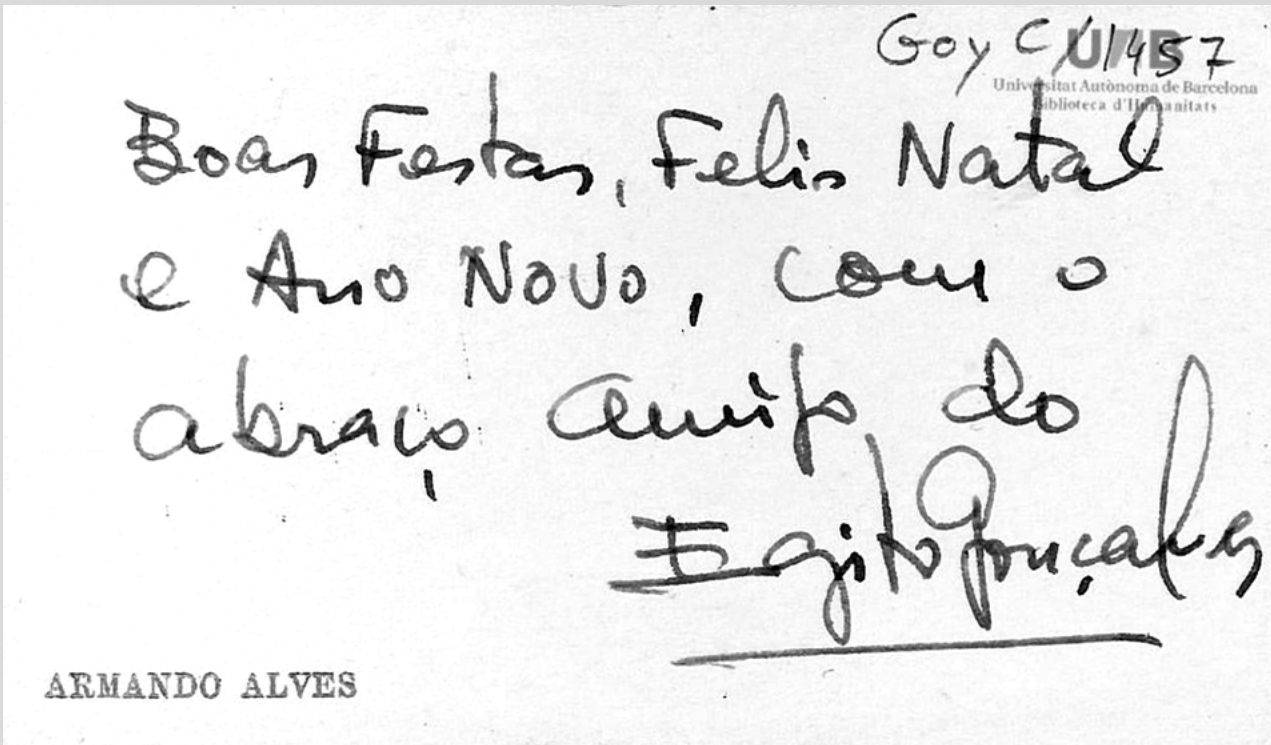
¹² La importante vinculación de Gonçalves, comprometido a su vez en la renovación teatral portuguesa, con la obra de Alfonso Sastre perdurará en el tiempo. En 1975, en plena euforia revolucionaria, la RTP emitió *La trampa*, pieza del dramaturgo madrileño, en la versión de Egito Gonçalves.

¹³ Un fragmento del ensayo de Josep M. Castellet *Veinte años de poesia española*, (Barcelona, Seix Barral, 1960), servirá, en efecto, de prólogo para la antología de Gonçalves: «Vinte anos de poesia espanhola» in Egito Gonçalves, *Poesia espanhola...* op. cit., p. 17-53. Esta traducción portuguesa se suma a la francesa, referida por Gonçalves, aparecida en el mismo año en la revista belga *Jalons* (Num. spécial: Espagne 1961, janvier/février). Ciertamente, estas dos traducciones cifran el éxito de un trabajo eficiente de internacionalización de un relato historiográfico que ponderaba notoriamente la poesía social. Castellet, en aquel mismo año, publicaría el estudio: «La Poesía de José Agustín Goytisolo» en *Papeles de Son Armadans*, nº69 (1961), p. 302-335.

¹⁴ Juan Goytisolo publicó en *Bandarra*: «Problemas do romance» (1 y 2) y «A nova psicologia (ensaio sobre o romance)». Para una valoración de esta revista y su componente iberista, cf. Perfecto E. Cuadrado Fernández, «La revista *Bandarra* en el contexto de las relaciones culturales hispano-lusas» en *Actas del Congreso Internacional de Historia y Cultura en la Frontera*, Tomo I, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2000, p. 543-563.

¹⁵ Goytisolo es el autor, juntamente con Xosé Lois García, de la primera traducción en formato de libro de Agostinho Neto, *La lucha continua* (Barcelona, Laia, 1980). Nos consta que Goytisolo llegó a conocer personalmente al poeta angoleño, pero no sabemos si fue por mediación de Gonçalves.

¹⁶ Debe ser el poemario *Claridad* que había obtenido en 1959 el premio Ausias March de Gandía y que fue publicado en 1961 por la Diputación Provincial de Valencia. Egito Gonçalves ya conocia previamente los poemas de este libro de Goytisolo como muestra su carta del 21/XI/1959.



a princípio foi gisada por sectores poéticos: isto é, ela incluíria os vários representantes das várias tendências poéticas, sem discriminação. Mas á medida que eu ia estucando a poesia que me chegava às mãos, a ideia ia-se modificando, e cada vez mais se radicava em mim a importância a relevar da poesia realista (o que tornava a antologia importante também para Portugal, por contraste com o facto de a poesia realista, aqui, estar em crise, e só a minha pequena revista *Notícias do Bloqueio* a estar mantendo). Mas apesar disso eu, até há muito pouco tempo, mantive uma certa dúvida sobre representantes de outras tendências: como Prado Nogueira e Molina.

Quanto a Manuel Pacheco trata-se de um engano, pois ele não está incluído na *Antologia*; nunca esteve, por engano saiu o nome dele na lista da *Bandarra*, mas a lista está errada em vários sítios, nem eu sei porquê. Quanto a Molina e Prado Nogueira, eu via perfeitamen-

te que a sua qualidade é inferior. A minha dúvida é a que te expus acima, sobretudo quanto a Molina. Porque quanto a Prado Nogueira, quem me chamou a atenção sobre ele, foi precisamente o Crespo, é certo que já há muito tempo, há mais de um ano. Agora com a carta de Castellet e a tua, não há dúvida: serão excluídos. Ignorava de resto aquilo que me dizes sobre as suas “ideias” e isso conta ainda mais do que qualquer outra coisa.

Quanto a Fernández Arroyo, esse creio que ficará. Compreendo que ele não tem a mesma qualidade dos outros.¹⁷ Mas acredito que tem possibilidades de criar uma poesia original, se trabalhar para isso. O problema complica-se pelo facto de eu o conhecer e ele saber que eu o tinha seccionado. Não tenho coragem de o eliminar agora, não por mim, mas por ele. De resto, se só ele estive “a mais” não haverá grande mal.

Quanto aqueles que faltam, eu explico:

¹⁷ José Luis Prado Nogueira, José Fernández-Arroyo y Manuel Pacheco fueron excluidos de la antología. Me inclino a pensar que el otro que quedó fuera de la selección y a quien se refiere Gonçalves fue Antonio Fernández Molina (y no Ricardo Molina), un autor que había publicado *Una carta de barro* en la revista *Bandarra*. Tanto Fernández-Arroyo como Fernández Molina eran personalidades vinculadas al entorno de Ángel Crespo.

Ángel González não conhecia. Ele só tem um livro publicado. Vi os dois poemas que Castellet publica na *Antologia* dele, mas não bastaram para impor à minha curiosidade. (Tanto mais que eu gosto muito do prefácio da *Antologia* de Castellet, mas não da *Antologia* propriamente dita. Não gosto do sistema de ordenação dela, como também não gosto do sistema da “portuguesa” de Crespo. Farei a minha pelos anos de estreia, que é o que me parece mais lógico.) Agora Ángel González acaba de me enviar galeradas do seu novo livro e até alguns poemas inéditos. Agora sim, reconheço que era um erro não o incluir.

Li o pequeno livro de Carlos Sahagún. Tem interesse, mas não me parece verdadeiramente original. Durante algum tempo hesitei nele e até cheguei a traduzir dois ou três poemas. Aconteceu-me o mesmo com a María Beneyto, de quem li os *Poemas da cidade*.¹⁸ Nela ainda hesito, porque neste livro há alguns poemas que verdadeiramente me interessam.

Já te escrevi isto a ti, peço-te que mostres a carta a Castellet, pois isso evita-me ter de lhe escrever a ele a mesma coisa. De momento a *Antologia* encontra-se há procura de editor. Vou a Lisboa dentro de dias por causa disso. Se arranjar editor farei rapidamente as modificações. De resto, como estamos perto de verão, ela só sairá depois de Outubro. E nesta data não sei como estaremos nós para publicar pois a situação começa a tornar-se cada vez mais grave. Dentro de algum tempo, a relativa liberdade que tem havido com a publicação de livros, temo que desapareça.

Entretanto espero verte em Setembro em Barcelona. Irei aí com um amigo, o poeta Daniel Filipe, que acabe de publicar um livro muito bom, *A invenção do Amor*. Vou pedir-lhe que te envie um exemplar. Iremos aí, por uns dias, se entretanto não nos acontecer nada.

Se entretanto vieres a Portugal, avisa. E se vieres ao Porto poderás ficar em minha casa, pois tenho um quarto que é um verdadeiro acampamento: saem uns e entram outros.

¹⁸ Supongo que se refere al poemario de Carlos Sahagún *Profecías del agua* (Madrid, Rialp, 1958) que fue Premio Adonáis en la edición de 1957, y al libro de la también valenciana María Beneyto, *Poemas de la ciudad* (Barcelona, Joaquín Horta, 1956), accésit del Premio Boscán de 1956.

Dentro de três dias sai um volume de peças de teatro do Sastre, traduzidas por mim. Uma delas *A Mordaça* está a ser representada pelo nosso teatro. Um grande abraço amigo do

Egito Gonçalves

PG. Vou ver se arranjo editor para traduzir *Campos de Níjar*.¹⁹

Goy C / 1468

Porto, 30 de Junho de 1961

Meu caro amigo,
Obrigado pela tua informação sobre a colecção de Santander. Aceitarei então a proposta.²⁰
Ainda bem que VV. adiaram a viagem a Portugal para depois da publicação da *Antologia*. A época agora é má, porque já está muito calor e com a época do calor aqui para tudo: conferências, recitais, etc. Depois, quando se combinar que VV. venham, eu organizarei a coisa, pelo menos em Lisboa, Coimbra e aqui no Porto. Quando à Antologia não sei ainda a data possível da publicação. Acabo de receber carta do editor, dizendo que publica a Antologia, mas que terá de ser mais pequena. O que fiz dá para um volume de 300 páginas e eles não querem senão 220. Que remédio senão cortar: manterei o mesmo número de poetas, mas reduzirei os poemas de cada um. Espero que saia ainda este ano, depois de Outubro.

O teu anunciado livro continua ainda sem sair? Creio que o meu editor tem também medo de publicar o meu. No entanto Arrigo Repetto pensa que talvez possa publicar o livro em Itália, na colecção em que publicou Pacheco.²¹ Eu ficaria bem contente.
Espero ver-te este verão. Entretanto cumprimentos para todos os amigos e um abraço para ti do

Egito Gonçalves

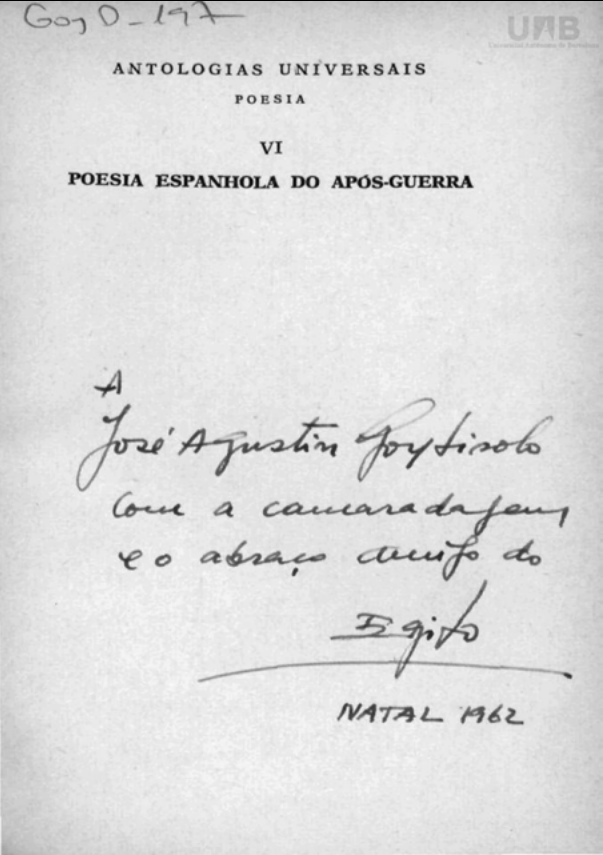
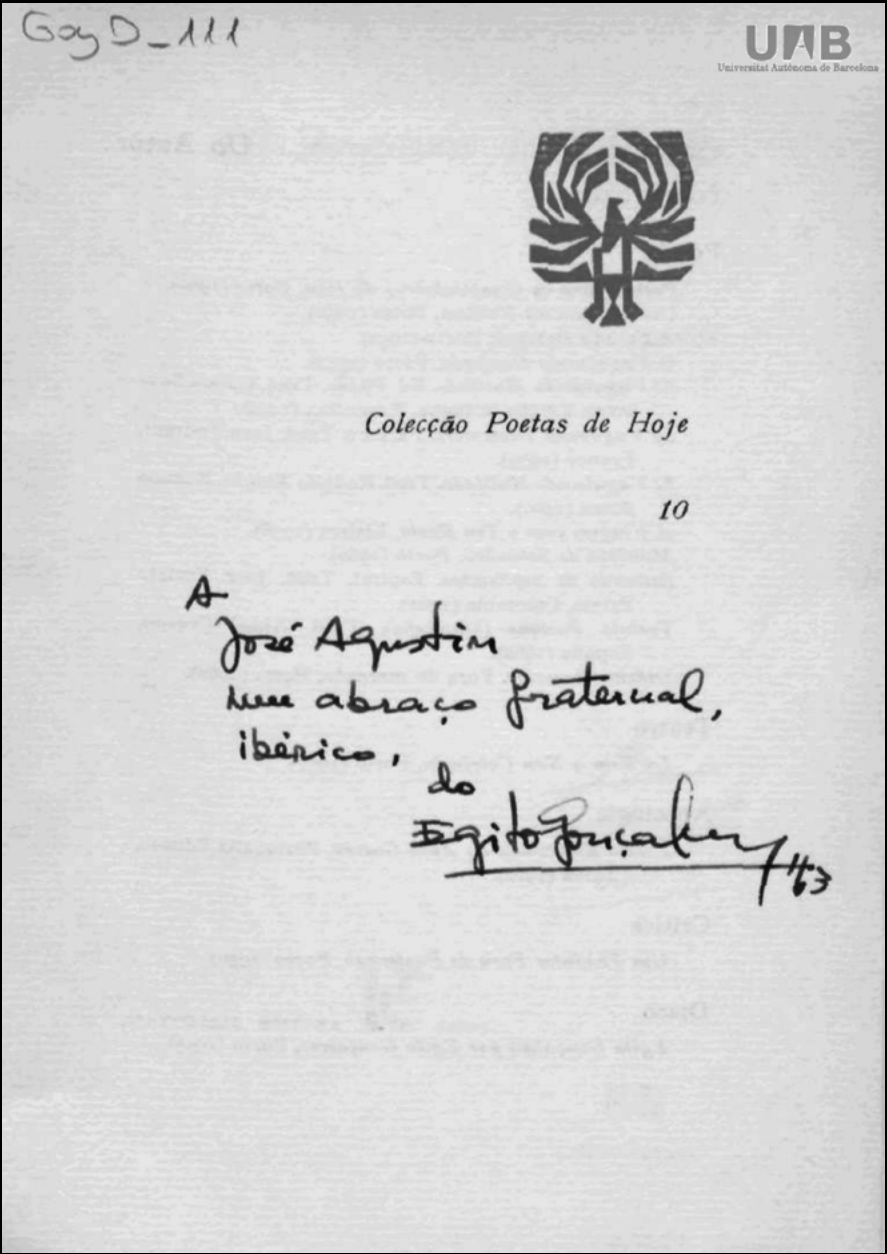
Goy C / 1466

Porto, 2 de Junho de 1961

Caro amigo

Ángel Crespo traduziu vários poemas meus, para um volume de poesia a publicar em Espanha. Estou a rever algumas traduções e ele propõe-me que o livro seja publicado numa colecção intitulada «Isla de los Ratones». O diretor da coleção envio-me alguns volumes. Vejo que é uma coleção heterogénea, com Gabriel Celaya (bem) e com Carlos Murciano (mal) etc. Não quero pôr o problema ao Crespo, para o não magoar. Escrevo-te para perguntar o seguinte: Crês que não há inconvenientes para mim em publicar nessa coleção? Em Portugal as coleções são mais “definidas” do que em Espanha –salvo exceções. Isto é, aqui há coleções da direita e da esquerda e uns não entram nas outras. É de uma coisa dessas que eu temo. Se não vês inconveniente, darei o consentimento. De qual-

19 A parte de la traducción del artículo para *Bandarra*, no conozco otra traducción de Gonçalves de Juan Goytisolo; sólo apuntar que fue Pedro da Silveira quien dio a conocer al público portugués dos piezas fundamentales del narrador barcelonés antes de la Revolución de los Claveles: *Luto no paraíso*, Lisboa, Portugalía, 1964 y *Reivindicação do Conde Julião*, Lisboa, D. Quixote, 1972.
20 Se refiere a la colección «Poetas de Hoy» de La Isla de los Ratones de Santander. José Agustín Goytisolo participó activamente en este proyecto como traductor de Cesare Pavese, *Veinte poemas* (1962), de Salvatore Quasimodo, *25 Poemas* (1963) y de Sergei Esenin, *Poemas*, juntamente con A. Manso Arguelles, (1967).
21 Se trata de la edición del poemario de Jesús López Pacheco, *Pongo la mano sobre España*, Roma, Edizioni Rapporti Europei, 1961, con una introducción de Giancarlo Vigorelli y la traducción de Arrigo Repetto, una de las más eficaces correas de transmisión en Italia de la literatura española de posguerra. Poco tiempo después Arrigo Repetto publicará *Letteratura e società nel Portogallo di oggi: 1865-1964 e una antologia di autori portoghesi*, Torino, Eri, 1965. En este ensayo se situaba Egito Gonçalves dentro de la segunda generación neorrealista portuguesa y se señalaba el parangón entre *Notícias do Bloqueio* y la poesía social española que: «auspicò ed esprime un genere di poesia “sociale” non molto dissimile da quella inaugurata in Spagna, pressappoco alla stessa epoca, o più “ufficialmente” a partire dalla *Antologia Consultada* del 1952, da Gabriel Celaya, Blas de Otero, Ángela Figuera Aymerich, e da altri “giovani poeti” » ibidem., p. 140-141. Repetto ya desarrollaba en dicho ensayo una “novísima poesía” que daba el relevo a la generación de Egito Gonçalves; entre los nombres que destaca, sobresalía precisamente el de Daniel Filipe y *A invenção do Amor* (Lisboa, Sagitário, 1961).





quer modo peço-te que me informes do que pensares, com urgência. E não digas nada a Crespo, quanto às minhas dúvidas. Espero a tua resposta e, entretanto, envio-te um abraço amigo

Egito Gonçalves

Goy C/ 1467

Porto, 10 de Outubro de 1961

Meu caro amigo,
Depois de passar alguns dias de férias no sul de Portugal, dei um salto a Sevilha e pensava seguir ao longo da costa e chegar talvez a Barcelona. Porém o calor era excessivo e minha mulher sentiu-se mal de modo que viemos para o norte, fugindo à canícula. Subi

para Cáceres, León e depois Santiago de Compostela, ver a exposição de arte românica. Barcelona ficará para outra vez.

Não tenho notícias de aí há longo tempo. Quando sai afinal o teu livro? Da minha antologia creio já te ter dito que estava pronta, embora reduzida a dois terços do tamanho anterior. Só assim obtive editor. No entanto o editor ainda não me informou da data provável de saída do volume.

Quanto ao resto a vida continua, sem uma luz no horizonte. Preparo o número 3 da revista *Bandarra*, que tem sido muito cortada pela censura. Nada mais.

Dá-me notícias daí, dos projectos que porventura tenhas. Se vires ao amigo Joaquin Horta diz-lhe que continuo à espera dos prometidos poemas catalães.²²

Entretanto aceita um abraço amigo do

Egito Gonçalves

Cumprimentos para Barral e Biedma assim como para Castellet.

Goy C / 1471

[Sin fechar]

Caro amigo,
Se sabes alguma coisa sobre um poeta espanhol, chamado Juan Cervera Sanchis, peço-te que me digas urgentemente (na volta do correio) o que for possível. Vão fazer-lhe aqui um espécie de homenagem. Necessito saber do seu valor, política, etc. a fim de evitar alguma ratoeira.

Um abraço amigo do

Egito Gonçalves

Goy C/1472

Porto, 31 de Outubro de 1961

Meu caro amigo,
Obrigado pela tua pronta resposta, com uma informação que era afinal a que eu esperava, pois também nunca tinha ouvido falar do “famoso” poeta. O caso é o seguinte: Uma livraria do Porto, à qual estou ligado, e a Associação dos Jornalistas e Escritores, receberam, ao mesmo tempo, a notícia da vinda a Portugal do tal famoso poeta espanhol, dada por um tipo que há em Lisboa, e que e cheira a aldrabão, chamado José dos Santos Marques. Este homem inventou uma *Panorâmica da poesia luso-hispânica* que sai em folhetos de má apresentação gráfica. Ora o dito tipo, editou ou vai editar um folheto com o tal poeta.²³ E pedia-nos para cedermos a livraria para uma sessão de assinaturas, e para uma conferência de Imprensa. E pedia-nos a cedência e o pa-

²² El poeta Joaquim Horta era editor de la colección «Fe de vida. Poesía y ensayo», así como de «Signe», consagrada a poetas catalanes. El interés de Egito Gonçalves por la poesía catalana persistirá en el tiempo. En su madurez, por ejemplo, se hará cargo de la traducción de la antología *Quinze poetas catalães*, selecção de Àlex Broch e Isidor Cònsul, Porto, Limiar, 1994 y del poemario de Àlex Susanna, *Os anéis do tempo*, Porto, Limiar, 1995.

²³ José dos Santos Marques publicó, en efecto, la serie *Panorâmica Poética luso-hispânica. Colecção antológica de poetas de língua portuguesa e espanhola* entre 1961 y 1967, en Lisboa. Entre las entregas, figura la traducción de Juan Cervera Sanchis, poeta que a su vez había publicado en España el volumen: *El muchacho que veía venir a la muerte* (1960).

trocínio da Sala da Associação para um colóquio público com o poeta espanhol. Dizia-nos que já tinha arranjado uma entrevista na rádio, o que também não admira porque a rádio não tem qualquer nível. Eu fui solicitado para informar quem era o poeta de modo a resolver-se se se dizia que sim ou que não. Mas tive de informar que o homem era um desconhecido em Espanha. No entanto, por descargo de consciência, não fosse dar-se o caso de eu estar enganado, escrevi-te a ti e ao Crespo. Perante as respostas, foi resolvido negar o pedido do homem. Recebi o teu livro e aproveitei para reler todos aqueles poemas, que já conhecia. Nas suas três fases, todo o livro possui uma grande unidade e é uma bela confirmação de excelente poeta que és.²⁴ Envio-te um poema que escrevi após a leitura final. Obrigado pelo teu livro e pela tua pronta resposta. Por aqui nada de novo, todo o barulho que por aqui se faz são fogueiras de palha. Um abraço amigo do

Egito Gonçalves

Goy C / 1469

Porto, 7 de Novembro de 1962

Caro amigo,
Estimei saber que já vais melhor de saúde. Espero que isso continue, para bem da poesia espanhola. Enviei, conforme me indicaste, um exemplar dos *Treinta poemas* ao Giacinto Spagnolleti. Espero que lhe agrade.²⁵ Escrevo-te esta carta sobretudo para te perguntar como vai a tua tradução do Salvador Espriu *La Pell de Brau*.²⁶

Estou a preparar alguns cadernos de traduções de poetas estrangeiros e, tal como combinemos ai, o livro do Espriu interessa-me. Quando puderes enviar-me a tua tradução, agradeço-te. Aguardo as tuas notícias e, entretanto, envio-te um grande abraço de amizade e camaradagem,

Egito Gonçalves

Goy C/ 1470

Porto, 21 de Novembro de 1962

Meu querido amigo
Recebi a tua carta, estimo saber que estás bem e passo a responder.
Sobre a antologia da *Poesia espanhola*, creio já ter dito que está prestes a sair. Já vi as provas, ainda antes de partir para férias. O volume está pronto e creio apenas que estão a demorá-lo para aproximar do Natal o seu lançamento.²⁷ Trata-se de um editor que lança sempre perto do Natal cerca de trinta livros diversos. Irá para ti um exemplar logo que apareça.
Aceito esperar até Fevereiro pela *Pele de toro*. Só te agradeço que não te esqueças de me enviar um exemplar, porque aqui não chegam as edições do Ruedo Ibérico.
Quanto aos *Cadernos de Tradução* que estou a preparar, tu estarás incluído, como aliás outros amigos espanhóis. No entanto eu não posso garantir que os cadernos saiam. Até agora não arranjei editor. Preparo os seguintes cadernos: Ángel Crespo, André Frénaud,

Nicolae Vaptzarov, Bertold Brecht, Rita Boumi Papa, Rodolfo Alonso, Jean Todrani, etc. Tu e Celaya estão no programa. Vamos ver.
Entretanto, fui convidado a ser correspondente no Norte, (o que equivale de certo modo a tomar um pouco as rédeas da organização) de um agrupamento em início, que pretende chamar-se qualquer coisa com Centro Ibérico de Cultura ou nome semelhante –agora não me recordo ao certo–. Terei uma entrevista com os organizadores portugueses nos princípios de Dezembro. Mas preciso de ter antes uma informação

tua: estão metidos nisso uns catalães, Llorenç Vidal, Vega Jordan e creio que também o Cucurul.²⁸ Necessito saber alguma coisa dos dois primeiros. Se são gente séria, se são anti-fascistas e as suas obras tem valor. Podes informar-me disso?
Parabéns pelos livros teus que vão sair em Itália. Um poeta italiano, Gilberto Finzi, começará a traduzir-me no próximo ano. Vamos a ver se saio também eu por lá. Um abraço amigo do

Egito Gonçalves

²⁴ Debe ser: José Agustín Goytisolo, *Años decisivos : poesía 1954-1960*, Barcelona: Literaturas, 1961. Se trata de una edición revisada de sus tres libros publicados anteriormente : *El retorno*, *Salmos al viento* y *Claridad*.

²⁵ Giacinto Spagnoletti era a la sazón el director general de la editorial Guanda. Fue por su encomio que José Agustín Goytisolo publicó en dicha editorial *Prediche al vento e altre poesie* (1962) en la traducción de Adele Faccio.

²⁶ José Agustín Goytisolo fue el traductor al español de *La pell de brau* en una edición de Ruedo Ibérico (Paris, 1963), con cubierta de Antoni Tàpies. La traducción al portugués del poemario de Salvador Espriu aparecerá en un contexto histórico extremadamente sensible de la mano de Manuel de Seabra, el mediador de referencia entre la cultura portuguesa y la catalana; Salvador Espriu, *A pele de touro* (Lisboa, Dom Quixote, 1974). Sobre los avatares de dicha traducción, cf. Víctor Martínez-Gil, «Cartes de Salvador Espriu a Vimala Devi i a Manuel de Seabra» *Els Marges*, 76 (2005) p. 79-105.

²⁷ Finalmente, los poetas incluidos en la antología fueron, y por el siguiente orden: Gabriel Celaya, Blas de Otero, Leopoldo de Luis, Vicente Gaos, Victoriano Crémer, Carlos Bousoño, Eugenio de Nora, Gabino-Alejandro Carriedo, José Hierro, José María Valverde, Ángela Figuera Aymerich, José Manuel Caballero Bonald, Manuel Pinillos, Miguel Labordeta, Julián Andúgar, Ramón de Garciasol, Ángel Crespo, Gloria Fuertes, Carlos Barral, Jesús López Pacheco, Ángel González, Claudio Rodríguez, José Agustín Goytisolo, José Ángel Valente y Jaime Gil de Biedma.

²⁸ El poeta y activista pacifista mallorquín Llorenç Vidal i Vidal estaba en aquel momento al frente de los cuadernos literarios *Ponent* que, en su primera etapa (1956-1974), de setenta y dos números, publicaron diversas traducciones de autores de lengua portuguesa. Fue en su seno que se editaron las separatas poéticas La Font de les Tortugues, cuyo número 16 fue dedicada a *Poetes portugueses d'ara* (Palma de Mallorca, 1961). La selección de esta antología poética fue a cargo de Manuel de Seabra y, la traducción, de Fèlix Cucurull. Se incluyeron los siguientes poetas: José Gomes Ferreira, Domingos Monteiro, Natércia Freira y Carlos de Oliveira. Cucurull dispone de una dilatadísima relación con Portugal y, suponemos, que en buena medida intervino en la mediación entre Llorenç Vidal y Egito Gonçalves. Llorenç Vidal incorporó al equipo de *Ponent* al médico hondureño Rolando A. Vega Jordán quien publicó obra propia para este proyecto editorial y también traducciones de lírica precolombina.



ALMERINDA PEREIRA. José Saramago. 2014

ADRIANO DUQUE

Sinfonías y correspondencias entre Octavio Paz y Aquilino Duque

El 30 de agosto de 1982, escribía Octavio Paz a Pere Gimferrer una carta donde le daba cuenta de una reunión de poetas en la Universidad de México y su visita a Middlebury College, donde había conocido a Jorge Guillén y a don Fernando de los Ríos. En la postdata de la carta, Octavio Paz, enterado sin duda de la relación que Pere Gimferrer tenía con Aquilino Duque, se refería a la caricatura que Aquilino Duque había hecho de él en su novela *La linterna mágica* y le decía: “Te confesaré que, a pesar de todo esto, Aquilino Duque me parece inteligente y que encuentro que sus juicios políticos y literarios son, casi siempre, acertados. Es apasionado pero no mezquino—creo. Ahora me ha dejado una colaboración para *Vuelta* que publicaremos en un número próximo. Pero el personaje me ha interesado y quisiera saber más de él”.¹

El primer encuentro entre Aquilino Duque y Octavio Paz se remonta a 1968, cuando Octavio Paz se hallaba de embajador en Nueva Delhi. Instado por Jorge Guillén y María Zambrano, Aquilino Duque se presentó en su casa y a raíz de esta visita, inauguraron una relación epistolar que se extendió, con notables silencios, hasta poco antes de la muerte del nobel mexicano. Ambos escritores volverían a encontrarse con en Málaga en 1987, coincidiendo con el final del Congreso de Poetas Antifascistas que había tenido lugar en Valencia el 31 de julio de 1987.

Relación de grandes altibajos, en una carta de 1981 Aquilino Duque le reprochaba a Octavio Paz sus prolongados silencios, y los achacaba a una ironía exagerada que le había llevado a exagerar ciertos claroscuros, pero aprovechaba también para confesarse de las coincidencias que lo habían llevado a coincidir en algunas apreciaciones sobre la obra de Luis Cernuda, en lo que José Ortega y Gasset llamaba sinfronismo, y que don José explicaba como una “coincidencia de sentido, de módulo, de estilo, entre hombres o entre circunstancias desparramadas por todos los tiempos.”²

Aquilino Duque achacaba la poesía moral de Cernuda a sus antipatías personales, pero reconocía en él una poesía “en la que van trenzadas la esencia del lirismo y la palabra popular, la hondura máxima y la sencillez suma.”³ En su intervención en el homenaje que la ciudad de Sevilla dedicó a su poeta predilecto el 4 de mayo de 1988, Octavio Paz se refería precisamente a la figura de Luis Cernuda y destacaba la complejidad de un personaje capaz de sobreponerse al oportunismo de las instituciones que evocaban su recuerdo: “En el caso de Cernuda, -decía- el mismo impulso contradictorio que lo llevó a romper con amigos, situaciones, ciudades y países lo llevó también, en 1936, a alistarse como voluntario en las milicias populares. Se fue a la sierra de Guadarrama con un fusil y un tomo de Hölderlin en

¹ Octavio Paz, *Memorias y palabras. Cartas a Pere Gimferrer 1966-1997*. Ed. Pere Gimferrer. Barcelona: SeixBarral, 1999. 231-232.

² José Ortega y Gasset, “Azorín, o primores de lo vulgar.” *El espectador*, Madrid: Biblioteca nueva, 1950. 222.

³ Andalucía Crítica 32.

la chaqueta. ¿Disparó? Me inclino a creer que si lo hizo fue un disparo al aire”.⁴

Para Aquilino Duque, el conformismo ideológico era incompatible con el oficio de escritor, y en carta de 8 de abril de 1983 le explicaba al mexicano que para él, la ideología política coincidía muy a menudo con el conformismo ideológico, y que el único capaz de combatir esta ideología era el escritor: “En los años 50 éramos antifranquistas casi todos los plumíferos, lo que pasa es que no todos usamos el antifranquismo para hacer carrera, ya que el antifranquismo, entonces como ahora, es el sucedáneo del talento. Otra cosa que encubría era la nostalgia del bolchevismo, y en ese sentido todos hemos sido alguna vez “objetivamente” algo idiotas.”⁵

Durante los años ochenta, Aquilino Duque colaboró en más de una ocasión con la revista *Vuelta*. En uno de sus artículos más importante, “El retorno a la nada: más sobre nihilismo y pacifismo” (7: 83), Aquilino Duque glosaba un artículo de Paz, “Pacifismo y nihilismo” que había aparecido en *El País* el 11 de agosto de ese año. En dicho artículo, Octavio Paz denunciaba el paso de un marxismo socialista a una nueva forma de ideología dogmática impulsada por los movimientos pacifistas de principios de los 80 y abogaba por una reflexión que rompiera la vuelta a un orden ya perdido: “Tal vez el Occidente ya está maduro para una crítica semejante a la del budismo, aunque en sentido opuesto: no la crítica de la ilusión del ser sino la crítica de la ilusión del tiempo. ¿Nos dejará Rusia consumir esa crítica y así renacer o aguarda a los hombres una oscuridad más larga y bárbara que la que cubrió a Europa después de la caída de Roma?”

Frente a la visión imperialista de Europa, Aquilino Duque le reprochaba a Paz “el lugar común progresista” con el que terminaba su artículo y ponía el acento no en la caída de Roma, sino en la de Bizancio, re-

clamando el espacio que la religión había tenido en la formación de la historia europea.⁶

Un año más tarde, el 10 de enero de 1984, Octavio Paz escribía nuevamente a Aquilino Duque y se disculpaba por su largo silencio, poniendo una distancia prudencial con las opiniones de Aquilino Duque. En dicha carta escribía: “Estoy avergonzado: le debo una muy larga carta, en respuesta a las tuyas y a sus comentarios. No siempre estoy de acuerdo con usted pero todo lo que dice me interesa o más exactamente, me incita y me provoca. ¿No es ese el propósito del verdadero ensayista?”⁷

Impenitente viajero, donde más coincidía Octavio Paz con Aquilino Duque era en su percepción de la tradición y la proyección de una curiosidad que trascendía el localismo y el patrioterismo de las manifestaciones culturales. Estando aún en la India, Octavio Paz le recomendaba a Aquilino Duque la lectura del libro de A. L. Basham *The wonder that was India*, un recorrido por la cultura del subcontinente indostánico anterior a la llegada de los musulmanes.

Pasados algunos años, Aquilino Duque enviaba a Octavio Paz copia de su artículo *La llave de bronce de Antonio Mairena*, donde relataba, en clave de memoria personal, sus vivencias en el mundo del flamenco y que serviría de base al libro *La era de Mairena*.⁸ Nada más recibir el ensayo, Octavio Paz se apresuró a enviárselo a José de la Colina, editor con Eduardo Lizalde de *El Semanario Cultural* del diario *Novedades* de México: “No sabe cómo le agradezco el envío del sugestivo y ameno (los dos adjetivos se complementan) ensayo sobre los gitanos. Voy a pedirle a José de la Colina que lo reproduzca en su suplemento: me encantó. Yo creía que los gitanos habían llegado a Europa mucho antes pues según Basham (*The wonder that was India*) hay noticias de que actores de la India (¿gitanos?) bailaban y cantaban en la corte del Gran Rey. Pero es plausible



que los gitanos, tal como los conocemos, hayan salido de la India después del saqueo de Delhi por Tamerlán. ¿Conoce Vd. el relato de Clavijo, el embajador español ante la corte de Tamerlán, en Samarcande? Es un texto apasionante. Yo lo leí, en inglés (!), en Kabul, en la biblioteca de la Embajada Británica, hace ya muchos años. Otra coincidencia turbadora: Sigiriya es una roca enorme y sobre ella un rey parricida construyó una fortaleza casi inaccesible. En Sigiriya,- sobre una pared de la roca (es un sitio vertiginoso) hay unos frescos célebres que recuerdan a los de Ajanta y que representan tal vez unas *apsaras* o divinidades de las nubes- hermosísimas. Abajo de los frescos hay más de un centenar de pequeños poemas en honor de esas enigmáticas muchachas celestes, escritas al correr de los siglos por monjes y visitantes. Otra coincidencia: mientras yo escribía esta carta mi mujer leía un texto de un amigo poeta de Bengala ilustrado con motivos de Sigiriya”.⁹

La visión India de Octavio Paz se resumía no tanto en el descubrimiento de una realidad histórica como en

un la delineación de un proyecto donde las culturas hindú y musulmana se juntaban influidas por la técnica y la economía modernas, sin perder de vista la tradición. Para Octavio Paz, el conflicto entre la tradición y el estado moderno constituía una de las claves esenciales para conocer la realidad india.¹⁰

Aquilino Duque se refirió a la India en un libro muy posterior, *La era de Mairena*, pero allí donde Octavio Paz había vistos fusión entre musulmanes e hindúes, Aquilino Duque reconocía el legado milenario de un estilo que le llevó a improvisar un espectáculo flamenco con otros funcionarios de Naciones Unidas (60). Años más tarde, en 1995, Aquilino Duque volvía a escribirle a Octavio Paz a cuenta de sus memorias de la India, y se volvía a asombrar de las coincidencias estilísticas. “Tú terminas –escribía él- una enumeración caótica con las palabras “cuervos, cuervos, cuervos” y yo terminaba la mía con las palabras “té, té, té.” Estamos condenados a coincidir; el nuestro es el jardín de los senderos que se entrecruzan.”¹¹

4 *El País*, 4 de mayo 1988.

5 Carta de Aquilino Duque a Octavio Paz. 9 de abril de 1983.

6 Carta de Aquilino Duque a Octavio Paz. 22 de agosto de 1983.

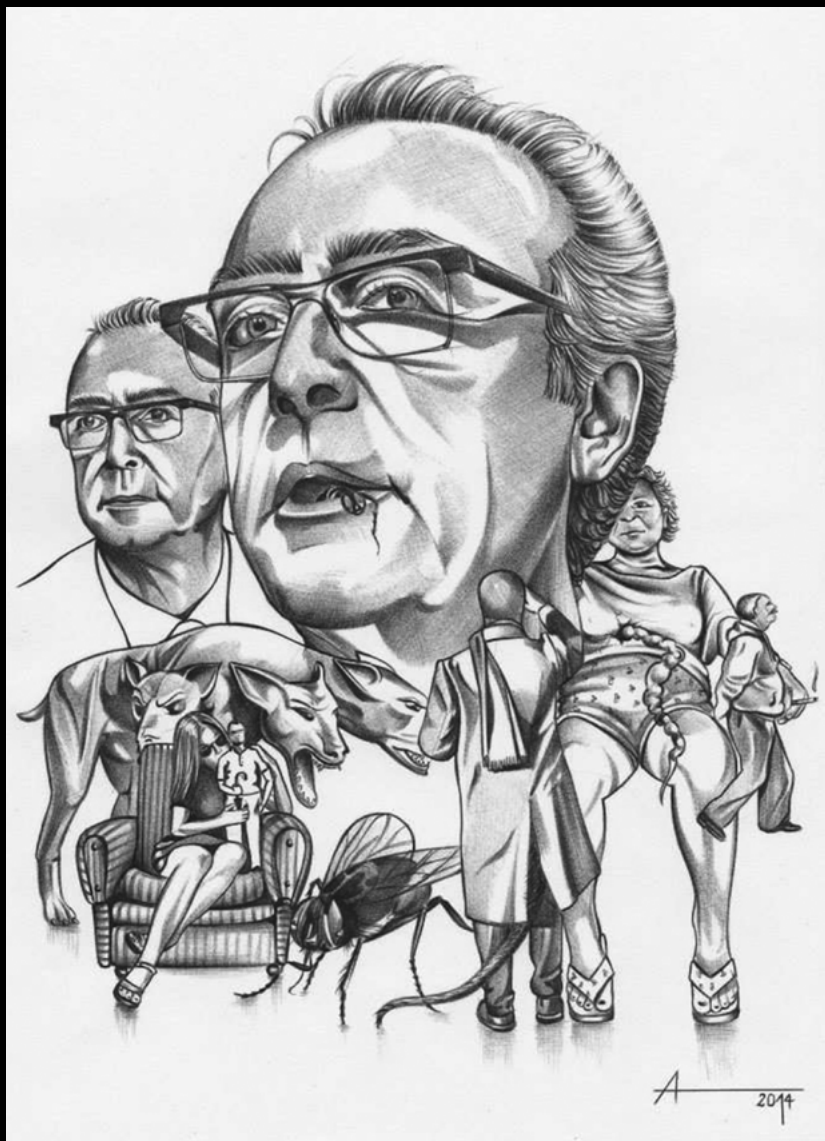
7 Carta de Octavio Paz a Aquilino Duque. 10 de junio de 1984.

8 Manuel Barrios, “La era de Mairena,” *ABC de Sevilla*, 2 de agosto de 1995.

9 Carta de Octavio Paz a Aquilino Duque. 1 de marzo de 1985.

10 Octavio Paz, *Vislumbres de la India*, Seix Barral Biblioteca Breve, Barcelona 2001. 4.

11 Aquilino Duque a Octavio Paz, 3 de agosto 1995.



ALMERINDA PEREIRA. Juan José Milás. 2014

MANUEL NEILA

El comienzo conversable

(SOBRE LA POESÍA ÚLTIMA DE JOSÉ LEZAMA LIMA)

La evolución de la obra lezamiana presenta, como se sabe, tres fases o etapas bien diferenciadas, que se supeditan finalmente a la unidad esencial de la misma. El cambio de la primera fase, o época de *Muerte de Narciso* (1937) y *Enemigo rumor* (1941), a la segunda, o época de *Aventuras sigilosas* (1945), *La fijeza* (1949) y *Dador* (1960), ha de verse como el abandono de la estilización modernista, en beneficio del expresionismo carnavalesco, en el sentido que el semiólogo Mijail Bajtín daba a estos términos. El cambio de la segunda fase, o época de la retórica de la imagen, a la tercera, o época de *Poemas no publicados en libro* (1970) y *Fragmentos a su imán* (1977), ha de entenderse como la renuncia a la experiencia de la obra autónoma en favor de la apertura comunicativa, vinculada a los avatares de la Revolución cubana.

El crítico Abel Enrique Prieto, actual asesor del Presidente Raúl Castro, fue uno de los primeros en estudiar el cambio de rumbo postrero, al que vamos a referirnos en el presente comentario. En su contribución al Coloquio Internacional sobre la obra de José Lezama Lima, celebrado en la Universidad de Poitiers en 1982, advertía al respecto: “*Fragmentos a su imán* recoge lo que podría considerarse un tercer momento en la poesía de Lezama.” Y agregaba: “Asistimos a la lucha entre un andamiaje teórico y retórico que resultaba insuficiente y la voz del hombre que quiere ser escuchado en su humana dimensión.” Y concluía: “Chocan en estas páginas dos lenguajes: el lenguaje lezamiano y un lenguaje poético nuevo que, transido a veces de trémula sinceridad, está ansioso de coherencia y comunicación” (Fundamentos, Madrid, 1984).

EL COMIENZO CONVERSABLE

Con posterioridad a la publicación de *Dador*, el poeta habanero no vuelve a recoger sus poemas en forma de libro unitario. Las composiciones escritas a partir de ese momento aparecen incorporadas al volumen de su *Poesía completa* (1970), que se cierra con un grupo de dieciséis textos, bajo el título genérico de *Poemas no publicados en libro*, y en el volumen póstumo *Fragmentos a su imán*, donde se incluyen las composiciones escritas entre diciembre de 1970 y abril de 1976, fechas de redacción de “Desembarco al mediodía” y de “El pabellón del vacío”, respectivamente. Lezama, que rechazó desde el principio cualquier tipo de limitación formal —incluida la del poema, si consideramos los suyos como fragmentos de una totalidad plena de sentido, de un discurso poético unitario—, prescinde al fin del libro en tanto forma superior, organizada y autónoma, al menos en lo que tiene de organización externa.

Los poemas no publicados en libro anticipan, por una parte, los registros familiares y cotidianos, tan abundantes en *Fragmentos a su imán*, y por otra parte, el tono desesperanzado, pesimista, sombrío que dominará a partir de este

momento en el desarrollo general de su obra. La actitud expansiva, de apertura al mundo exterior, dominante aún en “Telón lento para arias breves” o “La prueba del jade”, se equilibra con la más reconcentrada, de ahondamiento en la intimidad, que observamos en otros poemas como “El número Uno” o “Mi hermana Eloísa”. El concepto, la idea suelen ocupar ahora el centro de tensión interior del poema, sin que esto suponga un abandono de la imagen, sin que esto prive al poeta de su volutuosidad sensorial.

Esa actitud expansiva —tan evidente en “Proverbios” o “Minerva define el mar”, por citar dos nuevos ejemplos— se halla en vivaz e intrincado contrapunto con la más concentrada de introspección en el ámbito de lo íntimo, que emerge en otros textos de la colección. El poema titulado “Mi hermana Eloísa”, inaugura la serie que el poeta cubano dedica a sus seres queridos —completada con “La madre”, “Eloísa Lezama Lima”, “Mi esposa María Luisa”, “La mujer y la casa”, de *Fragmentos a su imán*—, en la que los requerimientos cotidianos y los toques de ternura —el “comienzo conversable”, para decirlo con el poeta— son empleados con destreza:

Comienzo porque sé que alguien me oye,
la que oyó mi nacimiento.
Mi madre, estoy muy ahogado,
voy a quemar los polvos,
despiértame cuando llegue Eloísa con su hijo.
(“Mi hermana Eloísa”)

Del mismo modo, las composiciones agrupadas bajo el título de “Décimas de la amistad” anticipan las características formales —empleo libre de la estrofa clásica— y el tono popular que se continúan en “Décimas de la querencia” —también dedicadas a sus amigos— y “Amanecer en Viñales”, de *Fragmentos a su imán*. Muy cercano a este grupo —en *Dador* ya había aparecido “Primera glorieta de la amistad”— pueden situarse los poemas panegíricos con que el poeta agasaja a sus buenos amigos, y que ésta colección anuncia con la antológica “Oda a Julián del Casal”.

En otros poemas hace acto de presencia el tono desesperanzado (“Las doce / —eructo de los palotes fantasmales— / en el frío terciopelo del naufragio”, en “Los cordeles”) y la angustia vital (“Todo va hacia el turbión, / los fragmentos no podrán alzarse / con el botín ni con el instante / del pestañeo al bañarse en el agua solar”, de “Vueltas en la parrilla”), aspectos que teñirán de un contenido pesimismo esta última etapa de su obra y, en particular, las piezas de *Fragmentos a su imán*.

En la serie de *Poemas no publicados en libro*, Lezama Lima reflexiona, desde la perspectiva que le confiere su plena madurez vital y artística, sobre el sentido de la amistad, en el caso de que hubiera que buscarle alguno (“El momento en que llega la muerte a la amistad, / aunque la amistad sigue su incesante caminata”, en “El número Uno”) y sobre la significación histórica del poeta (“Pues todo poeta se apresura sin saberlo / para cumplir las órdenes indescifrables de Adonai”, en “Oda a Julián del Casal”), motivos característicos de *Fragmentos a su imán*. Conviene detenerse en estos poemas, los cuales resumen el vivir del hombre desde perspectivas diversas, para apreciar mejor el alcance de esta última etapa de la obra lezamiana.

Ya desde el mismo título de “El número Uno” —alusión a la carta primera del Tarot, cuya figura, el jaguar, se identifica aquí con “el prestidigitador, el farsante”— Lezama expresa la importancia que confiere a la figura del poeta, así como el camino de iniciación en que consiste al fin y al cabo la existencia. Dicho esto, resulta obligado referirse al uso particular y frecuente que Lezama hace de las cartas seculares del Tarot, como ha indicado Magali Fernández Bonilla, para fundamentar la estructura de *Paradiso*, su verdadera biografía espiritual. Al igual que el capítulo primero de la cele-

brada novela, el poema que comentamos se fundamenta en la carta primera del Gran Arcano, tomándola como símbolo del poeta y su formación espiritual. Al referirse a su propia experiencia, la alusión a la muerte del padre era inevitable:

Te preocupas mucho, recuerda de tu padre
que se murió tan joven,
ésas son las cosas que tienen importancia,
lo demás es pasajero, lo demás es poco,
muy poco, ¡tan poco!

Ni la amistad ni el amor pueden sustraerse a una certidumbre de semejante calado. El sujeto poemático podría haberse conformado con esta convicción dolorosa. “Pero hay una envoltura superior / a nuestra decisión y a la palabra”. Más allá del desilusionado vivir, el poeta busca la revelación de una realidad trascendente que intuye e inventa (el término “inventar” debe tomarse aquí en su acepción etimológica de “hallar”) en el reino poético de la imagen. Así puede leerse en la sección VI: “Dichoso voy entre nieblas / que así desatan el árbol”. Y concluye el poema: “Dichoso voy en la niebla, / avanza caballo blanco. / Voy huyendo y traigo a la noche / con la cabeza inclinada”. Este final climático, leído bajo la perspectiva de su creencia en la resurrección poética, presenta evidentes concomitancias con el de *Muerte de Narciso* (“Así el espejo averiguó callado, así Narciso en pleamar fugó sin alas”) y con el último poema de *Fragmentos a su imán*, “El pabellón del vacío” (“Me duermo, en el tokonoma / evaporo el otro que sigue caminando”), lo cual pone de manifiesto la constancia de su pensamiento y la fidelidad del escritor al sentido evolutivo de su obra.

Como hemos anunciado hace un momento, el tema clave de “Oda a Julián del Casal”, uno de los textos capitales del conjunto, es el sentido histórico del poeta. No sería ocioso decir que, al referirse al poeta romántico, Lezama nos habla de sí mismo y de todos los poetas. Esta intuición viene corroborada por el empleo de un material biográfico, evidente en la segunda estrofa. Él mismo ha relatado cómo pasaron al poema el “reno de la escribanía” y la “manilla de ámbar”, objetos descubiertos en el cuarto de su abuela poco antes de fallecer. También apoya esta interpretación el cambio brusco de personas verbales —segunda y tercera del singular, y primera del plural— a lo largo del desarrollo poemático. Perseguidor de imágenes en vida, el poeta sobrevive después de muerto en calidad de imagen. Y así puede decirnos el autor:

Los frascos de perfume que entreabriste,
ahora te hacen salir de ellos como un homúnculo,
ente de imagen creado por la evaporación,
corteza del árbol donde Adonai
huyó del jabalí para alcanzar
la resurrección de las estaciones.

LA POSIBILIDAD INFINITA

La colección póstuma *Fragmentos a su imán* vino a coronar la trayectoria poética de Lezama, una de las empresas literarias más originales de las letras hispánicas del siglo pasado. Los poemas que componen el libro,

ordenados cronológicamente, giran en torno a un núcleo temático fundamental: ese *imán* hacia el que convergen los fragmentos de la existencia que se interroga y medita su corriente; y que podría formularse como el examen del vivir personal y humano, realizado desde la perspectiva de la madurez vital y artística. Análisis que el poeta —conocedor de las intuiciones seculares del Tarot, refrendadas posteriormente por la psicología moderna— proyecta en su doble vertiente: una exterior, de exaltación del mundo y la cultura (vía solar), y otra interior, de introspección en el ámbito de la interinidad (vía lunar).

Lo primero que nos sorprende en relación a la obra precedente, e incluso a los poemas no publicados en libro, es la sensible disminución del hermetismo críptico, de la complejidad expresiva en suma. Sin abjurar del impulso místico-panteísta de su primera época, unido de manera inextricable al culturalismo prodigioso tan peculiar en su obra, los poemas de esta colección parecen surgir de una situación biográfica más próxima. No se trata ya de la elaboración de los datos biográficos que puede observarse en algunas piezas anteriores, como “Rapsodia para el mulo”, de *Enemigo rumor*, “El arco invisible de Viñales”, de *La fijeza* u “Oda a Julián del Casal”, de *Poemas no publicados en libro*. Ahora siente la necesidad de comunicar lo más próximo, empleando un lenguaje directo, transparente a veces. Este proceso de esencialidad, lejos de significar una fácil concesión al lector, aumenta si cabe la tensión del discurso.

Apertura al mundo exterior e indagación en sí mismo son, pues, los polos de ese imán en torno al cual se vertebran las composiciones de esta última entrega. Lo primero le lleva irremediablemente a la celebración y alabanza de la realidad fenoménica, ya sea aprehendida por la vía de los sentidos (realidad aparente) o por la facultad de conciencia primigenia (realidad esencial), confundidas ambas en el orbe de su imaginación mito-poética. Algunos de los poemas mayores del libro (“Retroceder”, “Nacimiento del día”, “Los dioses”) muestran a las mil maravillas la irrefrenable apetencia lezamiana de incorporación del mundo por medio de la imagen:

Qué alegría, qué alegría
qué majestuosa tristeza esa unión
de la respiración misteriosa,
entre la transparencia que se recibe
y la exhalación de las entrañas
que se devuelve.
Esa es nuestra morada,
la pureza que se recibe
y la siniestra semilla que se hunde.
(“Los dioses”)

Como ha podido comprobarse, la “alegría” de la celebración aparece unida íntimamente a “una majestuosa tristeza”, tono dominante en ciertos textos de la colección: “Sorprendido”, “Doble noche”. El poeta ha vislumbrado una certeza dolorosa: “Sabemos, que carcajada, que lo lúdico es lo agónico” (“Virgilio Piñera cumple 60 años”). Tal evidencia sólo puede ser conjurada, como en las culturas antiguas, mediante una carcajada trágica, culminación de la risa que Nietzsche elevó a categoría ontológica. Y así, siguiendo el hilo de Ariadna del discurso poético, nos topamos de improviso con la certeza final:

Con dar ojos y conciencia
a los crepúsculos de la luz, sin apoyarnos

en el terco sustentáculo de la muerte,
hubiéramos sido alegres sin saberlo
respirantes sin ser y sin estar.
(“Nacimiento del día”)

Del mismo modo, cuando el poeta vuelve los ojos sobre sí mismo o contempla a los seres que habitan su ámbito familiar, descubre semejantes motivos de alegría. No son pocos los poemas encomiásticos que aparecen en el libro, iniciándose así un registro que apenas se había insinuado en su obra precedente. Tanto las composiciones que Lezama dedica a sus seres queridos (“La madre”, “Eloísa Lezama Lima”, “Mi esposa María Luisa”), como los que se refieren a la amistad (“Nuevo encuentro con Víctor Manuel”, “Octavio Paz”, “María Zambrano” y, como no podía ser de otra manera, “Décimas de la querencia”), parten de la misma delicada ternura:

Hervías la leche
y seguías las aromosas costumbres del café.
Recorrías la casa
con una medida sin desperdicios.
Cada minucia un sacramento,
como una ofrenda al peso de la noche.
(“La mujer y la casa”)

A esta serie pertenecen los textos más entrañables y sinceros que Lezama ha escrito. Pero el dolor y la soledad interior se acrecientan de manera considerable durante los últimos años de vida. Las circunstancias ambientales (las vicisitudes de la política cubana, el exilio de la familia y los amigos), unidas a los achaques propios de la edad, sumen al poeta en una tristeza insondable. Los tonos sombríos, elegíacos tiñen de patetismo algunos de los textos más desolados del libro: “Estoy”, “Esperar la ausencia”, “¿Y mi cuerpo?”. Véanse los versos finales de este último:

Siento que nado
dormido dentro de un tonel de vino.
Nado con las dos manos amarradas.

La tensión entre el júbilo de la existencia y la angustia vital (así como sus posibles desdoblamientos: presencia / ausencia, inmanencia / trascendencia, plenitud / vacío) caracterizan, como puede apreciarse, la última fase de la obra poética lezamiana. Pero esta operación abstractiva que utilizamos en ningún sentido puede agotar un discurso poético irreducible en su materialidad sustancial, cuyo impulso asimilativo tiende a incorporar la diversidad de lo real (lo próximo y lo lejano, lo material y lo espiritual, la luz y la sombra) en una síntesis “religadota” que no anula la multiplicidad del universo, mediante el poder regresivo de la imagen, es decir, trascendiendo las representaciones nacidas de la experiencia en dirección de lo real primordial.

Su imaginación en estado naciente puede conducirnos, con la mayor naturalidad, al reino de los dioses, es decir, al ámbito irreal de las antiguas cosmogonías: “Los dioses empiezan a salir del mar, / alzan sus caracolas retorcidas, / ladean sus colas verdinegras / donde un delfín brinca y estornuda”. (“Los dioses”). Y con la misma naturalidad que nos presenta una caterva de seres exóticos, nos acerca al círculo familiar, donde los seres y hechos cotidianos

adquieren una significación prístina: “Hervías la leche / y seguías las aromosas costumbres del café. / Recorrías la casa / con una medida sin desperdicios. (“La mujer y la casa”). Lo próximo y lo lejano, lo material y lo espiritual, lo esotérico y lo exotérico, todo hierve en el caldero de cobre de un discurso poético con ansias de totalidad. Véase al respecto el siguiente pasaje:

Allí la mujer blanquísima
no cuidaba del fuego, por la mañana
toda la casa le abría sus puertas al sol.
Donde hervía el caldo de la vida
el toro orinaba las constelaciones
y su cuerpo era repasado por las vírgenes.
(“Nacimiento del día”).

Sólo un espíritu concupiscible como el de Lezama podía ofrecernos un pasaje de tal voluptuosidad. Y esta sería otra de las características del libro que nos ocupa: la complacencia en los placeres concupiscibles, el apetito voraz y el deseo de todos los alimentos terrestres. Así comienza una de las composiciones: “Un apetito que se queda / en el desmesuramiento de la boca. / Un apetito en el sueño, / del tamaño de todo el cuerpo. (“Un apetito”). Se trata del mismo impulso instintivo que le lleva a cantar a la humilde patata en su saco, al cuello de la botella o al ramo de espárragos en poemas como “Se desprendió”, “El cuello” y “Me hace propenso”. La complacencia en los placeres sensuales origina también su pasión erótica (que es al fin un acto de amor concupiscente), tema al que dedica dos hermosos textos: “El abrazo” y “Universalidad del roce”. Si en el primero describe con detallada complacencia el acto amoroso más íntimo, la cópula, en el segundo, el mismo acto adquiere una dimensión cósmica: “La universalidad del roce, / del frotamiento, del coito de la lluvia / y sus menudas preguntas sobre la tierra. / ¡Qué engendros para una nueva raza!”.

Frente a la continua zozobra de la existencia y ante las inevitables limitaciones humanas, la poesía representa la *posibilidad infinita*: en el reino de la sobreabundancia y la metamorfosis constante, Lezama inscribe la posibilidad como imagen soberana. Y a interpretar lo que la poesía representa dentro de su visión del mundo, dedicó tiempo e imaginación. Varios poemas de *Fragmentos a su imán* abordan la actitud metapoética, al reflexionar sobre el poema mismo, sin menoscabo de su profusión de imágenes. En ocasiones, Lezama recurre a la confrontación entre la realidad real y la realidad mental a fin de conseguir el efecto deseado (“Desembarco al mediodía”, “Consejos del ciclón”); otras veces, la reflexión sobre el poema se convierte en el motivo central: “De la contradicción de las contradicciones, / la contradicción de la poesía, / borra las letras y después respíralas, / al amanecer cuando la luz te borra” (“Discordia”).

A MODO DE CONCLUSIÓN

A diferencia de lo que sostiene Abel Enrique Prieto respecto a la cuestionable unidad de la obra lezamiana, estimo que “la impresión de severa persistencia, de fidelidad a toda prueba en la línea emprendida”, no resulta desmentida por la evidente evolución de esa obra. Durante los menesterosos años de la República, Lezama Lima había practicado una literatura distante de la realidad, había tratado lo cotidiano de manera irreal y se había refugiado en

el mito. Con la llegada de la Revolución, abandona parcialmente la experiencia de la obra autónoma, en favor de la apertura comunicativa, en el sentido que el crítico Hans Robert Jauss daba a estos términos. Ahora bien, este cambio de orientación no desmiente la unidad esencial de su obra, sino que abre la experiencia de la obra, y la propia, a la experiencia ajena.

El poeta posmoderno que sin duda fue Lezama Lima se dedicó en cuerpo y alma a desvelar el acto creador. Desde *Muerte de Narciso* a *Fragmentos a su imán*, su poesía nos sitúa en el momento mismo de la creación. En primer lugar, se plantea la elección de una escritura (primera época); a continuación, se entrega a la experiencia de la obra autónoma (segunda época); y finalmente opta por la apertura comunicativa (tercera época). Se trata, en resumidas cuentas, de una aventura poética que va más allá de las convenciones literarias, para moldear una experiencia estética innovadora, cuya dinámica consiste en dejarse llevar por la imagen originaria, sorprendente, fundacional, y cuyo objetivo prioritario es la meditación sobre la obra de creación, con el objeto de que se ponga de manifiesto el sentido último de la actividad creadora.

Joaquim Novais Teixeira, um europeu do século XX

A José Rentes de Carvalho



ALMERINDA PEREIRA. Valler-Hugo Mãe. 2014

Nascido em Guimarães a 21 de Abril de 1899, e falecido em Paris a 7 de Novembro de 1972, Joaquim Novais Teixeira foi poeta, jornalista, tradutor, enciclopedista, cinéfilo, teatrólogo, crítico de arte... A sua vida aventureira e intensa pode apresentar-se em quatro ciclos sucessivos, claramente distintos embora comunicantes e muito marcados pelo tempo histórico e pelos países em que viveu: os seus anos de formação, na cidade-berço e no Porto; o período espanhol, 1919-39; o período brasileiro, 1941-48; o período francês, 1948-72.

Vivendo mais de 50 anos fora de Portugal, em terras de exílio e rodeado por exilados, teve sempre o país no ponto de mira e Guimarães no coração. Alfredo Pimenta pode ter sido um dos seus mentores políticos, em tertúlia no Oriental, exuberante café de Guimarães destruído na década de 1960. Novais dedica-lhe um poema em 1919; e a forma ao permite deduzir uma relação pessoal. Ainda assim, a intensidade do seu envolvimento no movimento restauracionista dito Monarquia do Norte, pouco depois, não ficou esclarecida pelas dezenas de livros sobre este tema (um dos quais inclui uma lista de implicados, identificados ou detidos). O facto de Henrique de Paiva Couceiro (1861-1944) ter sido seu padrinho de casamento em Madrid, quatro anos adiante, deixa claro que Novais manteve relações especiais, mais cedo ou mais tarde, com as principais figuras das tentativas monárquicas de encontrar uma solução política para o caos que a república havia tornado Portugal, mas a descoberta de cartas a António Sardinha veio iluminar de vez o seu

envolvimento profundo com o movimento monárquico, e ao menos uma parte do seu quotidiano nos primeiros anos em Madrid. Falando de «juramento» à Causa, vive em hotéis baratos com pensão de exilado, diz-se pronto para voltar à pátria «de cabeça», recusa entregar-se às autoridades para ser repatriado e preso, fala do seu trabalho numa instituição bancária e até das dissensões e dos egos dilatados que minavam aquele movimento político. Após uma incursão breve ao Porto, ainda em 1919, comenta que Portugal estava «horroroso».

Madrid foi, de resto, no longo período em que Novais lá viveu, o destino de muitos exilados portugueses, de diversas tendências políticas, em especial após 28 de Maio de 1926. Entre estes, assinalem-se o citado Sardinha, António Sérgio, Jaime Cortesão, Fidelino de Figueiredo, e João de Sousa Fonseca. Este publicista de grande fôlego e influência (e também um dos poucos amigos presentes no funeral de Fernando Pessoa, seu colaborador) será parceiro, amigo atento e um considerável estímulo para Novais Teixeira ao longo desses anos. Enquanto editor de *Ilustração e Magazine Bertrand* — e pessoalmente empenhado, também como tradutor, na divulgação da cultura espanhola —, a ele se deve toda uma série de artigos e entrevistas sobre artes plásticas e teatro de Espanha que Novais Teixeira assina de 1927 a 1930, a par de traduções de textos literários de Wenceslao Fernández Flórez e Pio Borja, por exemplo, estes ilustrados por Almada Negreiros. Curiosamente, o trabalho de tradutor literário inspira-lhe então narrativas breves, que nunca re-

tomou. Juntos, Fonseca e Novais haveriam mesmo de traduzir um célebre êxito teatral, *Tarari!* de Valentín Andrès Alvarez, representado em 1930 no Politeama de Lisboa por Maria Matos e outros, e parcialmente traduzido nos *Magazine Bertrand* de Novembro e Natal desse ano. Neste contexto, não será atrevimento dizer que Suroeste. Relaciones literarias y artísticas entre Portugal y España, 1890-1936 (Badajoz, 2010) — apesar do enorme passo — falhou redondamente no destaque devido ao protagonismo de Joaquim Novais Teixeira nas relações culturais luso-espanholas nas décadas de 1920-30. Foi, por exemplo, o único português a colaborar num número especial da crucial *Gaceta Literaria* dedicado a Miguel de Unamuno, de 1930. E escreveu em português. Almada desenhou-o a comprar numa banca *El Sol*, diário madrileno que foi uma grande referência nos meios culturais da altura.

Sousa Fonseca faria mais: secretário executivo da *Grande Enciclopédia Luso-Brasileira*, haveria de trazer para Lisboa o amigo, reconhecidamente qualificado, para reforço da equipa inicial desse empreendimento, de Dezembro de 1935 a Abril de 1936. Apesar de alguns bons novos amigos, como Manuel e Berta Mendes, Lisboa parecia irrespirável: poucos meses antes, Salazar e Carmona assistiam, ali mesmo em frente, no São Luiz, à estreia do filme italiano *Camisas Negras*, um louvor do fascismo, 4000 turistas germânicos da nacional-socialista Força pela Alegria invadiam Lisboa e os «Ecos da Semana» de Carlos Botelho no *Sempre Fixe*, em Março de 1936, e até Correia de Oliveira, o «seu poeta» doutros tempos, dedicava nesse preciso ano *Pátria Nostra* ao ditador nascido e sepultado em Santa Comba Dão. Além disso, já antes Sousa Fonseca lhe atribuíra o posto de correspondente em Madrid no lançamento de um diário lisboeta, *Jornal*, de que sairia apenas o primeiríssimo número, a 8 de Junho de 1929. A sua «carta de Madrid» é dedicada ao pintor catalão José de Togores i Llach (1893-1970). Havia um claro ensejo de aproximação ibérica nas artes e letras.

Determinante foi também o portuense Américo Fraga Lamares, que o nomeou representante em Madrid

da editora Civilização, numa fase de grande expansão empresarial e técnica, e responsável pela escolha e tradução em ritmo acelerado, em 1927, de obras de Alberto Ínsua (1885-1963) e Pedro Mata (1875-1946), entre outros. O *Nuevo Mundo* de 4 de Março desse ano regista o banquete madrileno em que o editor reuniu alguns desses autores, Novais Teixeira e o influente e exuberante Ramón Gómez de la Serna. Dias depois, a 15, Luis Amado Herrero, do *La Libertad*, entrevista o «culto e inteligente» editor portuense, sublinhando a «valiosa ajuda» que lhe presta Novais Teixeira, «senhor que por sua cultura e trato afável soube captar as simpatias da intelectualidade espanhola».

Novais estava muito integrado nos meios culturais madrilenos. Participa em homenagens a escritores e a artistas plásticos, frequenta o Atheneo e o Circulo de Belas Artes, os cafés e as suas tertúlias, vai em excursão de intelectuais ao Escorial... A sua primeira colaboração para *O Comércio do Porto* (8 de Outubro de 1927, pp. 1, 3) tem precisamente como título «Como são julgados em Espanha os novos valores literários». Por mínimo que fosse, a recém-formada Sociedade de Escritores e Compositores Teatrais Portugueses torna-o seu representante em Madrid. Em 1927, Novais está consciente do muito que pode fazer como «jornalista cultural» *avant la lettre* em Madrid, e tenta inicialmente, por interposta pessoa, chegar a uma colaboração deste tipo em *O Século*, que todavia falha. Acabará por cumprir esse desidério programático sobretudo na *Ilustração*, que se lhe refere como «o nosso querido e prezado camarada, prosador irrequieto e nervoso», elogio modernista pela certa. Quando, em Julho de 1928, os modernistas lusos levaram a Madrid num avião Junker o sr. João Franco, empregado de mesa da Brasileira do Chiado, Novais lá está, todo sorridente, como prova uma fotografia do banquete de homenagem. O facto de ter acolhido em sua casa José de Almada Negreiros, «travesso futurista do *Orpheu*» (como lhe chama carinhosamente) e artista vanguardista com actividade intensíssima na capital espanhola, mas vivendo com dificuldades, é merecedora da maior consideração.

Luis Buñuel morava na Gran Vía, perto da sua casa, na Vía del Reloj, mas não foi ainda provado que se tenham conhecido e estimado nesse período: o cineasta trabalhava intermitentemente em Paris e nos Estados Unidos, e o interesse de Novais por cinema era por essa altura muito discreto ou reduzido. Mas não tinha como ignorá-lo: Don Luis escrevia habitualmente na *Gaceta Literaria* sobre cinema e haverá em 1930 todo o escândalo, proibições e meses depois uma projecção elitista do filme surrealista *Age d'or*, radical fronteira estética cujo eco ainda gera perplexidades. Não reconhecemos Novais na fotografia dum banquete de 1923 em louvor de Gómez de la Serna em que Buñuel comparece, nem em outras de repastos do cineasta com numerosos amigos alguns anos adiante. Os seus caminhos podem se ter cruzado durante a guerra civil, quando Buñuel filmou por encomenda oficial ou cuidou de arquivos patrimoniais, mas nada ainda da grande empatia e amizade pessoais das décadas de 1950 e 60.

Com o regresso a Madrid e o início da colaboração pessoal com Azaña na chefia dos serviços de imprensa do governo da segunda república, abre-se um ciclo violento na vida de Novais Teixeira. Rentes de Carvalho, amigo e confidente, haveria de ficcioná-lo num dos seus contos, «Um amor em Sevilha» (1987). Assiste aos horrores da guerra civil e está no olho do furacão da deriva republicana até Barcelona, fugiu a pé pelos Pirenéus, alcançou Marselha, foi metido num campo de refugiados e libertado por acção da embaixada brasileira, vai para Paris, onde já estão Azorín, Pio Baroja e outros amigos ilustres (que aparentemente não encontra), vive em condições precárias essa sua segunda experiência de exilado acochado e sem direcção, assiste à ocupação da cidade pelos nazis e aceita em Setembro de 1940 uma amnistia para voltar a Lisboa, com passaporte específico, que está na Torre do Tombo. Todavia, Novais — que fora vigiado em Madrid por agentes da polícia política portuguesa (as suas relações políticas e de amizade com adversários de Salazar activos em Espanha com algum protectorado do governo republicano colocavam-no sob suspeita) — integrava uma lista

de cidadãos a capturar, e em Vilar Formoso é detido pela polícia política, separando-se então de sua esposa Julia e do filho adolescente, que voltam a Madrid. Transferido para o Aljube, enfiado numa gaveta, aí passou um semestre, para ser interrogado pelo próprio secretário-geral da Polícia de Vigilância e Defesa do Estado, José Catela, assistido por António Rosa Casaco (1915-2006) em início de carreira de torcionário. Num tal aperto, propõe-se ler sobre Auguste Rodin e, saudos do seu Minho, pede a amigos que lhe façam chegar vinho verde tinto. Diz-se que foi movida uma campanha em sua defesa entre jornalistas e intelectuais, mas certamente a tenaz da censura impediu que de tal houvesse reflexos nos jornais, e dos autos e documentos policiais disponíveis nada consta. Em Portugal 1940, uma cortina de triunfalismo histórico balofo ocultava a degradação da vida comum, enquanto a experiência do cárcere político deixara marcas indeléveis. «Não é módico o preço da liberdade», escreveria em registo obliquamente autobiográfico de 1950.

É forçado à saída do país por tempo indefinido e conduzido do cárcere ao navio, levando no bolso um passaporte concedido a 12 de Novembro de 1940. Numa Europa crescentemente a ferro e fogo, com a Inglaterra em risco de invasão germânica, a opção Brasil figurava-se como a única sensata, atendendo à reduzida aptidão linguística de Novais Teixeira (vinte anos depois, García Márquez haveria de lhe dizer «Falas mal todas as línguas em português», *blague* que correu entre amigos). Mesmo assim, o Brasil não lhe era apenas linguística e geograficamente confortável. Permitia-lhe reunir-se a antigos companheiros, com eles recomeçar a vida e o combate político, e ao mesmo tempo beneficiar do «ar de família» criado pela sedimentação de muitas gerações de emigrantes minhotos — a que não era de todo indiferente.

Afastando-se da barbárie da guerra civil e da humilhação do cárcere e da ditadura, Novais encontrou na exuberância tropical, na paisagem paradisíaca da Baía da Guanabara e na afabilidade brasileira, no trato e no acento, um bálsamo para as dores do passado.

Nos cinemas Carmen Miranda, pequena e graciosa do Marcos de Canavases, fazia furor em Technicolor com «Cai, cai», canção do filme *That Night in Rio* em que pergunta: «Quem mandou escorregar?» José Miguel Wisnik, revisitando Oswald de Andrade, comentou que o Pão de Açúcar, celebrado ícone do Rio, precisamente porque «nunca se acaba de entender», nos dá esse algo de «muito concreto» em que temos de nos mirar «para poder re-existir». O importador de livros A. Herrera, da Rua Rodrigo Silva, podia abastecê-lo, sem demora, dos álbuns de arte sobre Ruskin ou Goya comentados pelo seu desconcertante amigo Ramón Gómez de la Serna, encontraria boa comida minhota no Café Lamas ou na Casa Villariño (ou até mesmo em qualquer esquina) e, vimezanense de todos os costados e míope, poderia ser cliente da Casa Guimarães, na movimentada Rua Uruguiana, afinal «a mais popular casa de óculos do Rio», conforme a publicidade.

À pulsão monárquica juvenil e depois ao comentário jornalístico semanal da política espanhola *stricto sensu* sucedia, até pela força das coisas, uma consciência mais globalizada dos problemas contemporâneos, que em Espanha o choque das ideologias levava a extremos verdadeiramente sanguinários. Abre-se assim em Novais Teixeira um interesse maior pela cena internacional, a partir dum ponto de vista periférico, longe dos campos de batalha mas inequivocamente tocado pelo alarme humano em curso.

Sabemos pouco dos seus primeiros passos no Rio. Ainda que anunciada às entidades policiais portuguesas, a sua colaboração com o escritório brasileiro da Enciclopédia, a ter existido, foi efémera. Podemos, todavia, imaginá-lo a frequentar o Café Nice, feudo de jornalistas na centralíssima Avenida Rio Branco, 168, como mostra um divertido friso deles desenhado pelo inconfundível Nássara (1910-96), no *Diretrizes* de 19 de Junho de 1941. Atento como era, não lhe passaria ao largo a bela revista *Sombra*, onde escreviam e ilustravam os melhores, e o arquitecto português Eduardo Anahory já criava fantásticas capas, cujo expoente viam a ser as de Março e Abril de de 1943. Mas, a

chave da sua integração rápida nos meios culturais e jornalísticos terá sido a *Revista Académica*, que havia anos primava pela qualidade, e logo em Julho de 1941 dedica um número especial ao grande poeta mineiro Carlos Drummond de Andrade. Acredito que foi «por aí» que Novais Teixeira se ligou muito rapidamente à nata do jornalismo brasileiro, a que nunca faltaram grandes talentos.

Redactor dessa revista, Moacir Werneck de Castro (1915-2010) foi um deles. Nos seus dois livros memoriaísticos, Moacir, que teve avô visconde nascido em Vila Nova de Gaia, faz referências a Novais, uma das quais, em *Europa 1935. Uma aventura de juventude*, vale a pena transcrever: «Um jornalista português, Joaquim Novais Teixeira [...] refugiara-se no Rio de Janeiro. [...] Tinha uma cultura literária e artística aprimorada em Paris, era admirador de Juan Miró e Antonio Machado. [...] Cantava canções do tempo da guerra espanhola, como a versão anarquista do hino republicano. [...] Fomos vizinhos num prédio da avenida Copacabana, o conhecido 1138, servido por um romântico funicular.» Ambos escreverão por anos nos mesmos jornais. No *Diário Carioca* de 9 de Abril de 1944, Werneck de Castro haveria de proclamar que a *Revista Académica* era uma «trincheira da República Espanhola no Brasil».

Moacir foi amigo e também biógrafo do «exílio carioca» de Mário de Andrade (1893-1945), figura-chave do modernismo e da cultura brasileira do século passado, e Antônio Cândido em relato escrito fez-nos saber da alta estima que Novais tinha pela obra deste Andrade, que muito provavelmente também conheceu pessoalmente, apesar de não restarem provas documentais disso. As pessoas (re)conheciam-se. Tão próximo de Werneck, Novais pode muito bem ter ido ao jantar de homenagem pelos cinquenta anos do escritor Graciliano Ramos, em 1942, a que compareceram, entre muitos, o seu amigo, Manuel Bandeira, José Lins do Rego, Jorge Amado, Cândido Portinari, Gustavo Capanema e a enciclopédia viva que foi Otto Maria Carpeaux.

Novais Teixeira terá acompanhado outra revista muito importante nesses anos, *Clima*, de São Paulo, cujo

primeiro número é de Maio de 1941, pouco depois da sua chegada ao país. No segundo, de Julho, «esta revista, que é uma revista de moços, não pode e não quer ficar afastada da mocidade portuguesa», apadrinha claramente António Pedro (1919-66), promovendo uma exposição dele, dedicando-lhe dois artigos e publicando-lhe um poema dedicado a Afonso Lopes Vieira. Novais publicará aí, em 1944, talvez o seu mais surpreendente texto dessa década: «Bodas de Sangue», sobre García Lorca, que atesta também toda a sua atenção à renovação do teatro brasileiro em curso pelo grupo Os Comediantes, de Nelson Rodrigues e Lucio Cardoso.

Os humoristas tinham então, antes do genial Millôr Fernandes, um marco absoluto no Barão de Itararé (1895-1971). Tal como tantas vezes sucedera em Madrid, Novais Teixeira subscreve a primeira lista de aderentes — ao lado de Graciliano Ramos, Dorival Caymmi, Óscar Niemeyer, Vinicius de Moraes — a um jantar de homenagem ao jubileu do Barão a 9 de Junho de 1944.

O drama e intensidade da guerra criava novas possibilidades para o jornalismo, que não é, como alguns pensam, só propaganda e controlo dos média. Novais aproveita a sua experiência espanhola para integrar e depois coordenar uma agência noticiosa pró-Aliados, muito apoiada pelo governo de Rockefeller, parte da Agência Inter-Americana de Publicidade, que contratava jornalistas de esquerda ao mesmo tempo que anunciava produtos de luxo franceses. Por essa via escreve no *Diário Carioca* ao lado de outros exilados portugueses, muito mais profícuos do que ele. Em finais de 1944, quando o sentido da guerra mundial começa a se tornar favorável aos Aliados, Novais Teixeira surge de repente nas páginas do *Diário de Notícias* do Rio de Janeiro com dois longos e muito incisivos artigos. O jornalista cultural tornara-se um comentador político acutilante. «O coração político é uma víscera como outra qualquer», escrevera ele, precisamente por essa altura, a propósito de García Lorca.

Actividades políticas, propriamente ditas, de oposição ao regime de Oliveira Salazar não parecem ter sido intensas nesses anos. O pesado e longo engavetamento

no Aljube parece tê-lo intimidado (afinal, a ideia terá sido essa!), e veremos que mais tarde, assim que retorna à Europa, Joaquim logo busca saber, em Setembro de 1949, se está ou não autorizado a fixar residência em Portugal, a meu ver apenas um modo subtil de se certificar de que pode visitar Guimarães ou pôr o pé no país sem riscos de tão funesto calibre. Ainda assim, as suas referências são já mais ibéricas que só portuguesas: em 1943 escreve «O fascismo e a Casa de Sabóia» e «A falange espanhola e as suas milícias»; em revistas culturais de prestígio, há colaboração sua sobre Goya e sobre o teatro de García Lorca (acima citada), mas nada de temas portugueses; e é anunciado como tradutor e prefaciador de *Manim, trotamundos*, um livro de viagens europeias de Manuel Martínez Feduchi, secretário da embaixada espanhola no Rio durante a guerra civil — mas cuja efectiva publicação parece incerta, pois foi-nos impossível localizar uma cópia que seja. Não perderá jamais de vista amigos republicanos espanhóis exilados no México, aí dedicados ao jornalismo, a ponto de lhes oferecer durante anos as suas crónicas parisienses, também replicadas no Porto. Entre eles, o tardiamente consagrado escritor Ramón José Sender (1901-82), redactor da *Gaceta Literaria* e de *El Sol* que Rentes de Carvalho confirmou ter sido muito amigo de Novais e seu correspondente prolixo. E podemos ver a mão invisível do velho amigo vimezanense no facto inusitado de *O Primeiro de Janeiro* ter publicado «Picasso e o *Homo hispanicus*» (14 de Janeiro de 1965) de Ramón Sender — ou evocações de Unamuno e Pirandello por Ramón Gómez de la Serna, em Janeiro de 1962.

Os sete anos no Rio deram muito a Novais Teixeira, para além desse convívio com outro nível de jornalismo. Basta considerar a chance de voltar a Paris — à época a grande cidade de referência ocidental —, onde antes vivera muito precariamente e sem rumo, como representante e correspondente de dois dos principais jornais do Brasil, e de por via disso retomar uma presença constante na imprensa portuguesa, por replicação dos artigos enviados. Sobreretudo, recentrou-o na

sua *matriz cultural europeia* e, mais ainda, agregou ao seu círculo de relações pessoais e profissionais portuguesas e espanholas o de escritores, artistas e diplomatas brasileiros. Num generoso apartamento na Rue des Renaudes, bem à vista do Arc du Triomphe, e mais tarde na Place Adolphe Chérioux, junto à Rue de Vaugirard, Novais torna-se «anfitrião gastronómico» de toda essa gente que também se junta para conversar no Café Mabillon, em Saint-Germain des Près, ou no Atrium, dos Champs Elysées. Círculos em expansão contínua, sobretudo quando, três anos depois de estabelecido em França, logo no início da década de 1950 frequenta o périplo mundano e artístico dos festivais europeus de cinema, como correspondente dos jornais já referidos, mas também a serviço de *Cinelândia* e *Cruzeiro*, e tem papel essencial na projecção dos cinemas novos, tanto brasileiro como português, aquele antecedendo este.

Novais Teixeira tornara-se também uma grande referência para o jornalismo português. Aos olhos e ouvidos provincianos do rectângulo, a sua narrativa da guerra civil espanhola a partir do epicentro republicano, a sua carreira jornalística e a posição privilegiada que detinha no *Estado de São Paulo*, o seu empenho anti-salazarista envolviam-no numa *aura heróica, quase mitológica*, ao mesmo tempo que lhe permitia recomendar (o que significa: ajudar e até salvar) muita gente dos jornais e não só: é o caso dos «exilados» do lisboeta *Diário Ilustrado*, entre os quais Victor Cunha Rego (1933-2000), que em 1957 o visita em Paris antes de rumar a São Paulo e depois em 1961 e em 1964-67; e de Adolfo Casais Monteiro e Castro Soromenho. Retoma relações com o casal Vieira da Silva e Szenes, que conhecera no Rio, protege José Rentes de Carvalho e sobretudo António Dacosta — que pintara em 1938-40 uma magnífica *Quermesse Espanhola* sobre a guerra civil —, acolhe o fotógrafo Fernando Lemos, que exilado em São Paulo volta à Europa com uma bolsa de estudos, frequenta os artistas do grupo KWY, do que resultou uma amizade excepcional com José Escada (1939-80) e Lourdes Castro. Júlio Pomar, Jorge

Martins, Manuel Cargaleiro, Eduardo Anahory, Carlos Carneiro (filho de António, 1872-1930), são outros das suas relações parisienses. José-Augusto França, Gérard Castello-Lopes e Nuno Bragança, também.

António Dacosta, pintor e crítico de arte, que começara no *Diário Popular* de Lisboa e transitara pela mão de Novais para o *Estado de S. Paulo*, onde de 1955 a 1980 desenvolveu prosa de artista sobre outros artistas (e também escritores) de alta qualidade e erudição embrulhada numa simplicidade enxuta, que nesse domínio tanto se perdeu, dono duma fina ironia brincalhona que prepassa até os seus escritos, foi o mais excepcional companheiro de Novais Teixeira no período parisiense. «Não devemos à França os mais belos anos da nossa vida. O destino não o quis, mas devemos-lhe, sim, o melhor reconforto que poderíamos ter encontrado para os mais amargos», escreverá em Setembro de 1956.

Escreve ocasionalmente sobre arte e literatura. «Paul Éluard, poeta encarcerado», um obituário de Novembro de 1952, é uma obra-prima de inteligência estética e de coragem política. Gabriel García Márquez, então um talentoso repórter de apenas 28 anos, é seu companheiro na cobertura da Cimeira de Genebra de Julho de 1955 e no festival de Veneza, em Setembro seguinte. Bazin (1918-58), Jean de Baroncelli (1914-98), crítico de cinema do *Le Monde* desde 1953, Gino del Luca (1899-1967), Jean Queval (1913-90), Alain Oulman (1928-90), a socióloga brasileira Maria Isaura Pereira de Queiroz (1918-), e Gilda Cesário Alvim, adida dos serviços culturais da Embaixada do Brasil na capital francesa, foram-nos também indicados como seus amigos parisienses. Bazin acompanharia Novais ao funeral de sua mãe, no Porto, em 1957.

O mundo do cinema ganha progressivo ascendente na atenção e também no reconhecimento de Novais Teixeira. A partir de 1960, dedica-se-lhe por inteiro, abandonando o comentário político. Havia um ambiente extremamente motivador de renovação artística e de debate estético, com uma catadupa de filmes geniais e a emergência do cineclubismo um pouco por toda a parte, além de revistas teóricas e de crítica. O cinema

fazia rodar o mundo, a ponto de em 1964 a General Electric comercializar um aparelho estéreo-radiofónico chamado Cannes, numa ilusão ao famoso festival e seu glamoroso desfile de vedetas.

Sem que nada o fizesse prever, Joaquim Novais Teixeira morreu em Paris no início de Novembro de 1972, após um curto internamento hospital. Por delicadeza ou estoicismo, escondera dos amigos a gravidade do seu estado de saúde. Coube ao pintor Júlio Pomar

avisar o filho de Novais Teixeira, em Madrid, do trágico desfecho. Foi sepultado, a expensas do *Estado de São Paulo* e sob os cuidados pessoais de Miriam Dacosta, no cemitério de Bagneux, também última morada de combatentes da segunda guerra mundial e de abundante comunidade judaica aniquilada pela loucura nazi. Até aí, Joaquim Novais Teixeira coincidiu com o século em que viveu, o qual certa vez caracterizou com a frase «A inteligência do Homem é a maior *blague* do nosso tempo.»



Este texto é uma versão curta dum relatório de pesquisa apresentado a Guimarães 2013, Capital Europeia da Cultura.



Todos los nombres fueron Pilar

Entrevista a Pilar del Río

por JAVIER RIOYO

Todo comenzó con la lectura de un libro que así se inicia: “Aquí acaba el mar y comienza la tierra. Lluve sobre la ciudad pálida, las aguas del río corren turbias de barro, están inundadas las arboledas de la orilla...”. Fue la primera traducción que el escritor José Saramago veía en castellano de un libro suyo. Una de sus novelas inexcusables, *El año de la muerte de Ricardo Reis*. Enseguida se convirtió en un libro de culto. La fascinación por aquel texto que nos llevaba al mundo lisboeta en los años de la Guerra Civil española, que daba vida a uno de los heterónimos de Pessoa, traspasó fronteras e hizo que muchos quisieran acercarse a la Lisboa real de aquellos personajes de ficción.

Ricardo Reis es un metódico médico, apóstol de un nuevo paganismo, exiliado voluntario en Brasil, nihilista y el más complejo de los personajes de Pessoa. Con ese otro yo, ese epicúreo algo triste, con ese extraño descreído de casi todo al que le gusta contemplar el espectáculo de la vida, con ese que prefería las rosas antes que la patria, las magnolias frente a la virtud y la gloria. Con esos materiales humanos, demasiado humanos, Saramago reinventa una vida cerca de la muerte en Lisboa de alguien que nunca existió más allá de la imaginación del poeta. Una Lisboa de lluvias, hoteles baratos, calles abiertas, sombríos callejones, bares y restaurantes populares por los que el novelista hace vagar al poeta imaginario y a su autor, se produce el encuentro nada casual entre el poeta Pessoa y el expatriado Ricardo Reis. Un mundo pessoano que nos atrapa con la escritura más lírica de la prosa de Saramago.

Un libro que conmovió a los lectores de Pessoa y nos sorprendió a la mayoría que nada sabíamos de la obra del futuro premio Nobel, del único que todavía tiene la lengua portuguesa.

Pilar del Río, treintañera, divertida, andaluza, progre y antifranquista, periodista y lectora, tuvo el deseo de conocer a aquel escritor que ya pasaba de los sesenta y que había sido capaz de conmoverla con esa historia verdadera llena de melancolía y de seres reales e irreales. Aquella mujer delgada, morena, apasionada y expansiva, consiguió una cita en Lisboa para hacer una entrevista al serio, elegante y comprometido novelista que había conquistado a muchos lectores con su historia en la sosegada, misteriosa ciudad llena de estatuas, de lugares que guardan los secretos de vida, la imaginación de un poeta que se trataba de esconder creando personajes que también eran él. Ese día, sin que nada estuviera previsto, cambiaron dos vidas. La vida de Pilar y la vida de José.

Fue un catorce de junio de 1986 a las cuatro en punto de la tarde. Esa hora, ese día cambió la vida de una española y un portugués, muy distintos, muy complementarios. El novelista se quedó atrapado por esta andaluza llena de fuerza, de vida y de curiosidades abiertas en muchos frentes. La periodista también pensó que algo podría pasar con ese escritor tan serio, con ese hombre elegante y mucho mayor que ella con el que enseguida había encontrado cercanas complicidades. El escritor poco después confesaría que con “la aparición de Pilar, fue un mundo nuevo el que se abrió... Diría que viví todo lo que viví para poder llegar a ella.

Fotos de José Saramago. Última foto de Manuel Valente

Pilar me dio aquello que yo ya no esperaba alcanzar en la vida... Con 63 años, cuando ya no se espera nada, encontré lo que me faltaba para pasar a tenerlo todo.”

Una semana después el escritor tenía otra cita con Lorenzo Díaz y conmigo. Yo volvía de Sagres, al sur de Portugal, donde había vuelto a leer *El año de la muerte de Ricardo Reis*. Me consideraba un pessoano desde que Octavio Paz y Ángel Crespo nos pusieron en la pista del poeta, del pensador del desasosiego, y estaba admirado con la novela de Saramago, con su capacidad de haber trasladado ese mundo un tanto fantasmal de la ciudad del poeta y sus heterónimos. La cita era en un hotel cercano a la Avenida da Liberdade. También, creo recordar, a las cuatro de la tarde de un día del final de junio del 1986. Saramago era un irónico serio, un comunista elegante y un gran escritor. Después de una hora de charla grabada, que se perdió en algún lugar y que nos tradujo Ángeles Caso, le conté algo de mi viaje portugués, del rodaje de una película en coproducción en la que colaboraba en calidad de actor –uno de los peores de nuestro cine– llamada *Mientras haya luz*. El director era Felipe Vega, la producción de Gerardo Herrero, su primer largo, y del portugués Paulo Branco. Además de Marisa Paredes, estaba en el reparto la actriz portuguesa Teresa Madruga, a la que todos adorábamos por su papel de camarera en *La ciudad blanca* de Tanner. Nuestro rodaje había terminado y llegué a Lisboa en mi coche con Teresa Madruga y con el también director de películas raras, de series de TV y amigo de la infancia, Pepe Ganga. Ninguno de ellos había leído esa novela de Saramago y les extrañó que eligiera el hotel Bragança, entonces un destartalado hotel cerca del Cais do Sodré, en Rua do Alecrim y con vistas a una calle trasera de reconocida “mala vida”. Les dije que era mi particular homenaje a Ricardo Reis. Teresa conocía muy bien esa zona, allí al lado se rodó gran parte de la película de Tanner, en el British Bar, que todavía conserva ese inquietante reloj con las horas en sentido contrario. Nada que ver con los relojes de la casa de José y Pilar en Lanzarote, que están parados a las cuatro de la tarde: “Es la hora en que Pilar y yo nos

dimos cita por primera vez. Pilar es el centro de mi vida desde que la conocí. Fue idea mía parar los relojes de esta casa a las cuatro de la tarde. Eso no significa que el tiempo se haya quedado ahí, sino que es como si el reloj marcara la hora en la que el mundo empezó.” Pedí la misma habitación de Ricardo Reis, la 201.

En recepción me miraron como a uno de esos viajeros excéntricos, me ofrecieron otras mejores, yo me empecé en que fuera esa. Modesta, algo destartalada, con un viejo armario y una cama para pocas alegrías, pero era esa. La misma desde la que Ricardo Reis podía leer, una especie de cipo funerario, “de piedra rectangular, embutida y clavada en un murete que da hacia la Rua Nova do Carvalho, diciendo en letra de adorno, Clínica de Enfermedades de los Ojos y Quirúrgicas, y más sobriamente, Fundada por A, Mascaró en 1870.” Esa era la habitación, mi mitomanía ya estaba servida, ya me sentía preparado para entrevistar al autor que había recreado esa vida final de un personaje que alguna vez vio la vida de la mano de Fernando Pessoa.

La entrevista transcurrió con la capacidad que tiene Saramago de contar sus verdades, con su pasión literaria unida a un compromiso civil. Hablamos de sus lecturas españolas, del desencuentro entre las culturas ibéricas, del papel de Pessoa en la literatura del siglo XX, del carácter nihilista de Reis, de sus novelas que estaban a punto de ser traducidas al español, *Memorial del convento*, *Alzado del suelo*, y nos habló de la que estaba terminando, *La balsa de piedra*. La entrevista había acabado pero, tomando un café en el bar del hotel, sin grabadora, nos preguntó si conocíamos a Pilar del Río. Claro que la conocíamos, al menos sabíamos quién era y que teníamos amigos comunes. Creo que hablé de Juan Benet, de Jesús Quintero no recuerdo bien. Sí recuerdo que él, con una apenas disimulada sonrisa, dijo: “Es una mujer muy brillante”. Y yo inmediatamente le contesté: “Sí, y muy guapa”. Como ni Lorenzo Díaz ni yo nos dedicamos a la prensa del cotilleo no hicimos averiguaciones para saber nada más. Sí nos dimos cuenta de que aquello era algo más que un halago a la periodista. El escritor portugués, al

contrario que su admirado Pessoa, si se atrevería con el amor. Al cabo de unos meses ya se corría por los mentideros literarios que Saramago y Pilar tenían una relación. Ninguna sorpresa para mí. Aquella anécdota fue algo que siempre me hizo cómplice de Pilar del Río, mucho antes de que fuera Pilar Saramago. Un apellido que tampoco es el de José, que fue producto de un descuido de su padre, que dio por bueno el apellido en el registro de lo que era el mote familiar, se debería llamar José de Sousa, pero el funcionario añadió Saramago, que era el apodo de la familia en Azinhaga. Así se quedó para enfado de su padre y regocijo de José. Un nombre que no existió y que fue el nombre de un escritor para la historia.

Cuando le conté a Saramago que yo había pasado la noche en el hotel Bragança, en la misma habitación que Ricardo Reis, me miró con más atención, como un entomólogo puede mirar a un bicho no catalogado, y me dijo: “¿Has pasado la noche en la habitación donde nunca durmió alguien que nunca existió?” Fue entonces, cuando se creó una suerte de confianza, de complicidad, que me preguntó por Pilar del Río. Muchos años después, con Celia e invitados por Pilar, pasamos un fin de año en su casa de Lanzarote. Como siempre con Pilar las cosas eran fáciles, divertidas, relajadas y con buen vino. Había familiares portugueses y españoles, una cena excelente, copas y las famosas uvas de las doce que tomamos con el reloj de la Puerta del Sol y por televisión. Noté que a José empezaba a sobrarle toda aquella fiesta, las campanadas, las uvas –que no son costumbre en Portugal–, las copas y las voces cruzadas. Alguien dijo que teníamos que preparar otras uvas para tomarlas a la hora canaria. Había que repetir el rito. Todos lo celebramos, más champán, más uvas, más deseos, pero José ya no pudo más. Ni Pilar le convenció razonando que era la hora de donde vivían y, además, la portuguesa. Que las otras horas eran de los godos, de los castellanos. No hubo manera. Educadamente se despidió y nos dijo que quería leer y escribir. Subió a su estudio y nosotros seguimos los ritos de esa segunda oportunidad de pasar otra vez de un año a

otro. Tiempo después me encuentro con esta anotación en sus *Cuadernos de Lanzarote*. “31 de Diciembre. Escribo entre las doce de la noche y las doce de la noche. La Península ya entró en 1995, aquí nos quedan veinte minutos de 1994 para vivir. En Canarias no hacemos las cosas por menos: necesitamos veinticuatro campanadas para pasar de un año a otro. Los amigos que vinieron de Portugal y de España miran desconfiados los relojes, por poco dirían que no saben dónde se encuentran. De uno de ellos, Javier Ríoyo, periodista y escritor, sé que durmió hace diez años en el Hotel Bragança de Lisboa, en la cama que fue de Ricardo Reis. El tiempo es una tira elástica que se estira y se encoge. Estar cerca o lejos, allá o acá, solo depende de la voluntad. En la Península ya se apagaron los fuegos artificiales. La noche de Lanzarote es cálida, tranquila. ¿Nadie más en el mundo quiere esta paz?”

Yo he conocido la paz de Pilar y de José. He sido testigo en Madrid, Lanzarote, Lisboa, Barcelona de lo que es vivir con amor cada día. Lo que ella significó en la vida y en la obra de Saramago. He disfrutado de su compañía, de los acordes, de su complicidad, sus risas y de algunos desacuerdos. Sobre todo políticos. Todavía recuerdo una discusión en el Café Gijón, eran los tiempos de Anguita y su pinza. José defendía al califa comunista de Córdoba. Yo no lo podía entender. Ni siquiera entendía el ser comunista después del muro, ni siquiera antes. Pero Saramago nunca renunció a su militancia. Yo insistía en que su palabra, su papel, su prestigio podía servir más a causas distintas desde la izquierda. Él no se apeaba, yo tampoco, Pilar todo lo armonizaba. No eran nada parecidos, eran sencillamente complementarios. También eran cómplices. Recuerdo una cena en un viejo restaurante del Barrio Chino barcelonés, José había presentado un libro en compañía de su amigo, y camarada por libre, Manuel Vázquez Montalbán. José estaba eufórico, alegre como siempre que le rodeaban mujeres. Estaba sentado entre dos muy simpáticas, creo que una era traductora de sus libros al alemán, y Pilar, Vázquez Montalbán y yo estábamos enfrente. Al ibérico Saramago se le iban las



Fotografía de Juan Ramón Iborra

manos por debajo de la mesa. No escondía sus gestos, casi todos nos dábamos cuenta. Pilar la primera y más relajada. Manolo Vázquez Montalbán, con su timidez y prudencia, lo que no le eximía de ningún pecado, me señalaba la escena: “Mira, mira la mano de Saramago, creo que Pilar se va a dar cuenta.” Yo le tranquilizaba asegurando que Pilar ya había visto la mano de José y que no le daba mayor importancia. Sabía que ella era su verdadero pilar. Que su complicidad, su amor era más que la de una esposa, amante, compañera, amiga. Contó literariamente la historia de ese flechazo en *La balsa de piedra*. Siempre mantuvo que su relación era otra cosa, más allá de esas categorías. Así lo he visto con envidia y durante décadas.

El tiempo ha pasado, José murió. Y lo hizo, como casi todo lo importante en su vida, al lado de Pilar, consciente y contestando a su mujer que ya presentía el final: “Sí, te oigo.” Fueron sus últimas palabras. No fueron palabras épicas, no les hacían falta. Eran dos seres humanos que se habían levantado del suelo, superado insidias, envidias e incomprensiones. También habían sabido sobrevivir al éxito, al reconocimiento, a las ventas, al Premio Nobel. Dos complementarios que supieron vivir felices en su voluntario destierro de Iberia, de la Península. Años felices en Lanzarote, en compañía de sus perros Pepe, Greta y Camoes, entre amigos, familia o en su soledad bien acompañada de una vida llena de proyectos, de libros, traducciones.

Pilar no es una mujer nostálgica, no vive en el pasado, no ha perdido su energía ni su capacidad para hacer que José siga vivo en sus libros, en sus obras de teatro, sus memorias y sus poemas. Vivo sigue en las casas que compartieron. En la quevedesca del centro de Madrid. En la de Lanzarote, llena de sus recuerdos de vida, de trabajo, con su biblioteca, un lugar imprescindible para los que quieran acercarse a un espacio íntimo que se abre a todos, si bien hay que conocer los caminos que llevan a Tías, puesto que cerca y sin señalar se encuentra la casa-museo. Como muy vivo está en su casa de Lisboa. Un pequeño chalet en un barrio de ensanche de los tiempos del Estado Novo. Pilar di-

vide su vida entre ellas. Tres casas, tres ciudades a las que hay que sumar sus escapadas a Sevilla, a Brasil, México, Nueva York, Hispano América y cualquier lugar de Europa donde se la reclama cuando se recuerda, se traduce o se homenajea a Saramago. Ella no va de viuda, mantiene el recuerdo de su vida, de su obra, de su ser un ciudadano comprometido. Mantiene la memoria de Saramago y de José. El que pase por Lisboa debe hacer un alto en la Fundación Saramago de la Casa dos Bicos, un edificio de vieja nobleza, recuperado y abierto a toda clase de actividades culturales, de debate, de un pensamiento crítico y comprometido. Cada dos años hay un premio de narrativa con el nombre de Saramago y se edita una revista cultural digital, Blimunda. Cuando uno piensa en la actividad que despliega Pilar hay que conocerla para entender que verdaderamente José se encontró la mejor compañera para la vida, para mantener con ardor la obra y el pensamiento del premio Nobel. Es fuerte y delgada, vegetariana que no desprecia un buen vino, mantiene su independencia, sus amigos y no huye de lo necesario de la vida social y cultural portuguesa o española. Mantiene amigos desde sus primeros años de periodista e incorpora a los amigos portugueses de José, amigos que ya son suyos. Se la puede ver cenando muchas noches con Eduardo Lourenço, el más europeo de los pensadores portugueses, con los jóvenes escritores, políticos, editores, músicos o cineastas. Pilar es un paisaje de la vida lisboeta. Prefiere hablar español a ese idioma que conoce muy bien pero que no quiere dañar, por respeto a Camões.

Confieso que he bebido, reído y disfrutado con Pilar muchas veces en esta ciudad a la que llegamos hace tres décadas para conocer a un autor. Ella, después de muchos viajes del escritor a Andalucía, de muchas idas y venidas, se instaló en esta ciudad que hace algún tiempo también es la mía. Ya no es la ciudad de Ricardo Reis, ni la de Pessoa –aunque yo viva al lado de una de sus casas, de su fundación–, pero sí es una ciudad donde te puedes encontrar a sus fantasmas. Quizá sorprendidos observando quiénes son ahora los habitantes del Chiado, los turistas tomando los viejos tranvías, la

Alfama resistiéndose a convertirse en un parque temático, la Baixa en remodelación y decadencia, el río lleno de corredores y terrazas, los miradores con pleno de turistas haciendo la misma foto. Todo lo resiste esta ciudad que una vez conoció la muerte de Ricardo Reis que nunca existió.

Lejos de los turistas, en la casa de Pilar, comenzamos una charla que pretendí ordenada. Incluso que pensé en grabar. Ni una cosa, ni otra. Lo primero por nuestro propio desorden de vidas y complicidades que se cruzan. Lo segundo por mi lucha con las máquinas, sobre todo con las muy inteligentes de ahora. En cualquier caso, intentaré poner en orden, y en su propia voz, algunas cosas que ese domingo hablamos. Conversación que pronto se interrumpió para comer con amigos en un restaurante popular y barato del barrio. Había quedado con sus amigos José António Pinto Ribeiro, exministro de cultura portugués e inquieto abogado, letrado y atento a todo. Con su mujer, Anabela Mota Ribeiro, una de las periodistas con mayor proyección en la vida cultural portuguesa. Se unieron Manuel Valente, director de la editorial Porto, la que ahora publica las obras de Saramago. Y con su mujer, Maria do Rosário Pedreira, responsable de la histórica editorial Dom Quixote. Se habló del mundo editorial, de sus problemas y de la esperanza por una nueva generación capaz de encontrar su sitio más allá de la sombra de Saramago Y de la mala sombra, por lo peculiar del personaje que no se corresponde con su escritura, de Lobo Antunes. Después se recordó la llegada del primer Nobel portugués de literatura para Saramago. Y, como tantas veces, de las reacciones de la sociedad más conservadora ante la aparición del polémico *El evangelio según Jesucristo*. Las reacciones de una casta que condenaba al escritor sin haberlo leído. Les molestaba que se declarara comunista, tan iberista como internacionalista, y siempre un buscador de la libertad en el arte, la escritura y en la sociedad. Les molestaba que humanizara los evangelios, que los acercara a otra verdad no secuestrada por le fe y los convencionalismos.

“José nunca fue convencional. Siempre huyó de lugares comunes. De capillas, incluso de las suyas. No

dejó de ser comunista, pero siempre crítico, siempre apostando por la libertad, que no la entiende sin la justicia. En eso coincidía con muchos amigos notables por su escritura que no les hizo perder su perspectiva, el recuerdo de lo que fueron aunque ahora vivieran rodeados de comodidades. José coincidía con García Márquez, con Manolo Vázquez Montalbán o con Jorge Amado. Con ellos, con muchos más, compartió complicidades de vida, de política, de análisis de la realidad”

Sigo hablando con Pilar en su casa de lo españolizado que estuvo José. “Su interés por España ya estaba cuando yo llegué a su vida. Yo no le españolizo, él era ya un iberista. Recuerda el papel que la Guerra Civil tiene en *En el año de la muerte...* El homenaje a Miguel Hernández tan explícito en *Levantado del suelo*. Él ya era muy buen lector de la literatura española, Cervantes, Clarín, Unamuno, Valle, Torrente, Plá, Cunheiro. Cuando yo trasladé mi biblioteca a nuestra casa resultó que tuvimos muchos libros repetidos. Desde siempre leía en español. También fue un raro afrancesado que no estuvo ajeno a la cultura anglosajona. Pero sus mayores cercanías culturales fueron el español, de los dos lados, y lo italiano de Pavese, Italo Calvino o de su amigo tan lisboeta, Tabucchi, sin olvidar su admiración por Kafka. Lo que sí ya es producto de mi influencia es su residencia en Lanzarote. Una isla que le fascinó desde el primer viaje y enseguida decidimos hacer allí nuestra vida. Eso, aunque esté lejos de la península, aunque viviéramos con nosotros mismos a pesar de las muchas visitas que recibimos. Pero antes, a partir de los años ochenta, apunta en sus libretas las películas que veía, muchas americanas, pero también españolas como las de Camus, Berlanga, Bardem, Buñuel.

Y su curiosidad le hace estar también atento a los nuevos, a Eduardo Mendoza, Javier Marías, Almudena Grandes, Rosa Montero, Landero, Vila Matas o Marsé, a quién admiró mucho. Y, por supuesto, al mundo americano en español, más allá de Borges o de Sábato, del que fue buen amigo, conoce a los del *boom* y a sus epígonos. Él no fue un iberista en el sentido decimonónico, pero sí consideraba que deberíamos unirnos en el

transiberismo. Superar el iberismo con lo que nos une a América, África. Le interesaba el concepto del sur. El sur entendido como lo que está del Río Grande hasta la Patagonia. Ese sur que une a tantos millones de personas que proceden del mestizaje con las culturas ibéricas, tan parecidas y tan diferentes.”

Pilar sigue recordando su elegancia natural, su ser casi un *british* nacido en un pequeño pueblo, Azinhaga, del Ribatejo. Aunque creció en Lisboa, nunca dejó de pasar los veranos y mucho tiempo en aquel pueblo de sus abuelos. “Nunca olvidó su procedencia, nunca olvidó cuáles eran sus orígenes. Todo eso lo hizo literatura, su entorno familiar, la casa con suelo de barro, la cama de los abuelos que se compartía con los animales para darles calor, la ausencia de libros, de todo eso nace parte de su literatura y su mirada al mundo. Voluntariamente eligió no olvidarse nunca de dónde vino. A él siempre le gustaba repetir que de alguna manera seguía de la mano del niño que fue. No olvidarse del frío, del hambre, de las necesidades. Siempre fue también aquel niño que vivió en una casa con una puerta y una sola ventana al exterior. Todavía hay en Azhinaga muchos recuerdos de José.”

El Evangelio y otros disparates

Saramago es desde hace algunos años el autor portugués más leído y traducido de la lengua portuguesa. Recibe numerosos premios, viaja por medio mundo, siempre acompañado por Pilar. Su voz, siempre crítica, se escucha en foros que no sólo son los literarios. Se ha convertido en un personaje, con un discurso no complaciente para muchos de sus compatriotas más conservadores. Y nada querido para el gobierno presidido por Aníbal Cavaco Silva.

“Una de las mayores alegrías últimas que este país me ha dado –sostiene Pilar– ha sido ver terminar la presidencia de Cavaco. Y la llegada al gobierno de una izquierda que es capaz de pactar, de ponerse de acuerdo. Un ejemplo en el que nos podríamos mirar los

españoles. Pero Cavaco no se fue sin dar otra patada a la memoria de José, nadie sabe por qué condecoró a António Sousa de Lara, un político que como gran mérito tiene el haber sido el responsable directo del veto a *El evangelio según Jesucristo*. Se equivocaron, no sólo no consiguieron que el libro desapareciera sino que por las censuras el libro tuvo un impacto mayor que ningún otro suyo. José, tan profundamente portugués aunque de espíritu cosmopolita, no aceptó el veto para que *El evangelio...* compitiera por el Premio Literario Europeo representando a su país. El tal Sousa, subsecretario de Estado de Cultura entonces, dijo que el El evangelio... y el propio escritor, no representaban a Portugal ni a los portugueses. Se le acusó de atacar los principios del patrimonio religioso de los portugueses, por tanto de atacar sus esencias. También se le acusó de ser comunista y de que el libro estaba mal escrito. ¿Los políticos perseguidores convertidos en críticos literarios? Saramago les llamó inquisidores, de volver a comportamientos anteriores al 25 de Abril. Lo vivió como una pesadilla, como si no fuera posible, como si no le estuviera ocurriendo a él. Fue triste, indigno y le causó estupefacción. Unos meses después, decidimos dejar Portugal, instalarnos en el municipio de Tías, cerca de una hermana mía. Y en un lugar que José siempre admiró. Aquello nos pareció el paraíso. Allí, decía José, estaba el mejor ejemplo del primer día del mundo y de cómo puede ser su final. Esa tierra volcánica que nos da una imagen de una belleza terminal. Recuerdo que nos visitó Susan Sontag y, cuando paseamos por aquellos paisajes, la escritora americana dijo que allí hubiera situado su novela volcánica que sitúa en el Etna.

Fuimos muy felices en Lanzarote, con algo de desterrados voluntarios, en un lugar exótico de Iberia, en una tierra a la vez feroz y amable. Allí está la casa abierta, la Fundación, su biblioteca, sus recuerdos. Está abierta y mantenida por mí, sin ayudas públicas y sin siquiera señalización, aunque el peregrinaje de lectores curiosos que, como nosotros, quieren acercarse más al universo del autor es cada vez mayor. A algunos poderosos, a



los que mueven los negocios del turismo, del capital y a algún político canario, ahora en caída libre y fuera, les molestaba la defensa de la isla que hacía siempre José, una defensa que tenía que ver con el espíritu de lo que en otro tiempo había comenzado César Manrique. Es decir, que nosotros fuimos extranjeros de nosotros mismos, doblemente desterrados por los gobiernos, por los políticos a los que molesta la voz crítica.”

Recuerdo una vez en Lisboa, paseando con Pilar y José por el Chiado, por el Barrio Alto, cuando estaban recién construidas las torres de As Amoreiras, un centro de tiendas modernas, con cines, restaurantes de comida rápida y todo lo habitual en esos complejos, que José ya se quejaba de la sistemática destrucción del espíritu de la ciudad, con un intento de uniformar, europeizando y americanizando Lisboa.

“No era un retrógrado. No quería que la ciudad permaneciera en su hermosa decadencia, pero sí era un defensor de las esencias, del espíritu de Lisboa, de esa uniformidad de una ciudad que todo lo vende para el negocio turístico. Las ciudades y los ciudadanos tienen que ser respetuosos. Ahora se está vendiendo todo al mejor postor y creo que ese no es el camino, ni la mejor solución.

José fue una voz molesta hasta el final de sus días. Después del premio Nobel su voz, sus opiniones tuvieron más altavoz y a muchos les molestaba con su manera de decir las cosas, con su auto destierro. Me llama la atención que, casi seis años después de su muerte, no hay político que le cite oficialmente. No aparece en ningún discurso político, como si su manera de decir las cosas todavía pudiera causar heridas. No lo cita ni el presidente Marcelo Rebelo de Sousa, que fue su amigo a pesar de las diferencias políticas, ni ningún político de relevancia. Espero que ahora cambien las cosas, que Saramago deje de ser políticamente incorrecto. Han asimilado a Pessoa, a Helder, a Sofia de Mello Breyner, pero no a José Saramago. Quiero decir que no se le cita en ningún discurso institucional. Hay una parte de la sociedad portuguesa que, aunque no lo hayan leído, lo rechazan, le critican y le niegan.”

¿Era José un producto de los portugueses del 25 de Abril, de aquel espíritu de lo que pudo ser y no fue? “No, al menos no exactamente, él ya estaba muy formado en los tiempos de la Revolución, aunque abrazó su causa, también discutía mucho con algunos de sus políticos más conocidos. Curiosamente, discutía menos con Soares o Sampaio que con su camarada de partido, Álvaro Cunhal. Siempre mantuvo una excelente relación con algunos de los artífices del 25 de Abril, especialmente con Vasco Gonçalves, de quien tenemos en la Fundación de Lisboa su biblioteca particular. Siempre consideró el espíritu del 25 de Abril como un momento de gloria que después se va traicionando, también por los partidos de izquierda. Por todo aquello escribió *Levantado del suelo*, porque fueron días levantados y principales de la mejor historia portuguesa, aunque terminaran convirtiéndose en otra cosa. Como siempre, los pobres volvieron a su pobreza y los ricos a sus riquezas. Con los políticos españoles estuvo más cerca de entenderse con Suárez que con Felipe González. Por su puesto se llevaba bien con Anguita, aunque discreparan en muchas cosas.

“Sintió mucho la enfermedad de García Márquez. Eran muy cercanos. Lo visitó hasta el final. Incluso cuando ya Gabo advertía que quizá al cabo de un rato ya no lo reconocería más y su conversación se fuera por los Cerros de Úbeda.”

Juntos hicieron una pareja insólitamente feliz. Les separaban muchos años, eran de culturas diferentes pero se empeñaron en llevar la contraria a eso de España ni buen viento, ni buen casamiento.

“Yo creo que esas diferencias y otras muchas nos unieron aún más. Él era reflexivo y sabio, autodidacta. Y yo soy la irreflexión y la espontaneidad, aunque pasada por la facultad. Yo aprendí a cortarme, a escuchar y reflexionar. Pero ya sabes que los buenos propósitos se olvidan al día siguiente. Por mi culpa, o gracias a mí, él también se hizo más espontáneo. Digamos que tuvimos un aprendizaje mutuo. Y José fue lúcido, vigoroso y atento hasta el final de sus días. Era un hombre de un dandismo natural, de una elegancia que podría

ser genética. En realidad él no sabe bien de quién desciende, su abuelo fue dejado en un torno, era “hijo del pecado”. Yo le decía que era posible que descendiera de algún británico que paseara o hiciera negocios por el Ribatejo.

Ya sabes que no hay nadie que se llame Saramago. Eso de tener de apellido un mote familiar siempre le hacía gracia. Cada día le echo de menos, cada día estoy con él y sé que tengo mucho trabajo por delante para conservar como se merece su memoria, sus palabras y sus pensamientos. Al final, cuando llegó la degradación, cuando vivía atado a las drogas, a los paliativos, me decía: “Ni me curo, ni me muero de una puta vez!” “Me pidió que sus cenizas estuvieran en el jardín

de Lanzarote. Pero le convencía para que estuvieran cerca de mí. Y así es, están frente a mi ventana de la Fundación de Lisboa, frente a la casa de los Bicos, bajo un olivo.

Tuvo un humor a prueba de desgracias. No le importaba hablar de la muerte porque consideraba haber tenido una vida que mereció la pena. Se reía por ejemplo con esa noticia de que un seguidor del Betis llevaba las cenizas de su padre, también forofo bético, a los partidos en un tetrabrik. Eso le divertía e impresionaba. Como la historia de uno que quiso que le enterraran en El Corte Inglés porque era el único sitio donde había sido feliz. Nos hemos reído mucho. Tenía un gran sentido del humor en su vida y en su obra, por más que lo quisiera esconder con su aspecto a veces serio, casi grave. Era capaz de convertir todo en ironía, hasta la muerte. Y no se perdía el programa de Wyoming, se llevaban muy bien. Aunque lo que más le encantaba era aquella chica china de Utrera, siempre le gustaron las mujeres, a mí no me importaba, yo estaba segura de su amor.”

–Tú, además de esposa, amante, secretaria, cómplice, también fuiste su traductora a partir de Ensayo sobre la ceguera.

“Eso fue producto de un accidente. Basilio Losada, su traductor más constante, se puso enfermo. Había que entregar la traducción de *Ensayo sobre la ceguera*,

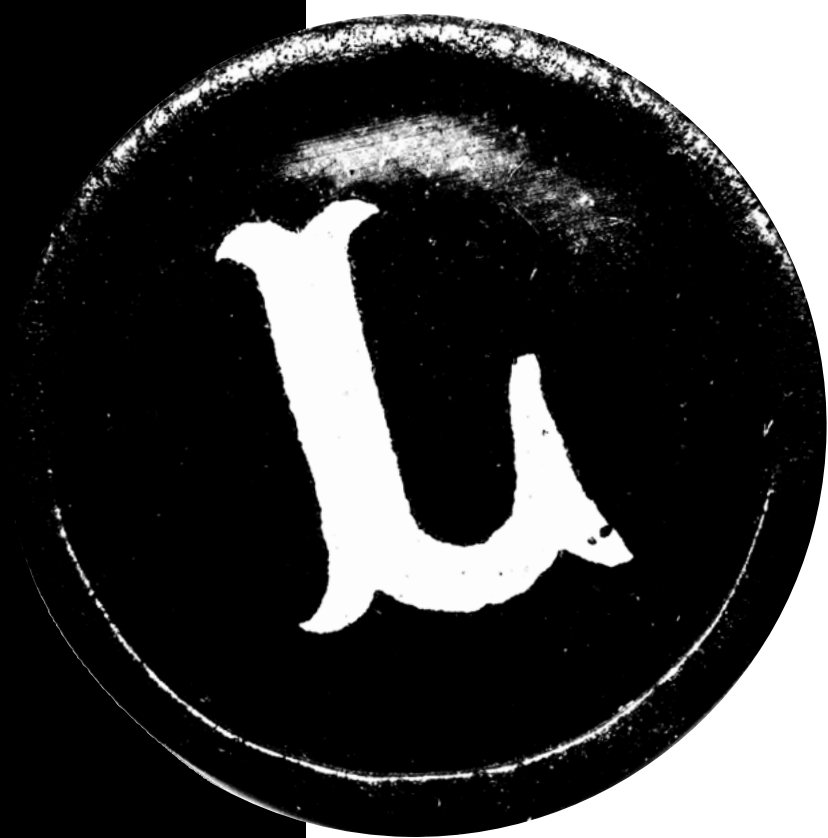
y yo me puse a trabajar en ese libro, siempre con su ayuda. Y así seguí con los demás. A Basilio le dio tiempo de terminar su libro sobre José, tenía problemas en la vista y, cuando se recuperó, ya estaba yo avanzada en la traducción. Y ya sabes el refrán: “el que se fue a Sevilla, perdió su silla”. Pero todo fue amistoso y bien comprendido. Mi verdadera colaboración con la obra de José, además de las traducciones, se limita a dos observaciones: en *La caverna*, donde hice que cambiara la palabra “billete” por la de “entrada”; y en *Todos los nombres* le avisé de que el teléfono funciona sin electricidad, que si no había luz no se podía usar una máquina de escribir eléctrica. Ya ves que han sido dos intervenciones “fundamentales” en su obra”. Pilar también sabe mantener ese humor serio, irónico y punzante que tantas veces usaba Saramago en la vida y en la obra.

Pilar no para. Siempre tiene las puertas abiertas de sus casas para los amigos, eso lo saben bien Bertolucci o Almodóvar, Vargas Llosa o Carlos Fuentes, Eduardo Galeano o Sebastião Salgado, por citar alguno de los que pasaron por su vida en Lanzarote. Ahora, como si no le bastara con llevar dos fundaciones y el legado de José, también sigue traduciendo a alguno de los novelistas jóvenes premiados con el Saramago de narrativa. Se ocupa de la revista de la Fundación, *Blimunda*, que tomó el nombre de uno de los mejores personajes de la narrativa de José, de *Memorial del convento*. Coordina las intervenciones, aunque tiene un equipo fiable, cercano, que da la impresión de ser más un grupo de amigos que colaboradores en la Fundación de Lisboa. Además, tiene un especial empeño en hacer la Declaración Universal de los Deberes Humanos. Lo hará, lo defenderá aquí o en la ONU, en el cielo o en el infierno. De eso no tengo la menor duda. Pilar del Río, la mayor de quince hermanos, que estuvo cerca de ser monja y que es, como Santa Teresa, una trotaconventos. Sus pasiones son las librerías, los congresos, los foros de discusión, las radios o las televisiones. Nunca usará el nombre de José en vano. Nunca dejará mientras ella viva que se extinga la voz del escritor que se despidió con unas palabras sobrias: “Sí,

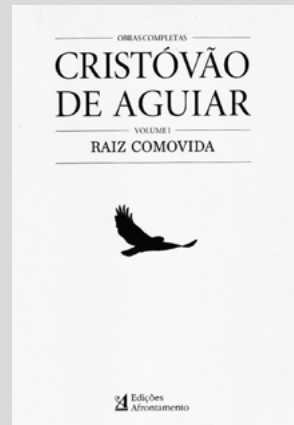
te oigo.” Así le gustaba vivir a Saramago, escuchando a Pilar y haciendo escucharse por ella.

En Lanzarote, con la ayuda de su hijo Juanjo, el hijo que Pilar tenía antes de conocer a José. No tuvieron hijos, aunque José lo hubiera deseado, pero ha sabido mantener la familia, la memoria y el espíritu de José en el lugar que se mereció ese singular ibérico que hizo más grande el idioma de Camões. El de Pessoa. El mismo

que ya siempre también será recordado como el idioma de Saramago. El mismo idioma en que escribió un libro que leyó una joven andaluza, el libro que cambió sus vidas. Ahora, desde un ventanal de Lisboa, Pilar mira cada día un olivo centenario. Debajo están las cenizas de José, polvo serán, más polvo enamorado. Hay al lado del olivo una frase final de *Memorial del convento*: “No subió a las estrellas porque a la tierra pertenecía”.



**ELOÍSA ÁLVAREZ
MARÍA JESÚS FERNÁNDEZ
ANTÓNIO CÂNDIDO FRANCO
MIGUEL ÁNGEL LAMA
ANTONIO RIVERO MACHINA
MIGUEL MOCHILA**



Obras completas CRISTÓVÃO DE AGUIAR

Porto Ed. Afrontamento, 2015.

VOLUMEN I

Raiz Comovida

Dentro del ámbito de las conmemoraciones destinadas a celebrar los cincuenta años de vida literaria de Cristóvão de Aguiar, la editorial Afrontamento acaba de publicar esta *Raiz Comovida*, primer volumen de los trece que constituyen la obra completa del escritor azoreano (San Miguel, 1940), y en el que se integran noventa y siete relatos en tres series: «A Semente e a Seiva», «Vindima de Fogo» y «O Fruto e o Sonho», con una extensión de casi quinientas páginas.

Esos títulos indican ya, en clave metafórica, el fondo temático que configura el libro: se trata de narraciones, de «istoras», conectadas a un fluir biográfico y que, lo comprobamos luego, obedecen a una estructura generalmente abierta. Ese devenir es el de Fernando, narrador central que, secundado por otras voces esenciales, va desvelando un universo maravilloso, su universo, citado en la ficción como Tronqueira, lugar primordial de vivencias del autor en su isla de San Miguel. Se convierte así el libro en un canto colectivo de gran seducción, con el poder de la palabra como prenda rescatadora de un tiempo de memoria al que pretende hacer imperecedero. Y, como tal, más que un texto, palabra escrita y leída, nos parece testimonio sonoro, palabra dicha para el oyente. Una sensación que, en «A Semente a a Seiva» - objeto central de este comentario crítico y Premio Ricardo Malheiros de la Academia de Ciencias de Lisboa 1979 -, parece ayudada por la visión de una infancia envuelta en la fascinación de su entorno familiar y abrazada por ese título que simboliza la raíz de la que brotó esa infancia y la savia que la alimentó.

Los temas se materializan en los usos y costumbres de esa aldea natal, ritualizada por la intensidad de la ligazón afectiva que con ella mantiene el isleño Cristóvão de Aguiar. Las imágenes, deslumbrantes de vida, procedentes de las fiestas del Espíritu Santo y de sus imperios, de la jocosa rivalidad entre las bandas de música, y de los odios fraternales, del mundo de las borracheras, de la escasez doméstica y de la emigración a Estados Unidos, de los amores eternamente desencontrados, de las venganzas inesperadas, en una variedad aparentemente inagotable producida por una imaginación poderosa, parecen querer configurar una verdadera metafísica de las sensaciones.

Y manifestada en una lengua eruptiva que plasma la sorprendente sucesión de paisajes emotivos en donde el magma de los afectos salta con un humor variopinto de sutileza, de mordaz socarronería y también de desgarró e incluso de escatología, brindado por una expresión en apariencia muy elaborada, pero que es naturalmente espontánea. Pues, lo sabemos, el narrador ha mamado esta riqueza de un manantial brotado en la propia isla, identificado también por su hibridismo léxico, hecho de azoreanismos, popularismos y vulgarismos. Más sorprendentemente, por los abundantes neologismos creados a partir de la superposición fonética del inglés americano. Descubrimos así que los «mechins» son las máquinas o que «Batefete», es New Bedford, como «Plimente» es Plymouth, y que «sonababichia», como adaptación de *son of a bicht*, significa «filho da puta», según lo confirma la consulta del glosario añadido en las páginas finales del volumen y que tal vez sea necesario para comprender con rigor el texto.

Pero más allá de la voluntad de hacer pervivir ese universo, otro deseo, fundamental, se inscribe a nivel textual en «A Semente e a Seiva»: el de hacerle justicia al mundo a través de la pluma, según el encargo que a Fernando le propone otro de los narradores, su “ti José Pascoal”. La protesta social constituye así uno de los subtemas que aparece en algunas historias y que identifica motivos como la desigualdad en «A escola» o la explotación del individuo en «O encanamento da água». Veta semántica que se manifiesta en consonancia con la trayectoria personal de Cristóvão de Aguiar, con su fase de colaboraciones publicadas en la revista *Vértice* o con sus críticas a la guerra colonial portuguesa vertidas en la obra narrativa *Braço Tatuado*. Desde esta perspectiva adquiere luz la dedicatoria impresa que en esta *Raiz Comovida* hace el autor a la memoria de sus amigos Paulo Quintela, Luís Albuquerque y Joaquim Namorado. Nombres de intelectuales, ligados como Cristóvão de Aguiar a la Universidad de Coimbra, —algunos de cuyos aspectos no dejó el azoreano de satirizar en *Cadelas e cães letrados* (*Perras y perros letrados*)— y que son personalidades que se inscriben en la afirmación cultural del antisalazarismo histórico que identificó a parte del área humanista de esa Universidad.



Azul Corvo ADRIANA LISBOA

Quetzal, 2012.
Alfaguara, 2014.

Adriana Lisboa (Río de Janeiro, 1970) no es un nombre de la literatura en lengua portuguesa entre los habituales y accesibles al público español interesado en las letras lusófonas. Solo tres de sus novelas han sido publicadas en Portugal por la editorial Quetzal. En 2014, Alfaguara reedita nuevamente *Azul Corvo*. Esta última obra fue traducida al español y publicada en Argentina (*Azul Cuervo*, Buenos Aires, Edhasa, 2011). No obstante, la escritora ha ido construyendo a lo largo de las últimas dos décadas una obra compuesta ya por seis novelas, varios libros de cuentos y de relatos infantiles, además de un libro de poesía, producción bien acogida por la crítica. No en vano la autora recibió el Premio José Saramago en 2003 con *Sinfonía em branco*. Está además representada en varias antologías de cuentos, tanto de autores brasileños (*25 mulheres que estão fazendo a nova literatura brasileira*, organizada por el escritor Luiz Ruffato, 2004) como lusófonos en general (*Lusofônica: la nuova narrativa em lingua portoghese*, organizada por G. de Marchis, 2006).

Azul Corvo es una narración de la memoria y desde la memoria, un relato sobre la experiencia de la movilidad, la vivencia de los espacios y las mutaciones que acarrear en el individuo migrante. Viajes, mapas, travesías, búsquedas y encuentros pueblan la adolescencia de Evangelina, conocida familiarmente por Vanja, personaje principal y narradora en primera persona. Desde un presente de mujer anclada definitivamente en la sociedad norteamericana, Vanja echa la vista atrás para recordarse transitando de la infancia a la adolescencia y de Brasil a los Estados Unidos. Aunque nacida en este último país, la joven había crecido en Río de Janeiro, envuelta en la cultura brasileña materna, con la playa carioca de Copacabana como jardín de juegos. Al fallecer su madre, la muchacha decide volver a su país de origen y buscar a su padre norteamericano, al que no conoce. Esta búsqueda, pauta por varios encuentros cruciales en su vida futura, la llevará en primer lugar hasta el ex-marido de su madre, Fernando, un brasileño afincado en la ciudad de Denver, en Colorado, que figura en la documentación como padre oficial

de Vanja. Con Fernando comienza un recorrido que es, en primera instancia, un itinerario espacial, de Río de Janeiro a Lakewood, barrio periférico de Denver, y, después, por otros estados norteamericanos siguiendo el rastro de su verdadero padre. Sin embargo, este objetivo, que justifica la ida de Vanja para Norteamérica, irá volviéndose secundario a medida que la muchacha va entrelazando su vida con sus compañeros de viaje y con las personas que va conociendo durante el trayecto.

Toda la narración se desarrolla, pues, como un ejercicio de memoria de una Evangelina ya adulta. El discurso describe una línea zigzagueante de anticipaciones, retrocesos y repeticiones, al tiempo que asume un ritmo desigual, lento en tres cuartas partes de la obra y vertiginoso en las ochenta páginas finales, momento en que se narra, al modo de una “road movie”, el viaje tras la pista del padre. A la modulación propia de la novela de viajes, se suman otros registros, como la crónica de tipo periodística o el *collage* de fragmentos enciclopédicos. De todo ello resulta un discurso fragmentario y cambiante, donde predomina la voz de la protagonista, oscilante entre la descripción de la cotidianidad y la autorreflexión.

Aunque con algunas particularidades, puede incluirse *Azul Corvo* en la literatura sobre la emigración, temática omnipresente en la literatura mundial en las últimas décadas del siglo XX y primeras del XXI referida a un contexto globalizado donde la movilidad se erige en una auténtica noción clave para entender nuestro tiempo. Sin embargo, Vanja no es una emigrante que se desplace forzada por la necesidad económica o el anhelo de mejorar su nivel de vida, sino por el deseo de encontrar un nuevo anclaje emocional, tras perder a su madre. Pese a ello, *Azul Corvo* es un novela que explora el sentimiento de extranjería y el extrañamiento del individuo que se “desprende” de su territorio para habitar definitivamente uno ajeno, aunque la temática de la migración sea sobre todo una ocasión para la autorreflexión sobre la propia identidad y no tanto el cuadro social donde se documentan conflictos irresolubles de desencuentro y rechazo entre pueblos y culturas.

Como cualquier enmigrante, Vanja vivirá el choque cultural en diversos aspectos y situaciones, como en las formas de saludarse, en los hábitos y formas de vestir, en la división de los individuos en “popular” o “losers”. Pasados años desde su llegada, continuará a recibir mensajes que le recuerdan que las fronteras se levantan también con gestos y palabras. Sin embargo, la protagonista vive la otredad, la que representan los americanos para ella y, en sentido inverso, la que ella es para los otros sin dramatismos ni traumas. Esa es la actitud que aprenderá de Fernando, quien, después de haber militado en el maoísmo y haber luchado como guerrillero en la selva amazónica, adaptó su vida, estancada en un cómodo letargo, asentándose silenciosamente en el país que representa la esencia misma del sistema capitalista.

La historia de Vanja es la de la construcción de la identidad del individuo en medio de una cultura ajena. Sin embargo, su “mutación” no persigue la sustitución de una cultura por otra, de una lengua por otra o la asunción de una nueva nacionalidad, sueño de la gran mayoría de los emigrantes brasileños. Su enclave vital pasará por descubrir y trazar un mapa de nuevas relaciones afectivas. Así, acabará constituyendo su propia familia, compuesta por Fernando y Carlos, un niño salvadoreño de nueve años, hijo de una familia vecina de emigrantes ilegales. Una familia inusual que resulta de la necesidad de afectos silenciosos y de atenciones que todos sienten, aunque no lo manifiesten abiertamente. Carlos y su familia son la única cara visible de la clandestinidad de los emigrantes latinos en Estados Unidos y también ellos conseguirán una permanencia y una relativa aceptación.

En esta familia de aluvión que forman Fernando, Vanja y Carlos, cada uno es un “otro” extranjero, pero en el descubrimiento mutuo surge la posibilidad de un nuevo comienzo: la muchacha va conociendo a Fernando, descubriendo en sus gestos cotidianos la paternidad que buscaba ansiosamente, pero también a través de él se encuentra con el pasado brasileño. A partir de las conversaciones con Fernando y de los papeles que este guardaba, la narradora va reconstruyendo escenas donde el personaje principal es un Fernando joven, guerrillero entrenado en la China maoísta, miembro de una célula que operaba en la selva y finalmente desertor de un proyecto político que acaba sintiendo inviable. De este modo la memoria individual se articula con la materia histórica relativa al Brasil de la dictadura militar de los años 70 y 80 y se reclama la recuperación de una memoria colectiva ante el olvido o la manipulación:

“(…) hoje em dia todo o mundo está a par de tudo isso. Mas coisas têm um rosto distinto quando vivemos o pós-elas. Quando nascemos tantos anos depois. Quando precisamos que nos informem, que nos expliquem, que nos digam que era óbvio o óbvio que pulou para dentro dos arquivos. As verdades feias foram ao banheiro e retocaram a maquiagem...” (p.49)

Vanja irá forjándose una identidad híbrida, mezcla de espacios y de tiempos. El color azul, que da título a la obra, es puente entre el espacio de la infancia y el que la narradora ha escogido para hacer su vida. El azul evoca el mundo acuático y las conchas de la playa de Copacabana, lugar de la memoria infantil, pero al mismo tiempo el azul es el color de los cuervos de Denver, territorio del presente.

El personaje de Evangelina, con quien la propia autora comparte la experiencia de la emigración, ofrece al lector la oportunidad de aproximarse a un relato sobre la movilidad y la interrogación identitaria que nace de ella, sobre la emigración y las estrategias de supervivencia, sobre la memoria como territorio de la alteridad, aunque será inútil buscar en la novela un compromiso ético de intensidad o una postura decididamente crítica respecto a algunos de estos cuestionamientos. El individuo migrante, habitante de un “entre lugar” (Babha, 1994), representa en esta historia la posibilidad positiva del hibridismo y la concreción de un estatus intercultural, pues la protagonista es en el presente de la enunciación una joven que trabaja en una biblioteca, en la misma en que Fernando fue antes guarda de seguridad. Este local, que Vanja recibe como una herencia simbólica, surge como un espacio de la cultura “otra” que la protagonista ha pasado a habitar como culminación de un recorrido con final exitoso.

Construcción de la identidad y migración, movilidad y encuentro con el otro o recuperación de la memoria histórica son algunos de los temas que nos propone esta novela de Adriana Lisboa. Todos de una actualidad evidente, todos materia apreciada por la literatura de nuestro tiempo que, en los años venideros, continuará, sin duda, siendo explorada con asiduidad.



Uma Admiração Pastoril pelo Diabo (Pessoa e Pascoaes)

ANTÓNIO M. FEIJÓ

Lx., Imprensa Nacional – Casa da Moeda, 2015.

Comece-se pelo título, que é um enigma. Nunca um título soou tão estranho e tão sem sentido como este. Porquê *uma admiração pastoril pelo Diabo* em livro dedicado a Fernando Pessoa e a Teixeira de Pascoaes? O autor no pórtico de abertura dá ao leitor uma indicação para a escolha. *O título do livro é uma citação do conhecido romance de Musil*, diz (p. 7). Homenagem pois ao romancista austríaco. Um enigma, porém, nunca pode ser só celebração – é também charada a necessitar duma chave interior. A adivinha decifra-se aqui trocando a palavra “diabo” por Pessoa. Logo: *uma admiração pastoril por Fernando Pessoa*. Mas *porquê pastoril*? Com certeza pelo destaque que o autor dá ao mais bucólico dos heterónimos, Alberto Caeiro – que em texto dado a conhecer em 1990 (*Pessoa por conhecer*, vol. II) o seu criador identifica com Lúcifer (p. 134).

Basta a interpretação do título para se perceber a riqueza do livro. São sete densos ensaios, seis dedicados ao universo de Fernando Pessoa e um, dividindo os outros em metades iguais, consagrado a Teixeira de Pascoaes. Trata-se pois dum livro maioritariamente pessoano mas dum pessoanismo novo, subtil, rico, estimulante, capaz talvez de renovar, e assim o desejo, um terreno de trabalho que se afundou há muito num vago marasmo documental, sem grande significado nem exaltação.

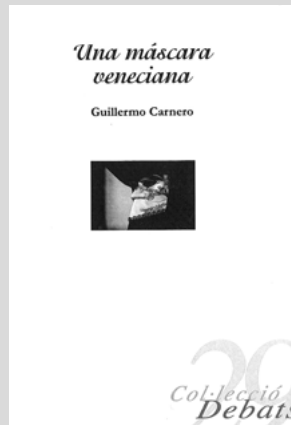
Os pontos fortes destes estudos sobre Pessoa são: a vasta erudição ânglica do autor, que lhe permite observar com nova pertinência um universo muito marcado por pretextos anglo-saxónicos; o recurso à cultura clássica – é notável por exemplo, no final do capítulo III (p. 75), o cruzamento da despedida (escrita) inglesa de Pessoa, já no hospital de S. Luís dos Franceses, *I know not what tomorrow will bring*, com um verso de Horácio (ode, IX 13), *quod sit futurum cras fugere quaerere*; o bom conhecimento que o autor tem da galáxia pessoana e o critério fluído, grandemente elegante, com que a convoca. Porém, o que é digno de nota no conjunto não são tanto os fios que apresenta, mas a forma como os combina, reabilitando tópicos, os mais anti-românticos em geral, que pareciam estafados.

Deixo para o fim Teixeira de Pascoaes, a quem Feijó dedica um dos sete ensaios do livro. A primeira observação a fazer, em livro subintitulado “Pessoa e Pascoaes”, é a desproporção de espaço dum e doutro; Pessoa tem seis de sete capítulos e Pascoaes apenas um, posto que ao longo dos três primeiros,

consagrados a Caeiro, ele surja, como era de esperar, com frequência. Já nos três últimos apenas se regista para Pascoaes uma brevíssima alusão, em nota de rodapé (p. 128). É muito pouco e parece-nos que no capítulo V, “Política sexual”, em que sobressai o *virgem negra* sexualizado por Cesariny, se perde boa ocasião de o convocar.

O capítulo sobre Pascoaes é todavia um estudo denso, articulado e desenvolvido, com observações certeiras, que soube escolher um Pascoaes singular, o pós-pessoano autor das biografias (1934-1945), que é aquele que mais desafia o futuro e o próprio Pessoa, que não teve tempo já de o absorver como “precursor”, categoria de eleição deste livro. O estudo retoma num quadro mais largo mas sem acrescentos essenciais o prefácio que o autor deu à reedição de *São Jerónimo e a Trovoada* (1992). Acrescentou-lhe agora uma nota final em que aproxima o pensamento de Pascoaes do de Harold Bloom. O paralelo entre o deicídio de Pascoaes e a teoria do pai e do filho em Bloom é fecunda e não levanta dúvida. Em todo o caso, esta curta nota (página e meia!) está longe de esgotar, e até de explorar com proveito, o sistema gnóstico dos dois escritores, que do lado português precisa de entrar em conta com um livro do mesmo período, *Duplo Passeio* (1942), a que Feijó nunca recorre, e saber que nem sempre o gnosticismo é o “sistema” de Pascoaes, que tende nos momentos mais tensos para um indeterminismo que parece já escapar àquele.

Por último a única ressalva séria que faço ao livro. Trata-se da Filosofia Portuguesa, que surge em dois momentos, o primeiro no capítulo III, o segundo no IV. Cito o primeiro (p. 62): *Pascoaes foi capturado por uma construção que a si mesmo se designa, numa aparente contradição nos termos, “Filosofia Portuguesa”*. É visível que o autor nunca leu Álvaro Ribeiro, que pouca atenção prestou a Pascoaes e que seria grave dar como seu discípulo, nem José Marinho, que esse, sim, dedicou muita leitura a Pascoaes mas sem “capturar”, sem se fazer servil e sempre acima de debilidades. Todavia este erro de juízo não chega – por ser apenas um pequeno nó num corpo mais vasto e muito mais pensado – para estragar as tantas e tão apreciáveis páginas que o livro tem.



Una máscara veneciana

GUILLERMO CARNERO

Valencia, Institutió Alfons el Magnànim.
Diputación de Valencia (Col·lecció Debats, 29), 2014.

«Oda a Venecia ante el mar de los teatros», de *Arde el mar* (1966), de Pere Gimferrer; y «Muerte en Venecia» o «El Serenísimo Príncipe Ludovico Manin contempla el apogeo de la primavera», de *Dibujo de la muerte* (1967), de Guillermo Carnero, pueden ser, para cualquier lector de la poesía española contemporánea, los poemas más representativos y notorios del *venecianismo* poético de la segunda mitad del siglo XX; por citar los de dos autores incluidos en la antología *Nueve novísimos poetas españoles* (1970) que admiten esa etiqueta. El mismo Guillermo Carnero, en las páginas de este libro que presentamos, solo considerará «venecianos» a otros dos poetas de la generación del 68, Luis Antonio de Villena y Luis Alberto de Cuenca, precisamente, los dos incluidos en la antología de Antonio Prieto *Espejo del amor y de la muerte* (1971), de marcado carácter esteticista. La presencia de Venecia y de Italia en la obra poética de Guillermo Carnero es el motivo principal que explica la composición de este volumen que es ensayo, antología poética y álbum de imágenes.

Escribe el autor en el preámbulo que ha podido «injetar la Venecia real en la leída y en la soñada» (pág. 10) gracias a la experiencia *in situ* durante el mes de abril de 2011 como invitado del programa y festival internacional de literatura *Incroci di Civiltà*, organizado por la Universidad de Venecia. Aquella estancia propició este libro compuesto en un primer bloque por cuatro capítulos y un breve epílogo, en los que el poeta reflexiona sobre el culturalismo en su obra («Yo lírico y máscara cultural» págs. 13-40), sobre la concreción del *venecianismo* («Una máscara veneciana» págs. 41-69), sobre «Italia en mi obra» (págs. 71-91) y, por último, sobre «Venecia en mi obra» (págs. 93-115). El conjunto de esta parte es uno de los más granados ejemplos de autocrítica —Carnero es uno de los escritores que más información en primera persona ha legado a su comunidad de lectores y estudiosos— entre los que nos ha venido ofreciendo el poeta desde el inicio de su trayectoria, recogidos en el volumen *Poéticas y entrevistas (1970-2007)* que publicó el Centro Cultural de la Generación del 27 en 2008. Algunos de esos textos, de-

claraciones poéticas, entrevistas o artículos, vertebran este ensayo reflejo del autor de *Espejo de gran niebla*.

En el primer capítulo Carnero vuelve a expresar su idea de la poesía y reitera su definición del culturalismo, del que distinguió cuatro variantes en aquel primer artículo de «reflexiones egocéntricas» que publicó en la revista de filología *Laurel* (2000). Para el autor, la máscara cultural no oculta, sino que refuerza el yo del poeta, y, en modo alguno, supone menoscabo de la emoción; pero la asunción de esa máscara, en su poesía, ha ido evolucionando, y lo que en los primeros libros era un procedimiento imprescindible ha ido dejando hueco a los rasgos de la experiencia vital —como en *Verano inglés* (1999)—; que, sin embargo, no arrincona enteramente las sólidas convicciones de siempre del poeta. En la tradición española, tan solo un trozo del venero en el que se inspira el artista, Rubén Darío, Luis Cernuda o Pablo García Baena son referentes esenciales de la actitud estética de Guillermo Carnero, que prolonga su reflexión sobre el culturalismo en un segundo apartado centrado en el paradigma de Venecia, en la concreción de la máscara cultural como «máscara veneciana». Aquí, el ensayo se adentra en un más que interesante cuestionamiento de fuentes como *Las piedras de Venecia* de John Ruskin, cuyas ideas se resumen —con las excusas de Carnero por repetir tal «andana de sofismas»— para marcar la distancia con respecto a ellas en el pensamiento y la sensibilidad carnerianas.

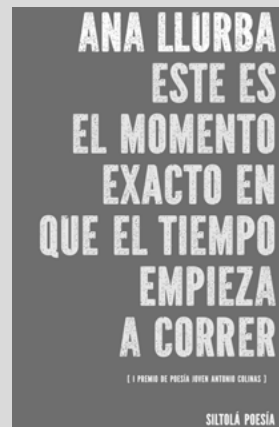
Los dos últimos capítulos de la parte autocrítica de este libro, «Italia en mi obra» y «Venecia en mi obra» son impagables relaciones razonadas —yo diría que exhaustivas— de fuentes de la poesía de Carnero. Lugares, motivos de la mitología grecolatina, pintores como Piero della Francesca, episodios históricos, películas del cine italiano, obras literarias, ejemplos más precisos del arte veneciano que se muestran en la selección final de imágenes, personalidades como el último dux de Venecia, van mencionándose para ajustarse a los libros, poemas o versos en que son convocados por el autor y su máscara. El lector de la poesía de Carnero agradece estas referencias de primera mano —sobre todas, las menos explícitas— y unifica

en una misma experiencia cultural lo que puede haber sido una Venecia real o una Venecia leída o soñada, unos frescos de una Capilla Sixtina real, contemplados «a una distancia que los reduce a un confuso garabato, con el cuello dolorosamente torcido», o esos mismos frescos vistos en un cómodo sillón «ante un libro en folio mayor» (pág. 71).

A este cuerpo interpretativo de la obra sigue una «Selección de poemas citados» (págs. 119-179), que, aparte su condición de apoyo referencial a los cuatro capítulos anteriores, resulta una amplia y expresiva antología que recorre en orden cronológico todas las colecciones poéticas del autor. *Dibujo de la muerte*, del que se escogen nueve poemas, *Variaciones y figuras sobre un tema de La Bruyère*, con cinco, y *Divisibilidad Indefinida*, con siete poemas, son los libros con más presencia, seguidos por *El Sueño de Escipión* y *Verano Inglés*, de los que se seleccionan cuatro piezas. Otros poemas aludidos o comentados son «Eupalinos», de *El Azar Objetivo*, «Ostende», de *Ensayo de una teoría de la visión*, «Ficción de la palabra», de *Espejo de gran niebla*, «Vejez de Juan Bautista Tiepolo», de *Poemas Arqueológicos* y la «Noche tercera» de *Cuatro noches romanas*. Finalmente, y como prueba también del valor de esta aproximación de primera mano, se incluyen tres textos inéditos: «Oración de Venancio Fortunato», «Última oración de Severino Boecio» y «Relato del dux Francesco Venier, por Tiziano».

Por último, *Una máscara veneciana* se cierra con treinta y nueve fotografías de sepulcros en iglesias venecianas, obras pictóricas y escultóricas conservadas en museos venecianos, y otras obras y localizaciones que han sido mencionadas a lo largo del libro por el autor. Esto no es caprichoso; no es un modo de embellecer esta hermosa edición con láminas a color; es una consecuencia lógica de la ausencia en la poesía de Guillermo Carnero de ese mimetismo de un mundo real aludido en muchos momentos. O, más bien, que el mundo real del autor es el que previamente ha sido representado en una obra de arte. Una consecuencia también de esa afirmación del poeta de que «He pasado más horas en los museos que en el campo» (pág. 45).

Una máscara veneciana va más allá del ensayo específico sobre la presencia de un paradigma simbólico y de una geografía emocional y cultural en la poesía de un autor relevante como Guillermo Carnero. Va más allá de lo que el escritor dice en el «Epílogo» sobre que «este no es un libro sobre Venecia y sobre el arte veneciano [...] Este es sólo un libro sobre lo que han sido para mí Venecia y el arte veneciano en tanto que detonadores y estímulos de la escritura poética». Es más. Es un iluminador compendio de autocrítica poética elaborado desde la lucidez egocéntrica de un poeta sobresaliente y antes que nada lector perspicaz.



Este es el momento exacto en que el tiempo empieza a correr

ANA LLURBA

Sevilla, La Isla de Siltolá (Colección Siltolá Poesía, 29), 2015.

La cubierta de color rosa chicle y la anécdota biográfica que da continuidad al poemario –su atribulada autora ya no cumplirá más los treinta años– pueden llevar a equívoco. No se trata de un librito de autoayuda para esas mujeres ni jóvenes ni maduras que no se encuentran a sí mismas en el limbo existencial de la treintena en el que «se empieza a envejecer». Sobre esta puntual marca de salida, en la que lo autobiográfico no se oculta, la poeta argentina emprende una ruta poética que, pese a sus pocas páginas, le lleva muy lejos.

No en vano, de la calidad y valor de *Este es el momento exacto en que el tiempo empieza a correr* nos habla el hecho de que el primer poemario publicado por Llorba conquistara el I Premio de Poesía Joven “Antonio Colinas”, convocado por la editorial sevillana La Isla de Siltolá. Al premio acudieron –acudimos– hasta doscientos trece originales, entre los que inicialmente concurrió, por ejemplo, un poemario que mereció –no descubrimos nada, dado que la editorial en un ejercicio encomiable de transparencia fue publicando el título de los originales preseleccionados– el premio Hiperión de aquel año. Que tanto poeta joven –y tan bueno– concurriera a la primera edición del certamen no fue sino la lógica respuesta a la apuesta decidida que, desde la colección ‘Tierra’ y desde esta colección ‘Poesía’, lleva a cabo la plataforma de Sánchez Menéndez. Este, junto a Raquel Lanseros, Antonio Luis Ginés, José María Jurado, Tomás Rodríguez Reyes, Víctor Peña Dacosta, Diego Vaya, Jaime Sánchez Martín y el propio Antonio Colinas decidieron distinguir a la poeta nacida en la Córdoba austral con el honor de inaugurar su nómina de ganadores.

Miriam Reyes, al hilo del libro de Llorba, apunta la «ironía y lucidez» de su autora a la hora de afrontar un espacio vital y literario marcado por «la decepción y el miedo». Ciertamente, como venimos señalando desde el comienzo de estas líneas, sobre un espacio vital o, si se quiere, biográfico –la treintena– Llorba sabe construir con pulso firme y «exacto» los límites difusos de un espacio literario sobre el que se desenvuelve con sobrada solvencia. El mecanismo escogido es el de la concisión, con veinticuatro composiciones que tienden a ocupar la página sin sobrepasarla. Poemas de verso libre y puntuación morosa que ayudan a una lectura ligera y continua. Sobre esta aparente sencillez técnica se incardina, sin embargo, un contenido bien aquilatado. El título nos prometía «el momento exacto en que el tiempo empieza a correr» y sobre el tiempo –el físico y el metafísico– nos sabe hablar esta

barcelonesa de adopción. Como Mercedes Cebrián anota, «es común que los poetas traten de atrapar el tiempo en sus versos, pero el caso de Ana Llorba es insólito: es el tiempo quien habla en sus poemas, quien se pasea por ellos a sus anchas. ¿No es esto una proeza?». Proeza es lograrlo, además, con un lenguaje natural, sin altisonancias ni solemnidades, donde no estorba sino que se revela oportuno el rico aparato intertextual presente, desde T. S. Eliot o Virginia Woolf –«con su retumbante tedio acampa/ en el baño/ mi particular cuarto propio»– hasta Lola Arias o Zadie Smith.

Ana Llorba alcanza, al cabo, hallazgos deslumbrantes –«esa piscina abandonada/ es una tumba abierta/ en el fondo de la casa de mi madre/ bostezando la fecha exacta/ del fin del mundo»–, logrando conversar consigo misma –«Selfie», «Una historia personal del miedo», «Mi vida sin mí»–, con el lector –«El espíritu de mi época», «Ahora», «Teorías de la catástrofe I»– y con el tiempo –«Un dios salvaje», «El día después de mañana», «Volver al futuro»–. Todo a un tiempo. Este juego de discursos entrecruzados, y el difuso territorio que media entre «el momento» y «el tiempo», presentes en el título, son el verdadero mérito de este estimable primer poemario de Llorba. En «el momento» encontramos sutil y hábilmente retratada –autorretratada– la realidad concreta de aquella mujer que ha sobrepasado los treinta años y hace inventario de su biografía íntima, de sus expectativas incumplidas y de los trances superados, de aquellos miedos y decepciones de los que hablaba Reyes. En «el tiempo», se desenvuelve el testimonio intemporal y universal de una poeta que desde aquella materia prima proyecta un sugerente diálogo entre la muerte y la vida.

Este es el libro en el que Ana Llorba comienza a publicar su obra. La suya es una voz joven lentamente madurada, que alcanzó las mieles de la letra impresa a los treinta y cinco años, esa última frontera para las bases de los premios de poesía joven. El suyo, sin embargo, fue todo un hallazgo. Y se agradece la falta de prisas de la argentina, a la vista de tanto gatillo fácil y tanto poeta atrapado en las redes. Es de esperar que el tiempo, ese tiempo que transita en su primer poemario, nos depare nuevos textos de interés. Según informa su autora en varias entrevistas, corrige un nuevo libro de versos y última una novela. Para empezar, tenemos un punto de partida nacido con estrella. Es difícil adivinar los derroteros que nos reserva Llorba, pero la lectura de *Este es el momento exacto en que el tiempo empieza a correr* es valiosa por sí misma. Un libro ambicioso en sus metas, sencillo en su técnica y certero en su resultado.



O Segundo Olhar Seleção, organização e posfácio de JOSÉ MANUEL TEIXEIRA DA SILVA INÊS LOURENÇO

Companhia das Ilhas, 2015.

Não é a primeira vez que a poesia de Inês Lourenço é objecto de uma antologia. Em 2012, Manuel de Freitas fizera já a sua própria seleção de trinta poemas da autora, em *Câmara escura*, numa edição da Língua Morta que, na especificidade própria do exercício de leitura assumidamente pessoal então realizado, e na brevidade do mencionado volume, não desejava “traduzir um *corpus* poético na sua globalidade – linhas dominantes, vínculos, tensões e distensões”, como é intenção do antologador da presente edição. E é assim que a editora açoriana Companhia das Ilhas nos oferece um dos mais relevantes livros publicados em Portugal em 2015. *O Segundo Olhar* compreende uma exigente seleção da poesia de Inês Lourenço, trinta e cinco anos depois da estreia da autora, em 1980, com *Cicatriz 100%* (Editora das Mulheres), num gesto decisivo de afirmação de uma obra que se exhibe aqui, retrospectivamente, com um fulgor e coerência ímpares no domínio da actual poesia portuguesa.

A organização do volume, conduzida pelo poeta José Manuel Teixeira da Silva, é exemplar, preferindo ao critério cronológico aqueloutro temático, amplamente justificado pela referida intenção globalizante, sem cair na fácil tentação de orientar a mesma no sentido de um exercício catalogante que estrangulasse a abertura de uma poesia fértil em remissões inter e intratextuais. As nove secções que articulam o volume (“Gravura”, “Talvez ela gostasse deste rio”, “Alguns corações de árvore”, “A magnífica destreza”, “Decálogo dos Cansaços”, “Nenhum apodrecimento é suave”, “Porta de armas”, “Cintilam suspensos nos dedos” e “Pequena volta-gem”), a que acresce um posfácio panorâmico, a um tempo informado no que respeita a precedentes leituras da poesia da autora e lucidamente contaminado pelo exercício de seleção levado a cabo, fortemente interpretativo, desenham um mapa apenas sinalizado, sem conduzir excessivamente o leitor por um conjunto de poemas que tem justamente no equilíbrio entre a pluralidade temática e tonal e a coesão interna de uma certa vocação do olhar, pautado pela ironia, a sua principal destreza.

A lucidez maior desta edição radica assim na recusa de perder a força multiplicadora dos versos da autora, induzindo mais do que cingindo o leitor a uma pauta interpretativa, dando-nos as coordenadas capitais de uma obra em que descobrimos a sinalização dos lugares e do imaginário familiares da autora (mormente infantis, veja-se a secção “Gravura”), o rastreio das suas afinidades electivas em matéria poética (Thomas Bernhard, Adília Lopes, Oscar Wilde, Sylvia Plath, Camilo Pessanha, Clarice Lispector, entre outros), a recusa da autocomplacência lírica (veja-se “O apodrecimento suave” ou “Epitáfio para um livro”) e o rigoroso compromisso com uma poética que habita com invulgar à-vontade os lugares da crítica de costumes de uma realidade fosca (“Um ermo de turismo alarve este / calor paleolítico, uma poeira meridional / ateia os objectos ressequidos, um misto / de esquinas e esplanadas de cerveja, homens / de camisa às riscas escarando na noite e mulheres / de pernas depiladas e axilas com *Impulse*. Enjoa / este cortejo carnívoro de utentes / de O Mesmo”) e a premência de um *segundo olhar* comprometido não apenas com o descritivo realista, mas ainda com a urgência de uma vocação impressionista e sensorial de que Inês Lourenço não abdica.

Esta poesia dá voz a uma atitude de suspeita, que não é na autora exteriormente geracional nem culturalista, mas vivenciada interiormente, partindo assim de uma referencialidade assumida a partir tanto de uma condição feminina como de uma condição lusitana numa modernidade hipócrita e desenxabida: “Que bem que luzem nos discursos / da boa inconsciência / onanista e nos poemas light dos / neo-bucólicos as casinhas / com papás, vovós e manos, talvez / com uma sentida perda / de um talher à mesa (...) / Pequeno país do / gasóleo e do futebol, memórias / de mercados e feiras buliçosas, / de escolinhas rústicas, agora desertas / (...) / pequeno país de bravia / palavra, sofrida crueza / de mato ardido e estrumes, sucatas, / detritos, o hábito endurecido dos / pequenos holocaustos / diários”. A propensão subtilmente satírica, quantas vezes áspera, nunca decaindo em troça, que José Manuel Teixeira da Silva associa a

Alexandre O'Neill, na mordacidade com que projecta o ser português, nos jogos de humor, coloquialismos e ambiguidades constitutivas, exige aqui sempre na verdade o capital da denúncia, muito para lá da renúncia em que tantos poetas se autolimitam, não perfazendo qualquer espécie de cartilha ou manifesto, nem traçando a apologia da superficialidade. O *segundo olhar* aqui proposto é, pelo contrário, o de um distanciamento irónico sensível a uma acidez poética face ao quotidiano que não serve somente de rasura dos caracteres centrais dos dias comuns, mas de uma força instigante de reversão desses mesmos dias esventrados até ao caroço da sua insalubridade. Este *segundo olhar* é, pois, “uma espécie/ de leitura nas vísceras / do primeiro, como os áugures / lêem no interior das aves / recém-imoladas”.

Assim, a ironia que contamina esse olhar não é pose afim de um sarcasmo *tout court* em que tantos poetas sociais desbarataram o alcance dos seus poemas, mas a vivência de uma ironia *como condição*, a partir da amargura de uma realidade insuficiente que despoleta a reacção da acidez iconoclasta: “Hoje é o dia dos senhores / e dos sóis em algumas línguas. (...) / Vária / gente irá aos templos ou ao parque / passear o cão. É dia de / visitar o lar de idosos ou de / abastecer a nossa arca / congeladora. Os pais solteiros levam / os filhos a comer pizza e outros / putativos progenitores recuperam / as horas de sono convivialmente / líquidas. O ar das ruas / é mais leve devido à pausa / de domingo. / Ao menos hoje acontece / algo de bom em nome de Deus”. Só assim se compreende, como já se observou a propósito da autora, a dimensão sentenciosa e epigramática, a tendência para deixar respirar por sob a propensão descritiva e narrativa destes poemas o pendor moral de uma poesia que não recusa o desafio de ser ilustração, no melhor sentido do termo, sem cair no entanto no engodo do eruditismo afectado. É pois natural que encontremos sobretudo a predilecção, como observou António Guerreiro, por um alegorismo associado à orientação narrativa que atravessa esta poesia, que recusa as bengalas retóricas mais comuns (hipérboles e metáforas) e arquitecta um despojamento retórico que não desemboca no estridente vácuo de tantos *realistas*, mas lança âncora ainda na cesura do verso, nas reincidências fonéticas, no apuramento lexical e na sinestesia, conquistando assim alguma da sua mais vincada expressividade.

A suspeita de que falámos face ao seu tempo, de preguiçoso aburguesamento (veja-se a secção “decálogo dos cansaços”), e face mesmo, como não poderia deixar de ser, à própria poesia e seus cultores (“Desconfio dos poetas / (...) Eles / encenam como velhos profetas / tardias formas de beleza / extinta – e fazem do verso / um ritual nado-morto / de pequenos afectos, / indiferentes à faca / incandescente que separa / o corpo das palavras / da substância do mundo”) e à poesia própria (“Já escrevi num poema o fascínio / dos límos que transluzem / numa água de aparência imóvel. // Má literatura apenas, pois nenhum / apodrecimento é suave”), faz-se, como bem observou António Carlot Cortez, a partir

da valorização do (que é) substantivo, da vida nos seus lugares e objectos, nas suas pistas concretas, sítios, seres e momentos que erigem uma memória afectiva nunca corriqueira, sem que o substantivo se confunda com o *retrato*.

Com efeito, nas palavras do antologizador, a valorização do mundo profano e físico explica o envolvimento com o mito e o sagrado: “Procurei os sentidos / da água corrente, da pedra submersa, do arder / da lenha, do som de passos na areia. / A todas estas riquezas fugidias / chamei alma.” É assim que encontramos Inês Lourenço a pisar terrenos desconhecidos por quase todos os outros, notavelmente contíguos aos espaços do realismo mais típico: a defesa do instinto como “magnífica destreza” animal, o desejo do originário (“Coisas que nunca tivessem ocidente. Crianças / que nunca envelhecessem. Rios / que não desaguassem. Coisas / sem o engodo de crescer / em direcção à morte”) também não fedem nunca aqui a *literatura*, não são repescagens neo-românticas, no sentido escolar e livresco do termo, mas coisas da vida. Como toda a poesia que importa, a de Inês Lourenço enfrenta e sobrevive a todos os perigos.



DOROTHEA VON ELBE
Sin título. 2016

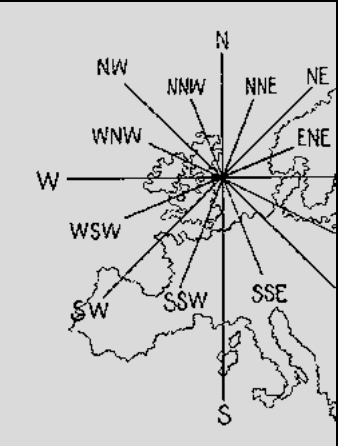
Cortesía de:
GALERÍA RAFAEL ORTIZ
SEVILLA

SUROESTE es una revista anual con vocación de diálogo entre las diferentes literaturas ibéricas. Publica textos inéditos de autores que escriben en las diversas lenguas peninsulares, así como un escaparate de libros en el que los críticos de la publicación recomiendan algunas de sus lecturas favoritas del año anterior.

La Península Ibérica es un mosaico de culturas, un babel de lenguas de una extraordinaria riqueza. Por eso

SUROESTE ofrece preferentemente los textos en su lengua original y sin traducción, pidiendo al lector que haga el pequeño esfuerzo de leer en las lenguas que comparten el espacio ibérico como un signo inequívoco de acercamiento al *otro* y su cultura. Así, a través de esa labor de aproximación, podremos conocer mejor y entender la diversidad cultural del territorio que habitamos, un puzzle en el que cada una de sus piezas, grande o pequeña, cumple un papel esencial e insustituible. A. S. D.

SE INCLUYEN EN ESTE NÚMERO
DE **SUROESTE** DOS ENCARTES
DE LOS ARTISTAS
DANIEL MUÑOZ
Y **MARTA DE GONZALO**,
PUBLIO PÉREZ PRIETO



El sexto número
de **SUROESTE**,
REVISTA DE LITERATURAS IBÉRICAS,
se imprimió
en Badajoz
en junio
de dos mil dieciséis.



